

Breve historia del hombre primitivo

(Extracto del ANUARIO DE EUSKO-FOLKLORE, XI, 1931)

por

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN.

A los jóvenes colaboradores del LABORATORIO DE ETNOLOGÍA Y DE EUSKO-FOLKLORE que, a fin de iniciarse en el estudio de la historia primitiva del hombre, han manifestado reiteradamente deseos de conocer los resultados y los métodos de investigación y de interpretación usuales en la Arqueología prehistórica y en la Etnología, dedica estos breves apuntes

EL AUTOR.

PREÁMBULO

A requerimiento del autor trazo estos renglones que, como presentación de aquél, son del todo superfluos por ser ventajosamente conocido a miles de kilómetros de distancia. También considero superfluo el entrar en disquisiciones de doctrina, que pudieran resultar un verdadero pleonasma y creo más útil de mi parte el poner a contribución mi experiencia como autor con algunos lectores.

La primera advertencia, que he de hacer a éstos es que, antes de emprender la lectura, examinen las «addenda et corrigenda» y las hagan constar en la página correspondiente; pues en otro caso podrán entender malamente al autor y quedarse con el error o la duda, que a su vez persistirá en lo que ellos escriban, según he podido observar a mi costa en escritores de sólida reputación.

Otro ruego a los lectores es que no prescindan del sentido, que realmente tienen las palabras «probable, quizás, hoy por hoy, en el estado actual de la ciencia» y otras semejantes; las afirmaciones científicas unas veces no llegan a la categoría de verdades y son muy discutibles y discutidas; otras veces son verdades relativas con no menor fundamento que las pronunciadas *ex cathedra* por especialistas de otras ciencias, atreviéndose a llamar leyes a las que no son más que reglas parciales; en todo caso el lector científico debe ser tan verdaderamente modesto como el autor y no convertirse en discípulo dogmatizador.

Se han de tomar siempre las afirmaciones de prehistoria y etnología (y no menos las biológicas, filológicas y geográficas) cum grano salis, como dicen los alemanes latinistas, es decir, con un «hasta cierto punto y por lo que hoy sabemos».

El lector o discípulo no se limite luego a repetidor, sino que procure aumentar el caudal de datos y compruebe las afirmaciones y negaciones sin prejuicios de excesiva modestia ni los de suficiencia vanidosa.

Tengan en cuenta también, que lo aparentemente primitivo o rudimentario puede en muchos casos ser algo mal comprendido, en otros ser verdadero empobrecimiento o atrofia, sea por imposibilidad en el nuevo ambiente, sea por la asfixia producida al contacto con la cultura exótica; tal efecto ejercen las baratijas europeas contra el arte popular, o la técnica moderna contra la industria indígena, y un ejemplo tenemos en la extinción de la forma característica de embarcaciones polinesias, que bien pudo llegar antes en América al olvido casi absoluto de tal industria.

Este empobrecimiento no se produce siempre y en todas partes al contacto de dos culturas diferentes, sino que en otros casos, si la influencia no es demasiado brusca y las culturas son más armónicas, puede, en vez de empobrecimiento, producirse exuberancia. Esta y aquél pueden coincidir, por ejemplo, la última en la cultura material (principalmente con un mero aprovechamiento) y aquel en la cultura moral; tal ocurre en los indios llamados ladinos en Centro-América.

Además, no olvidemos que las clasificaciones son inevitablemente demasiado rigoristas y la realidad se resiste a quedar toda encerrada en las casillas correspondientes; ejemplo, y podríamos decir piedra de toque, es el cúmulo de errores, en que incurren los etnógrafos europeos y americanos al querer clasificar a los vascos, que ni son primitivos estancados o arrinconados, ni indistintos, ni más africanos o asiáticos que quienes pretenden clasificarlos a base de mal enterados o mal entendidos, o lo que es peor, entercados en querer utilizarlos como ejemplo argumental de teorías trasnochadas, con la impunidad de quien diera en cabeza de turco.

Cueva de Urtiaga (Iziar), 12-7-33.

TELESFORO DE ARANZADI.

Prolegómenos

*¿POR QUÉ DEBERÍAIS CONOCER, DE UN
MODO ESPECIAL, LAS PRIMERAS ETAPAS
DE LA HISTORIA DEL HOMBRE?*

Ancho campo ofrecen a la investigación los estudios de las antigüedades humanas. Sobre todo, después del enorme desarrollo que han alcanzado desde mediados del siglo pasado. A ellos dedican su ingenio y sus actividades no pocos sabios de nuestros días, y en ellos buscan la clave de muchos problemas que habréis visto planteados quizá más de una vez en vuestras conversaciones y en vuestras lecturas. Tales son, por ejemplo, los que se refieren al origen del hombre, de la familia, del Estado, de la religión, de la moral, de los sentimientos estéticos, de la propiedad privada y de las desigualdades sociales y económicas. Estos problemas se hallan, por otra parte, íntimamente enlazados con las ideas y cuestiones acerca de la naturaleza humana; de los derechos individuales y familiares; de la función social de la enseñanza y de la propiedad; del valor de las religiones; de las relaciones entre la moral, la religión y las artes; del influjo social en el desarrollo del individuo, etc., etc. Cuestiones todas, cuya solución tanto interesa al hombre de nuestros días. Y habéis de observar que tanto aquellas ideas como estas cuestiones buscan su esclarecimiento y su resolución a la luz de los estudios sobre el hombre primitivo.

II

LOS MÉTODOS

Dos son las vías o métodos por los que podréis llegar al conocimiento del hombre primitivo: el arqueológico y el etnográfico. Ambos se completan y se ayudan mutuamente.

Método arqueológico.—Desde que el hombre habita en la tierra ha ido dejando en ella restos de su cuerpo, de sus industrias, artes, etc... En muchos sitios que han servido de albergue a diversas generaciones, tales restos han quedado superpuestos, formando estratos diferentes juntamente con la tierra que se les ha ido mezclando con el tiempo. Ahora bien: de dos estratos superpuestos el inferior es el más antiguo, y los vestigios del hombre o de su industria en él contenidos, serán también más antiguos que los del estrato superior. Este *criterio estratigráfico*—que es aplicable casi siempre, cuando los yacimientos prehistóricos se hallan dispuestos en forma de estratos superpuestos—es el más seguro para conocer la edad relativa de los hallazgos. Con su ayuda llegamos a conocer las variaciones del clima, de la fauna y de la flora, atendiendo a los restos animales y vegetales que acompañan a los del hombre y de su cultura en los estratos. Del mismo modo establecemos la sucesión cronológica de las razas humanas, de sus industrias y de sus artes.

El estudio del hombre primitivo, realizado mediante el método arqueológico, recibe el nombre de *Prehistoria*.

Método etnográfico.—Este método se basa en el hecho de

que el hombre prehistórico no ha desaparecido todavía. Gran parte de los pueblos que actualmente existen en el mundo, poseen culturas primitivas propias del hombre fósil.

Casi todos los elementos culturales que podéis conocer de los pueblos más antiguos de Europa, subsisten todavía en nuestros días en las culturas de muchas tribus salvajes. Con razón se dice, pues, que tales tribus continúan en estado prehistórico: son, salvo raras excepciones, pueblos rezagados que se hallan estancados en civilizaciones antiquísimas. Por eso han sido llamados *pueblos primitivos* (1).

Las culturas históricas más antiguas, susceptibles de una cronología precisa, aparecen en los valles del Eufrates y del Nilo, hacia el cuarto milenio antes de Jesucristo. Y en aquellas mismas regiones, debajo de los restos de civilizaciones históricas tan remotas, han sido descubiertas series de estratos que contienen material prehistórico semejante al de los actuales salvajes. Podríais, pues, afirmar que éstos se hallan hoy en las mismas o análogas fases de civilización por las que en otro tiempo pasaron los pueblos civilizados.

Esta equivalencia entre las culturas prehistóricas y las de los pueblos salvajes de nuestros días aparece en multitud de casos. Los australianos del Norte y los indios americanos del Oeste fabrican sus instrumentos de piedra como se fabricaban en los talleres prehistóricos. Los esquimales usan raspadores, arpones y propulsores como los prehistóricos magdalenianos. Algunos pueblos de Oceanía usan instrumentos y armas, como mazas, bumerang y otros que se ven representados en el repertorio del arte cuaternario. Gran parte de los pueblos salvajes adornan su cuerpo con brazaletes y collares de mariscos y dientes de animales como también los prehistóricos de Europa. Muchos de los actuales indígenas americanos (Pielas rojas, Apaches) llevan en la cabeza largas agujas y plumas como los personajes de la pintura cuaternaria de Alpera. Está muy extendida en los pueblos salvajes la costumbre de pintarse el cuerpo, como lo

(1) *Primitivo*=lo más antiguo que conocemos.

estaba entre los prehistóricos, según nos lo indican los colorantes hallados y los esqueletos impregnados de ocre rojo. Los australianos de Sydney y los bosquimanos adornan con pinturas las paredes de sus grutas, y los indios norteamericanos y los hiperbóreos de Asia, Europa y América tienen sus pinturas y grabados, como los trogloditas de Santimamiñe, Aitzbitarte, Santillana, la Grèze y Sierra Nevada. Los primitivos prehistóricos y los actuales dibujan bajo influencias análogas, bajo la misma inspiración: el objeto preferido de sus representaciones son los animales.

El dibujo de la mano humana, positivo o negativo, es también frecuente entre los primitivos de ambas épocas. Así, en Nueva Gales, entre los Australianos, los Bambara y Malinke y en California existen representaciones de manos como los de Altamira, Castillo y Font de Gaume.

También de la etnografía europea podríais obtener datos preciosos que os ilustraran el estudio de la vida de nuestros antepasados prehistóricos. En las creencias, costumbres, técnicas y artes populares de los actuales europeos se distinguen elementos de diversos estratos culturales, muchos de los cuales son supervivencias de los tiempos primitivos.

La Etnografía os servirá, pues, no sólo para interpretar los datos que os suministra la Arqueología, sino también para formaros idea más completa de las culturas de las primeras edades de la especie humana. Desde este punto de vista podríais decir que la Prehistoria es el estudio de lo pasado a la luz de lo presente.

En la figura 1 podréis apreciar algunos datos comparativos tomados de las culturas primitivas actuales, de la Arqueología prehistórica y de la Etnografía vasca. No hay que dar, sin embargo, demasiada importancia a las semejanzas que se observan entre objetos tan sencillos o poco complicados, porque pueden ser muchas veces casos de convergencia o paralelismo sin ninguna relación genética entre sí. Sin embargo, no se pueden negar muchos casos de parentesco entre los pueblos primitivos actuales y los prehistóricos, ni se puede dudar de que existan

numerosas supervivencias de épocas pasadas en la civilización europea de nuestros días, si atendemos, sobre todo, al aspecto espiritual de la cultura.

Por eso los esquemas comparativos fundados en analogías externas de las cosas serán útiles a veces; porque pueden indicaros la orientación que deberíais seguir en vuestros estudios e investigaciones.

* * *

Debéis, pues, dejar sentado que, en el estudio del hombre primitivo, habréis de serviros principalmente de la Arqueología (auxiliada por datos antropológicos, geológicos y paleontológicos) y de la Etnografía.

El siguiente gráfico (fig. 2) os ayudará mejor a resumir los procedimientos que se emplean en el estudio del hombre primitivo.

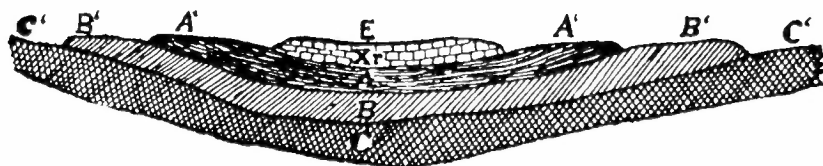
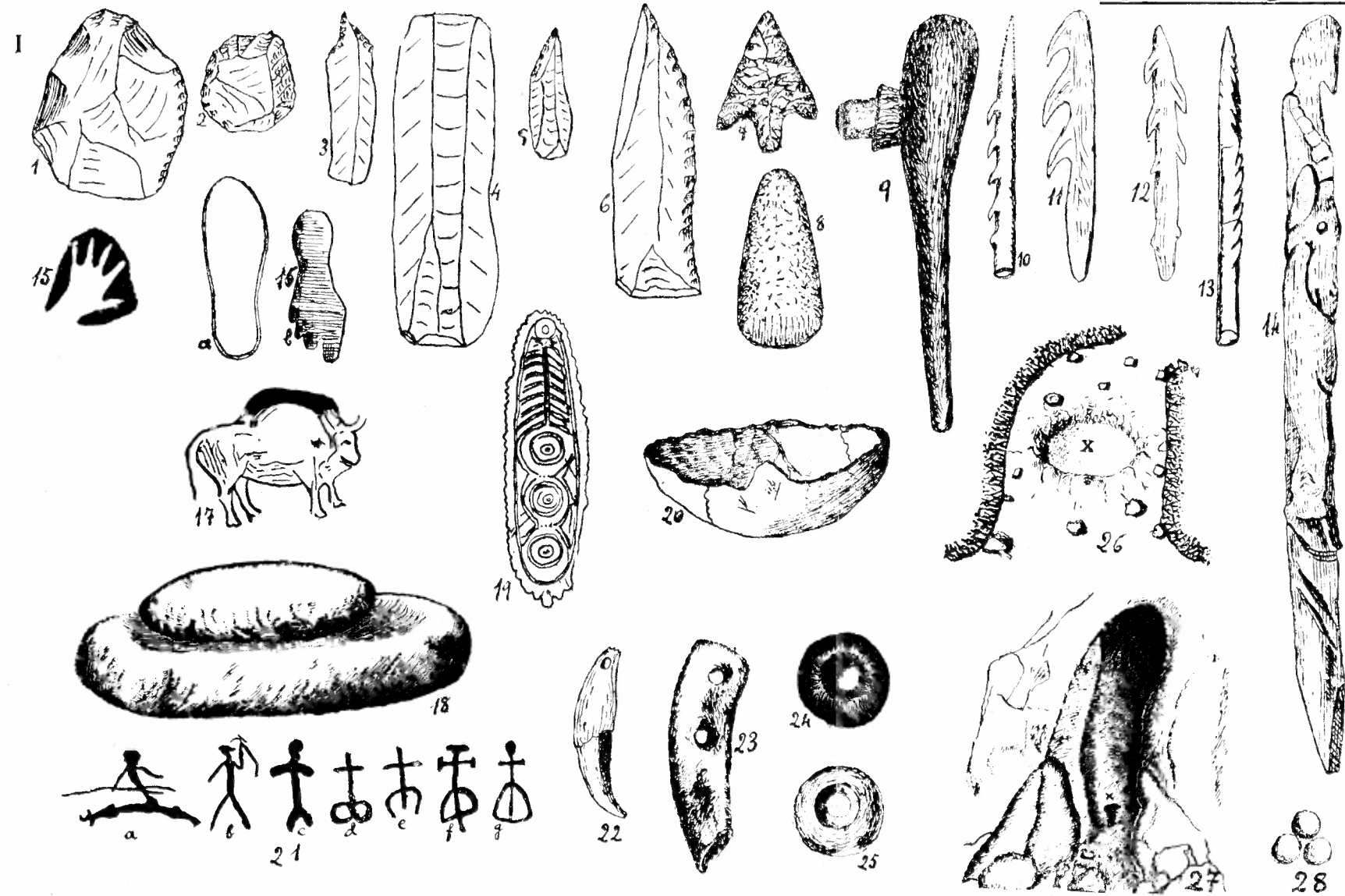


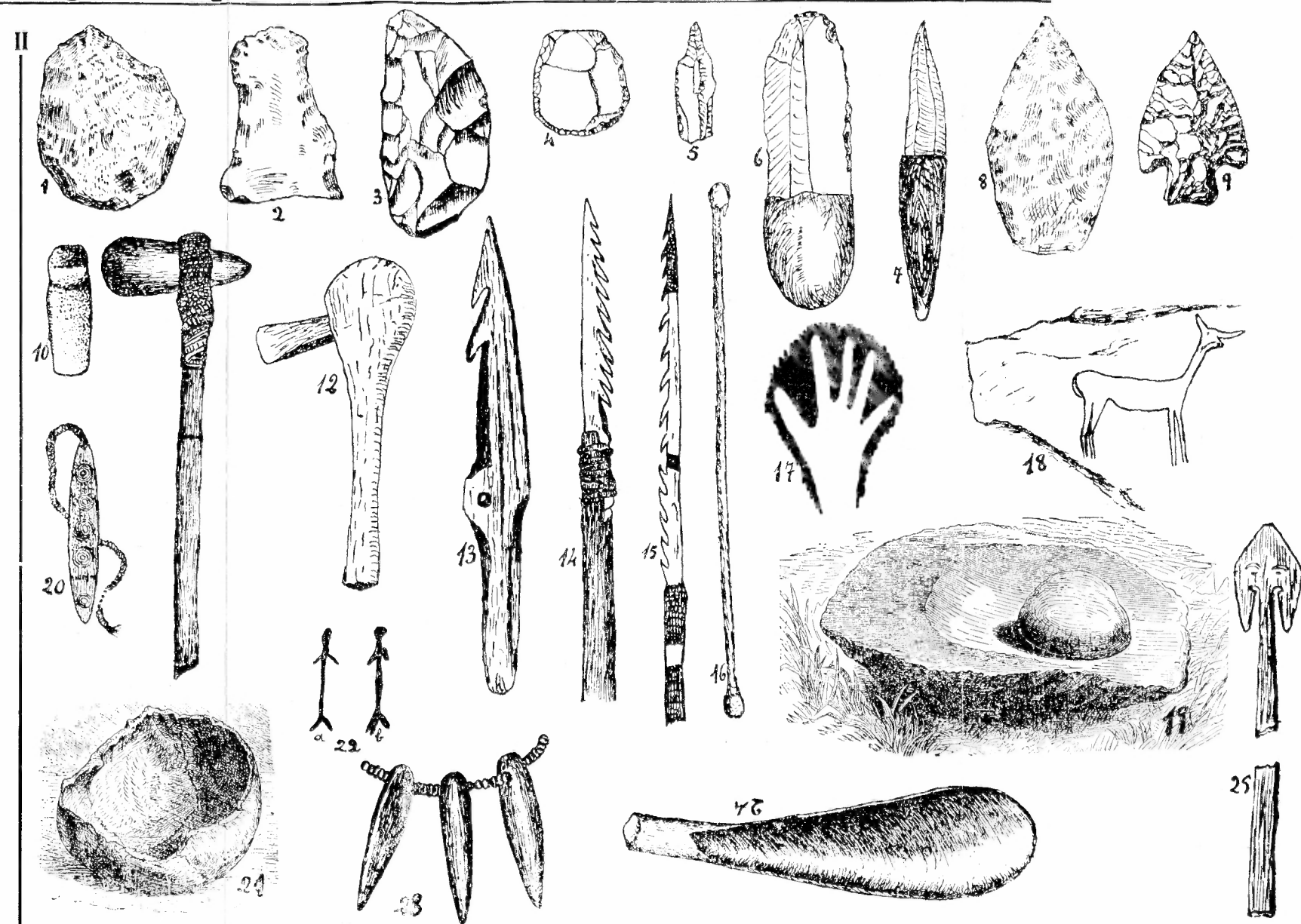
Fig. 2.

Hallándoos en Europa (E) en plena civilización cristiana (Xr), podríais acometer la empresa de estudiar al hombre de las edades primitivas (A, B y C), bien explorando el propio subsuelo de Europa (*método geo-arqueológico*), o bien trasladándoos a las regiones A', B' y C', donde todavía subsisten vivas—a flor de tierra, en la superficie—las culturas prehistóricas (*método etno-gráfico*). En la práctica os será preciso combinar ambos procedimientos.

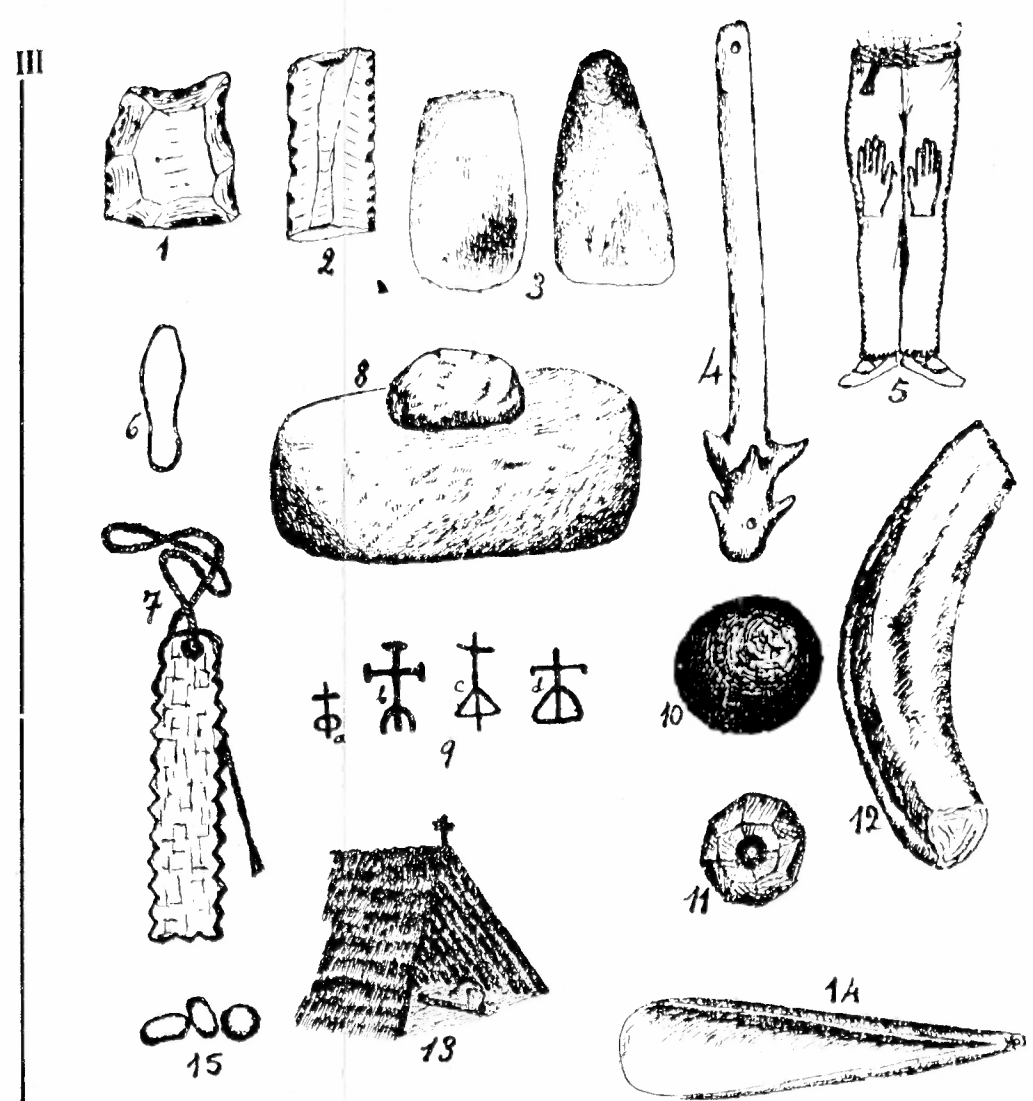
Fig. 1.—Analogías morfológicas de algunos elementos culturales prehistóricos y de la etnología actual.



I.—*Lo primitivo prehistórico*: 1 y 2, raspadores de pedernal de Santimamiñe; 3, perforador de pedernal de Urtiaga (Itziar); 4, hoja de cuchillo de pedernal (de Urtiaga—Itziar); 5, punta de pedernal del aziliense de Ermitia; 6, punta de pedernal de Santimamiñe; 7, punta de flecha del dolmen de Uetogüena (Aralar); 8, hacha de piedra pulimentada (muy reducida) de Santimamiñe; 9, hacha de piedra pulimentada (muy reducida) de Santimamiñe; 10, arpón magdaleniense de Ermitia; 11 y 12, arpones de hueso de Isturitz (según Passermard); 13, punta de lanza (muy reducida) de hueso (Ermitia); 14, propulsor de Mas d'Azil, según Piette; 15, silueta de mano de la Cueva del Castillo (según Obermaier); 16, a) figura de pie humano de Corral de Sancho (Almadén), según Breuil; b) huella de pie humano, de época neolítica, del Estado de Río Janeiro (según Reinhard Maack); 17, figura de bisonte magdaleniense de Santimamiñe; 18, molino de mano de Kutzemendi (Vitoria); 19, placa de hueso con orificio de suspensión de Saint Marcel (Indre), según Dechelette; 20, copa tallada en cráneo humano de la cueva de Placard, según Breuil y Obermaier; 21, a) b) y c), figuras humanas prehistóricas de España, según Cabré y Breuil; d, e, f, y g, figuras humanas rupestres estilizadas de Galicia, según Obermaier; 22, canino de zorro como amuleto (Lagerie-Basse); 23, amuleto de diente de caballo (Ermitia); 24, amuleto de azabache de Jentiletxeta (Motrico); 25, amuleto de alabastro de un dolmen de Urbia (sierra de Aizkori); 26, fondo de hogar eneolítico en forma de hoyo circular de la cueva de Jentiletxeta, semejante a otro paleolítico de la cueva de Lumentxa (Lequeitio) y aun a los que han estado en uso hasta nuestros días en algunos caseríos del país vasco; 27, cueva de Zabalaitz (Urbia—sierra de Aizkori) en cuya entrada había una hacha de cobre (eneolítica) hincada en el suelo; 28, txukunari o piedras de cocer (?) azilienses de la cueva de Urtiaga (Itziar).



II.—*Lo primitivo en los pueblos de civilización inferior*: 1, raspador tasmanio, según Buschan (*Illustrierte-Völkerkunde*); 2, raspador de Australia meridional, según Buschan; 3 y 4, raspadores de Patagonia, según Buschan; 5, perforador o taladro de Patagonia, según Buschan; 6, instrumento de piedra tallada de los australianos, según Spencer y Guillen; 7, cuchillo de obsidiana de los indígenas de la isla del Almirantazgo, según Ratzel; 8, punta de lanza de Australia septentrional, según Buschan; 9, punta de flecha de Patagonia, según Buschan; 10, hacha de piedra pulimentada de los indígenas norteamericanos, según Buschan; 11, hacha de piedra de Nueva Pomerania; 12, hacha de Kavirondo (Africa oriental); 13, arpón de los indígenas de Dene (Canadá), según el P. Morice; 14, dardo de Tierra de Fuego, según Buschan; 15, azagaya australiana, según O. Leroy; 16, propulsor de Australia del Norte, según Buschan; 17, figura de mano negativa de los australianos; 18, dibujo parietal de los bosquimanos, según el P. Schweiger; 19, piedra para moler de los negros de Africa, según Ratzel; 20, churinga de Aranda, según Buschan; 21, vaso de los axanfís (Africa) hecho con cráneo humano, según Ratzel; 22, figuras humanas de bastones de adivinos de Mbum (Africa), según Günter Tessmann; 23, collar de perlas y dientes pulidos de los betuanos (cafres), según Ratzel; 24, cuchara de madera de los indígenas de la Guinea española; 25, palo de que los indígenas del Norte asiático se sirven para extender las redes en el agua cubierta de hielo, según Hans Findeisen (*Zeitschrift f. Ethnologie*, LX, 1/3, p. 23).



III.—*Las supervivencias primitivas en la cultura vasca*: 1, pedernal de los trillos y para sacar las chispas que se aplican a la curación de la herpe; 2, pedernal que se cree desciende de las nubes durante las tormentas; 3, hachas de piedra pulimentadas, de Apodaka (Alava), a las que se atribuyen virtudes contra el rayo; 4, hako o palo para recoger cordeles y redes de pescar; 5, retazos de tela, en forma de manos, con que se adornan los pantalones blancos de los mozos que se disfrazan por Carnaval (Ataun); 6, dibujo de pie humano grabado en una de las piedras de la portada de la iglesia de Urdialdo (Alava), que recuerda las misteriosas huellas de pies, atribuidas a la Virgen, a los santos y a ciertos animales en diversas comarcas del País Vasco; 7, furunfara o zumbadera de Alava semejante a las churingas australianas; 8, desdrupanuecos de Ataun; 9, dibujos de forma de cruz patada existentes en Alava, semejantes a las figuras humanas estilizadas prehistóricas: a y c, de Faido; b, de Tuesta; d, de Markinez; 10, kutun (amuleto) de carbón vegetal; 11, zinginari o amuleto de cristal; 12, amuleto de diente de caballo al que se atribuye la virtud de facilitar la dentición en los niños; 13, entrada de una choza de carboneros: durante las tormentas se coloca en el umbral una hacha con el filo mirando al cielo, como puede verse en la figura: se le atribuye virtud contra el rayo; 14, cuchara de cuerno usada entre los pastores de Valdegobia; 15, txukunari, o piedras de cocer la leche, procedentes de Aurizperi (Espinal—Navarra).

PRIMERA PARTE

**El hombre primitivo
según los datos arqueológicos**

¿QUÉ ENTENDEMOS POR PREHISTORIA?

Si subís al monte llamado *Santa Cruz* (antes *Kutzemendi*), próximo a Vitoria, podréis apreciar de cerca los restos de una fortaleza, cuyos muros, medio arruinados, veáis de lejos, aun antes de emprender la ascensión. Aquellas ruinas os recuerdan hechos de las guerras civiles, de los cuales os informa la *Historia*.

En aquel sitio han realizado los canteros, en estos últimos años, diversas calicatas, con el fin de extraer piedra de construcción, y han puesto al descubierto varios estratos de tierra negruzca que sirven de base a las ruinas de la fortaleza.

Aquellos estratos subyacentes contienen abundantes fragmentos de cerámica basta, extrañamente ornamentados, hachas de piedra pulidas, puntas de flecha de sílice, etc. De tales objetos no nos habla la *Historia*, porque son anteriores a los documentos escritos, relativos a nuestro país. Por eso, el estudio de la vida humana en aquella remota edad, realizado a la luz de los restos arqueológicos contemporáneos, se llama *Prehistoria*.

Desde que empiezan los documentos escritos, se puede establecer una cronología precisa y absoluta. Por lo tanto, ha terminado la *Prehistoria*. Se comprende, pues, que los confines de lo histórico y de lo prehistórico no correspondan a la misma época en todos los países.

Una parte de la *Prehistoria* europea es sincrónica con las épocas históricas de las antiguas monarquías orientales: en la

Caldea y en el valle del Nilo terminó la Prehistoria mucho antes que en Europa, y en algunos países de Europa antes que en otros.

Los vestigios humanos más antiguos que conocemos hasta hoy pertenecen a la era cuaternaria. La existencia del hombre terciario ha sido muy debatida; pero no ha sido comprobada todavía de modo indiscutible.

La larga duración de los tiempos prehistóricos ha sido dividida en diversos períodos, los cuales se distinguen entre sí por diferencias climáticas y por el orden de superposición de sus respectivos restos; por la fauna y flora propias a cada período, y por sus características razas e industrias humanas.

ERA CUATERNARIA

Desde el punto de vista geológico la era cuaternaria se caracteriza principalmente por avances y retrocesos de los glaciares, por la erosión y socavamiento de los valles y por la formación de aluviones o depósitos de detritus.

Glaciarismo.—Por causas que todavía no se conocen bien, ha habido en Europa durante la era cuaternaria períodos de clima frío en que todas las regiones del Norte hasta Holanda y parte de Alemania, toda Suiza, los Alpes, parte de los Pirineos y otras cordilleras han estado bajo un espeso manto de hielo. De las altas montañas descendían lentamente por los valles y encañadas grandes masas de hielo, resultado de la transformación de las nieves perpetuas, estriando las rocas y surcando profundamente el lecho donde se deslizaban, como ocurre todavía en zonas elevadas de los Pirineos y de los Alpes. Tales masas reciben el nombre de *glaciares* (fig. 3).

El glaciar arrastra grandes cantidades de barro y cantos arrancados a las peñas, y cuando desciende en su curso a un nivel cuya temperatura ordinaria es relativamente elevada, el hielo se



Fig. 3.—Glaciar del Ródano.

derrite y los materiales transportados quedan allí formando grandes acumulaciones o canchales de forma semicircular o de una U que se llaman *morrenas* (fig. 4). Estas constituyen hoy uno de los vestigios más patentes de los glaciares cuaternarios y de la enorme extensión que alcanzaron.

Durante la era cuaternaria hubo períodos en que los glaciares, a causa de recrudescimientos de clima, avanzaron extraordinariamente: se llaman *períodos glaciares*. Cada período de éstos fué seguido de otro en que los glaciares retrocedieron: se llama *período interglaciar*, caracterizado por un clima benigno.

Los profesores A. Penck y E. Brückner distinguieron cuatro *períodos glaciares* a los que han sido impuestos los nombres de *Günziense*, *Mindeliense*, *Rissense* y *Würmiense* de otros tantos ríos alpinos.

El geólogo Soergel ha llegado a distinguir en el Pleistoceno once períodos glaciares y diez interglaciares.

Según asegura el sabio abate Obermaier, las pérdidas de altura que sufrió la cordillera de los Alpes, a consecuencia de las erosiones cuaternarias, pueden calcularse en unos 400 a 500 metros, que yacen, en forma de escombros, arenas y gravas, en derredor de la misma.

Las huellas humanas más antiguas que conocemos datan del segundo período interglaciar, es decir, del tiempo que medió entre el Mindeliense y el Rissense.

Depósitos aluviales.—Al pie de las montañas y a lo largo de los valles fluviales hallamos frecuentemente extensas graveras y arenales. Por la magnitud de tales acumulaciones nos convencimos de que no han sido formadas por los ríos actuales. Son producto de erosiones intensas y de acarreo del agua procedente

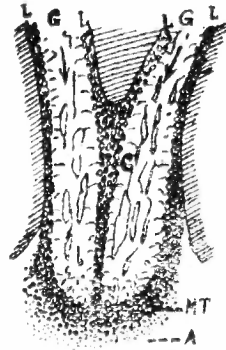


Fig. 4. — Confluencia de dos glaciares y lengua glacial. G, glaciar; L, morrena lateral; C, morrena central; MT, morrena terminal; A, arenas y lodo glacial.

del deshielo en los períodos interglaciares y de las copiosas lluvias cuaternarias.

Durante aquellos períodos fueron erosionados y excavados muchos valles por caudalosas corrientes. Por eso en sus flancos aparecen hoy depósitos aluviales, a modo de terrazas escalonadas, testigos de antiguos ríos: la terraza más elevada representa aluviones de río más antiguo (fig. 5).

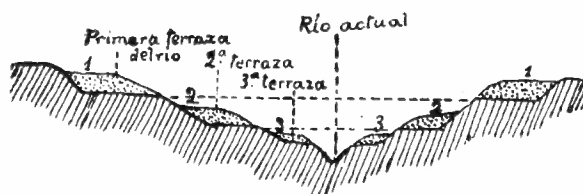


Fig. 5.—Corte teórico del valle excavado por un río y de las terrazas sucesivas depositadas por el mismo en sus orillas.

Fauna y flora cuaternarias.—Los cambios de clima determinaron en nuestros países durante el Cuaternario cambios de flora y fauna. Por eso es frecuente hallar en un mismo yacimiento restos de especies de clima cálido, y otros que ostentan especies de clima frío.

Así, en los estratos correspondientes a los períodos glaciares vemos, sobre todo en la Europa central y en Inglaterra, flora raquítica semejante a la actual de las regiones árticas de Spitzberg y de Groelandia.

La fauna estaba representada por el reno, el zorro azul, el leming, el toro almizclado, el glotón, el antilope saiga y la foca que han emigrado hacia el Norte o a las estepas de Asia. A estas especies hay que añadir el Mamut (*Elephas primigenius*) y el rinoceronte lanudo o de las narices tabicadas (*Rhinoceros tichorhimus*), hoy extinguidos (fig. 32).

Los períodos interglaciares están caracterizados por bosques de hoja caduca con especies idénticas a las actuales, salvo algunas que se desarrollan en regiones más meridionales. La fauna

cuenta con las especies *Elephas meridionalis*, *Rhinoceros etruscus* e *Hippopotamus major* en el primer período interglaciar; con *Elephas trogontherii*, *E. antiquus*, *Hippopotamus major*, *Rhinoceros etrusrus*, *Rh. Merckii* y *Machairodus* en el segundo; con *E. antiquus*, *Rhinoceros etruscus*, *Hippopotamus major* y abundantes *Ursus spelaeus* (figs. 30 y 31), *Felis spelaea* (fig. 32: 2), *Hyena spelaea*, en el tercero. Estas especies han desaparecido.

Especies indiferentes al clima eran, por ejemplo, *Ursus spelaeus*, *Felis spelaea*, *Hyena spelaea*, que ya se extinguieron, y el lobo, el zorro, el caballo, el bisonte, el oso pardo, el ciervo, el corzo, el jabalí, etc...

PERÍODOS Y ÉPOCAS DE LA PREHISTORIA

Ya sabéis que los primeros vestigios *ciertos* del hombre datan del segundo período interglaciar. La cuestión de si algunas piedras llamadas *eolitos*, descubiertas en yacimientos terciarios, son o no de fabricación humana, no ha sido resuelta satisfactoriamente. Sin embargo, en estos últimos años se han inclinado muchos prehistoriadores a admitir como cosa averiguada, o cuando menos muy probable, la existencia del hombre en la era terciaria, fundándose principalmente en el hallazgo de sílex, al parecer tallados, procedentes de un yacimiento plioceno de Ipswich (Inglaterra). En ellos creen descubrir retoques lógicos o intencionales—por lo tanto humanos—algunos prehistoriadores, entre los cuales parece hallarse el abate Breuil, una de las autoridades más eminentes en estos estudios. Marcelino Boule, Obermaier y otros no se deciden a adoptar tal opinión que suponen prematura.

De donde podréis colegir que no ha sido probada de modo indiscutible la existencia del hombre terciario. Por eso deberéis

contentaros, por ahora, con estudiar al hombre, tal como os lo muestran sus restos cuaternarios, a partir del segundo período interglaciario.

El conjunto del desarrollo humano desde el segundo período interglaciario hasta el comienzo de la era histórica en Europa, ha sido dividido en los períodos y épocas siguientes:

PERÍODOS	ÉPOCAS
Paleolítico (<i>palaaios</i> , antiguo; <i>lithos</i> , piedra), o de la piedra ta- llada.	Prechelense (anterior al Chelense)
	Chelense (de Chelles, localidad francesa)
	Acheulense (de Saint-Acheul [Amiens])
	Musteriense (de le Moustier [Dordoña])
	Auriñaciense (de Aurignac [Alta Garona])
	Solutrense (de Solutré, cerca de Mâcon)
Epipaleolítico.	Magdalenense (de La Madeleine [Dordoña])
	Aziliense ^ (de Mas d'Azil [Ariege])
Neolítico.	Campiñense (de Le Campigny [Sena-Inferior])
	Antigua
De los metales.	• Robenhausiense (de un lago de Suiza)
	Eneolítica o del cobre
	Del bronce
	Del hierro

CRONOLOGÍA DE LAS EDADES PRIMITIVAS

Los historiógrafos antiguos trataron de hallar en la Biblia datos referentes a la edad del género humano. Pero los textos Bíblicos se prestan a varias interpretaciones, y de hecho han dado margen a diversas cronologías, de las que algunas difieren entre sí nada menos que en 3.500 años.

Los descubrimientos prehistóricos de nuestros días os proporcionarán otro género de datos, con cuyo auxilio se ha podido abordar nuevamente el problema de la antigüedad del hombre.

Habéis de tener en cuenta, sin embargo, que tampoco en este terreno existe todavía una cronología absoluta y rigurosa que nos indique la fecha exacta de la aparición del hombre sobre la tierra, ni de cada época prehistórica. Los hechos que a este respecto conocemos sólo permiten establecer aproximaciones, aunque éstas, en verdad, son de gran importancia para la cronología de ciertas épocas. (Déchelette).

Los documentos históricos y arqueológicos de Egipto y de la cultura egea comparados con el conjunto de las últimas etapas prehistóricas de los pueblos occidentales, os inducirán a señalar los comienzos de la época del bronce en Europa hacia los 2.000 años antes de Jesucristo.

Para determinar la edad de las etapas anteriores, sobre todo a partir del Magdalenense, os servirán especialmente los estudios del investigador sueco Barón G. de Geer. Este geólogo ha llegado a contar los estratos del antiguo lago glaciar de Ragunda correspondientes a los años transcurridos desde la retirada de los glaciares cuaternarios, es decir, desde mediados del Aziliense hasta nuestros días, resultando la cifra de 9.000 (1).

El mismo geólogo sueco ha contribuido también notablemente con sus trabajos a esclarecer la cronología de edades aún más antiguas. Según iban retirándose los glaciares de Suecia, después del máximo de la última glaciación, dejaron delante capas de lodo, unas claras y otras oscuras, las cuales correspondían a formaciones de verano e invierno respectivamente. No ha podido ser contada toda la serie de estas capas; pero las formadas desde una época en que ya estaba muy avanzado el Magdalenense hasta la retirada definitiva de los hielos nórdicos, arrojan,

(1) Dr. Gustav Schwantes: *Nordisches Paläolithikum und Mesolithikum* («Mitteilungen aus dem Museum für Volkerkunde in Hamburg, XIII», p. 158. Hamburgo, 1928.

como minimum, la cifra de 5.000 años. Así, pues, el final del Paleolítico estaría separado de nosotros por un lapso de tiempo no inferior a 14.000 años.

Los ensayos realizados para computar la duración del período paleolítico, se fundan en cronómetros mucho menos seguros.

Según los cálculos de Kœppen, Wegener y de otros geólogos, el comienzo del tercer período glacial (Rissienne) que, al parecer, coincidió con el final del Prechelense, remontaría a 240.000 años antes de Jesucristo.

Hay geólogos que, no admitiendo estas cifras se contentan con evaluaciones más moderadas. Así, Osborn sostiene que la época prechelense remonta a 125.000 años (1), y otros, como Lapparent, reducen la edad del hombre a poco más de 30.000 años.

(1) *Man of the Old Stone Age*³ (New-York, 1918).

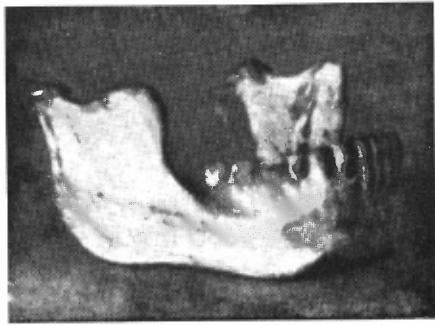


Fig. 6.--Mandíbula de Mauer o del *Homo heidelbergensis*.

II

PALEOLÍTICO INFERIOR

El Paleolítico comprende dos tramos; el inferior y el superior. Al primero pertenecen las épocas *Prechelense*, *Chelense*, *Acheulense* y *Musteriense*.

Prechelense.—Con este nombre ha sido designada la primera y la más antigua etapa paleolítica de las que conocemos hasta el día. Fué señalada por primera vez en la segunda y tercera terraza del río Somme, cerca de Saint-Acheul (Amiens). Pertenece al segundo período interglaciario.

La fauna de este tiempo, que revela clima cálido, está representada por *Elephas trogontherii*, *Elephas antiquus*, *Hippopotamus major*, *Rhinoceros etruscus*, *Rh. Merckii*, *Machairodus*, etc.

A esta época pertenece probablemente el *Homo heidelbergensis*—la más antigua de las razas humanas prehistóricas hasta hoy conocidas—cuyo primer resto apareció en 1907 en el fondo de unos aluviones de Mauer cerca de Heidelberg (Alemania). Era un hombre cuya mandíbula inferior, extraordinariamente voluminosa y robusta, carecía de barbilla o mentón (figs. 6 y 7).

La industria prechelense conservada hasta hoy se reduce a unos instrumentos toscos en los que se reconoce el trabajo del hombre: son lascas de piedra en forma de hoja alargada, o también más o menos poliédricas. Según sus formas, se dividen en raederas, raspadores, cuchillos y puntas. Su fácil adaptación a la mano hace pensar que eran usadas sin mango. Eran obteni-

dos golpeando con una piedra un nódulo de sílex o de otra roca dura hasta desgajar una lasca, la cual era después tallada dándole

Fig. 7. — Corte geológico de la cantera de Grafenrain, en Mauer. En el punto X fué hallada la mandíbula humana, a 24. m. de profundidad.

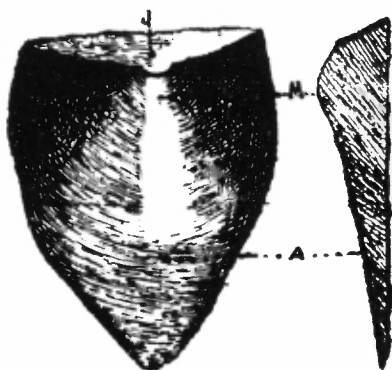
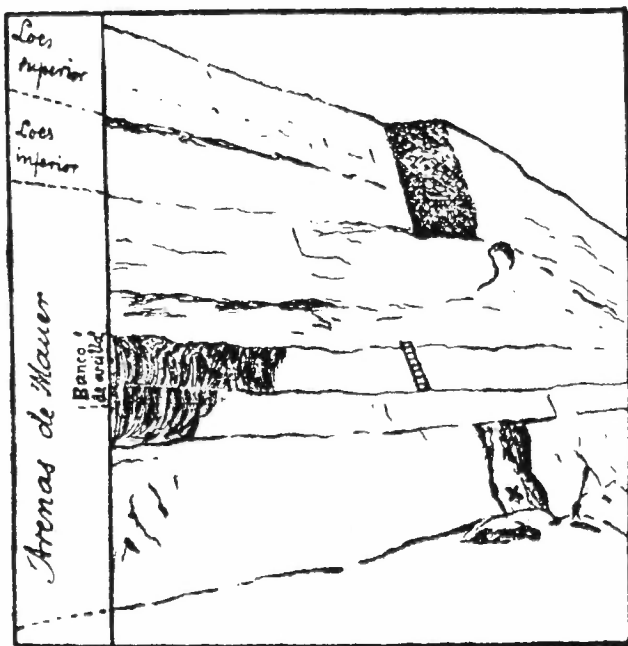


Fig. 8.—Lasca.—J, plano de percusión; M, bulbo de percusión; A, plano de lascado.

la forma conveniente. A veces un nódulo era retocado por ambos lados, hasta darle, por ejemplo, la forma de hacha (fig. 8).

Chelense.—Las estaciones chelenses se encuentran generalmente en llanuras poco elevadas en la proximidad de los ríos, donde el hombre podía satisfacer ampliamente sus necesidades. Aunque esta etapa se inició durante el Rissense, su máximo desarrollo tuvo lugar durante el primer período interglaciario. Por eso el clima, durante casi todo el tiempo del Chelense conocido

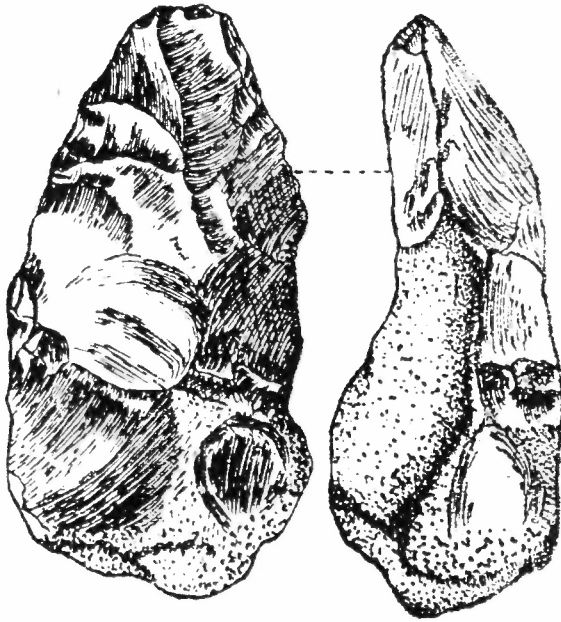


Fig. 9.—Hacha de mano chelense de S. Isidro, vista de frente y de perfil.

hasta hoy, fué benigno, con *Elephas antiquus*, *Hippopotamus major* y *Rhinoceros Merckii*. Faltan *Elephas trogontherii*, *Rh. etruscus*, y *Machairodus* del Prechelense.

Era, al parecer, de esta época la raza llamada *Eoanthropus Dawsoni*, cuyos restos fueron hallados en Piltdown (Inglaterra). Sus caracteres son poco conocidos, si bien no parecen confundirse

con los de otras razas humanas estudiadas hasta hoy. La industria lítica es bastante variada. El hacha de mano chelense es el instrumento característico de esta etapa. Es una piedra, generalmente de sílex, de forma de almendra, tallada toscamente por ambas caras, gruesa en el centro, con bordes cortantes y sinuosos y un extremo tallado en punta y el opuesto redondeado y

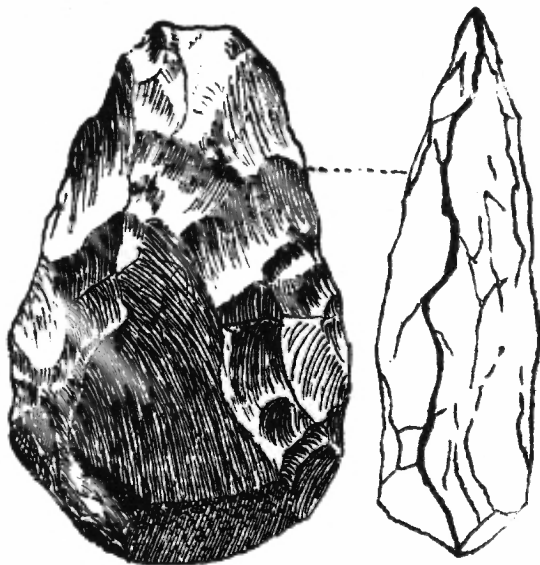
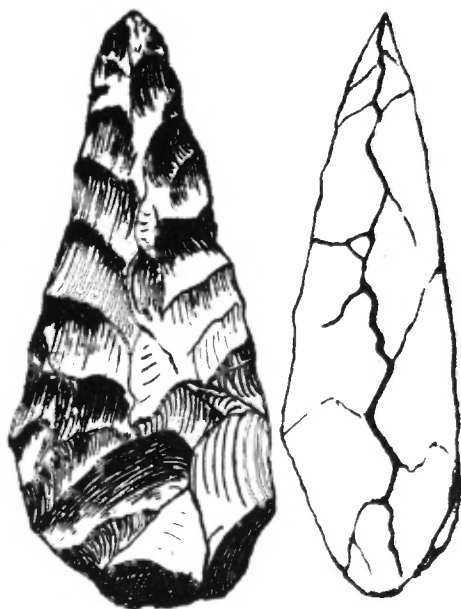


Fig. 10.—Hacha de mano chelense amigdalóide, de Torralba, vista de frente y de perfil.

más grueso. A veces afecta otras formas: oval, discoidal, lanceolada, etc. (figs. 9, 10 y 11). Sus dimensiones son variadas; en general mide 12 ó 15 cm. de largo. Al lado de estos instrumentos existían otros muchos de tamaños menores: lascas puntiagudas, hojas anchas de pedernal, buriles, raspadores y raederas de talla muy tosca.

Ciertos instrumentos de sílex resquebrajados al fuego revelan que este elemento era conocido ya por el hombre Chelense. Sería utilizado, no sólo para usos domésticos, sino también para ahuyentar las fieras durante la noche, como se hace actualmente en muchos pueblos, incluso en el pueblo vasco.

Fig. 11.—Hacha de mano chelense lanceolada, de frente y de costado.



Acheulense.—Algunas estaciones de esta época se hallan en cavernas, coincidiendo esto con un cambio de clima. En los países meridionales de Europa continuó, sin embargo, el clima cálido durante esta época y la siguiente.

Aunque en la primera fase de esta etapa aparecen todavía *E. antiquus* y *Rh. Merckii*, que revelan una temperatura benigna; la presencia del *E. primigenius* (mamut) y de *Rh. tichorhinus* en el tramo superior nos señala un clima frío.

La industria se caracteriza por varios tipos de instrumentos de piedra. El hacha de mano es menos voluminosa y menos grosera que en el Chelense. En el tramo inferior este instrumento, en general más delgado que en el Chelense, era de forma

oval (Fig. 12); y en el superior eran frecuentes los de forma

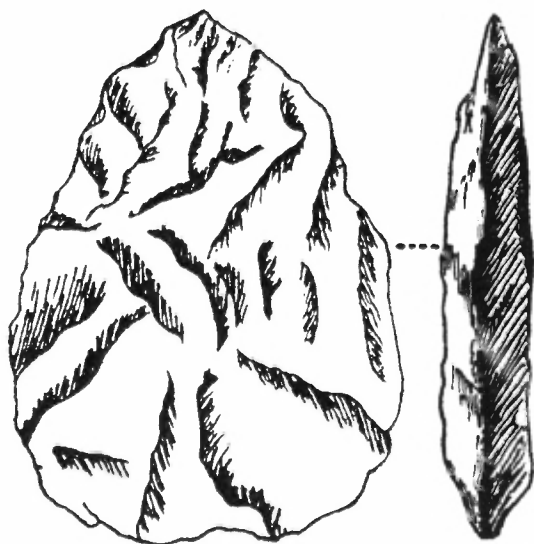
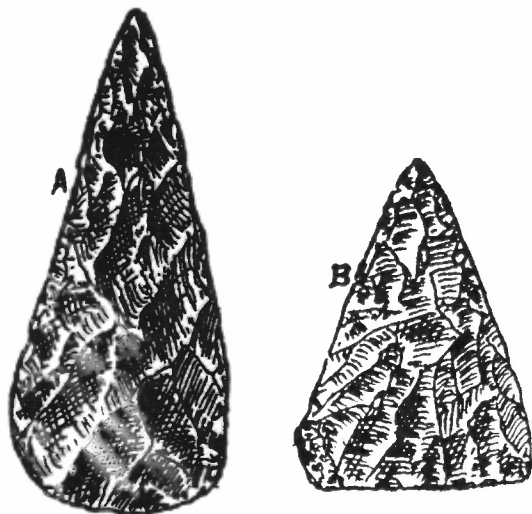


Fig. 12.—Hacha de mano acheulense, según R. Gerin, vista de frente y de perfil.

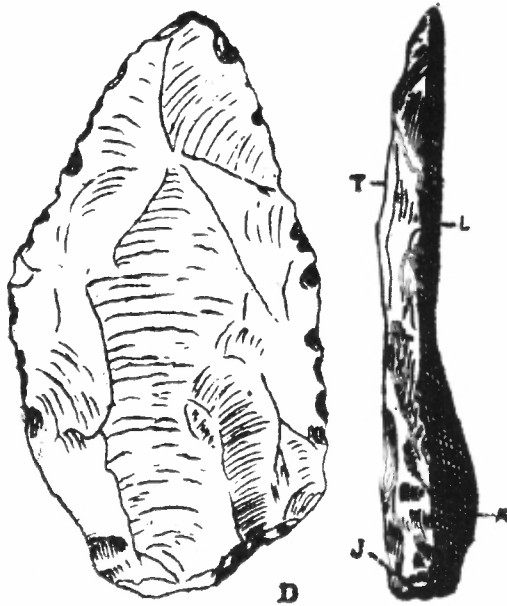
Fig. 13.—A, hacha de mano acheulense lanceolada, según Capitan. B, hacha de mano acheulense triangular.



triangular y lanceolada (fig. 13). Las lascas llamadas *tipo Leva-*

llois son de forma oval, bastante regular, con una cara plana y la opuesta tallada; cuando es puntiaguda, se llama *punta tipo Levallois* (fig. 14). Al lado de esta industria típica, existe una gran variedad de instrumentos atípicos, generalmente de tamaño reducido.

Fig. 14. — Punta Levallois, acheulense, vista de frente y de perfil. Cuando no es puntiaguda se llama lasca Levallois. M, bulbo de percusión. J, plano de percusión. T, cara tallada. L, plano de lascado.



Musteriense.—El clima cada vez más frío obligó al hombre a buscar abrigo en las cavernas. Las estaciones al aire libre fueron raras. La fauna revela también clima más frío que en el *Acheulense*. Está caracterizada por *Elephas primigenius* (mamut), *Rh. trichorhinus*, *Rangifer tarandus* (reno), *Canis lagopus* (zorro azul), etc. En la Península Ibérica continúa todavía la fauna de clima más benigno, como nos lo indica, entre otros hechos, el hallazgo de *Rh. Merckii* en el nivel musterriense de la cueva del del Castillo (Santander).

La raza humana que habitó en Europa (1) durante el musteriense fué la llamada *Homo neandertalensis* u *Homo primigenius*. Son numerosos los restos de este hombre hallados en diversos países. Sus características son: bóveda craneal aplana-da, frente huida, reborde saliente y continuo sobre las órbitas (*torus superorbitalis*), barbilla poco acusada, carencia de la fosa canina en el maxilar. Por lo demás, sus restos revelan que poseía

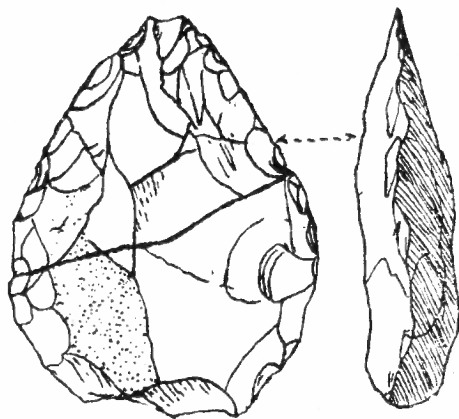


Fig. 16.—Hacha de mano musteriense de Olha, vista de frente y de perfil, según Passemard.

lenguaje articulado y llevaba la cabeza erguida, según lo ha demostrado el Prof. Sergio Sergi (fig. 15). De las razas actuales la única que puede darnos una idea algo aproximada del *Homo primigenius* es la australiana.

Entre multitud de instrumentos, como hachas (figs. 16 y 17), láminas con muescas, raspadores, perforadores y otros, cuyos

(1) Fuera de Europa han sido señalados restos del *Homo primigenius* en Broken-Hill (Rhodesia). Son de época bastante reciente, lo cual parece indicar que aquella raza, hace tiempo desaparecida en Europa, ha continuado viviendo en Africa en épocas posteriores.



Fig. 15.—Cráneo de La Chapelle aux Saints
o del *Homo primigenius*.

precursores se hallan en las épocas precedentes, hay dos que

Fig. 17.--Cuar-
cita pugiloi-
de muste-
riense de
Olha, según
Passemar.

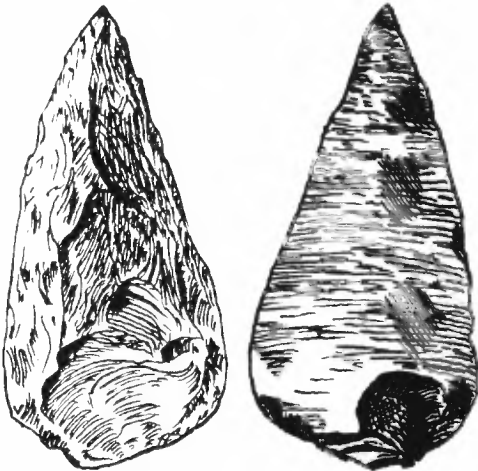
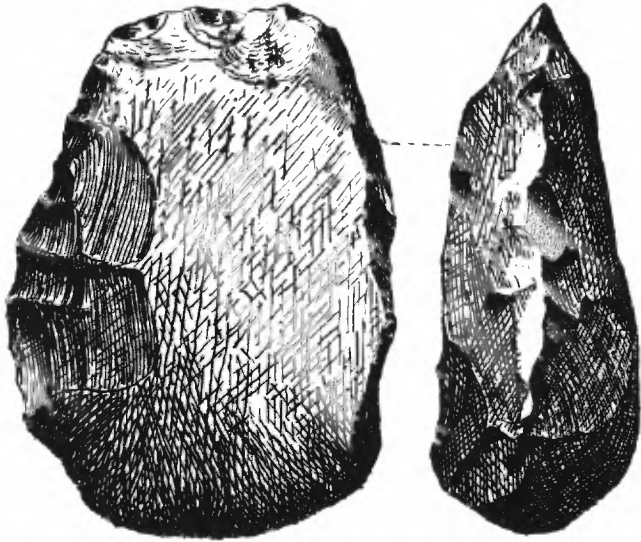


Fig. 18.—Punta musteriense
de la Quina (anverso y
reverso).

caracterizan este nivel, a saber: *la punta musteriense* y *la rueda-*

ra musteriense. Aquella es una lasca tallada cuidadosamente en sus bordes sólo por una cara, y terminada en una o dos puntas

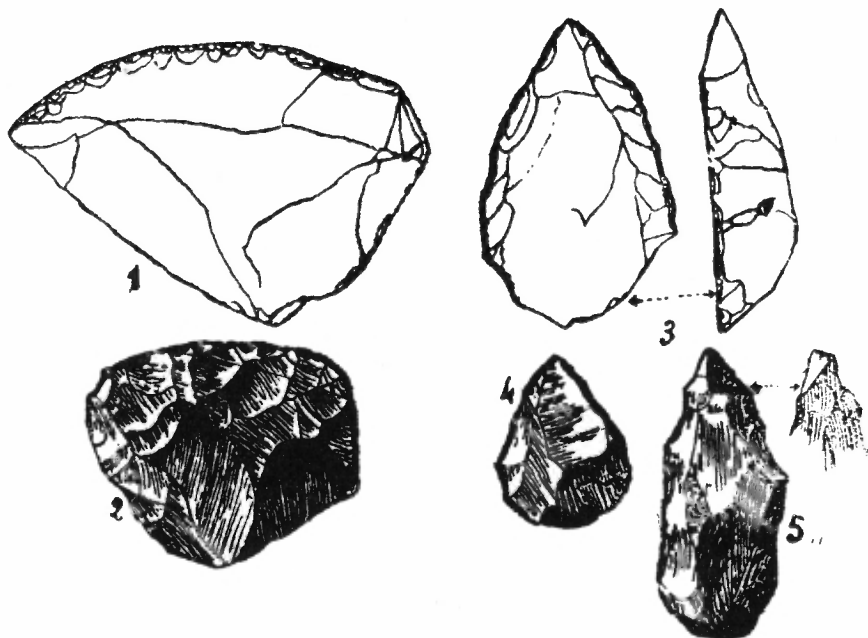


Fig. 19.—Industria musteriense.—1, raedera de Olha; 2, id. de Isturitz; 3, punta de Olha; 4, punta de Isturitz; 5, buril musteriense de Isturitz. Según Passemard.

(figs. 18 y 19). La segunda es otra lasca tallada sólo en su borde convexo (fig. 19: 2).

LA VIDA EN EL PALEOLÍTICO ANTIGUO

Vida económica.—El nomadismo es uno de los caracteres de la vida del hombre cuaternario. La existencia de multitud de hogares separados por delgados estratos estériles en muchas esta-

ciones paleolíticas de Europa, hecho sólo explicable admitiendo las frecuentes ausencias de sus moradores, junto con la presencia de restos de moluscos y peces de regiones y mares muy distantes, induce a pensar que los hombres cuaternarios eran nómadas.

Por otra parte sabemos que no se dedicaban al pastoreo: en sus moradas hallamos grandes cantidades de restos de comidas, consistentes en huesos de animales de todas las edades, siendo así que los pueblos pastores apenas sacrifican reses jóvenes, las cuales se destinan a la continuación del rebaño. El pastoreo requiere rebaños constituidos de un número de hembras mucho mayor que el de machos; pero en las estaciones paleolíticas aparecen restos de animales de ambos sexos en número sensiblemente igual. Además, la forma de los huesos y sus relieves muestran que los animales de que se alimentaba el hombre paleolítico estaban en estado salvaje.

Del nomadismo del hombre cuaternario y de los hechos que nos muestran la ausencia de animales domésticos, es fácil concluir que la agricultura era desconocida todavía.

Sabemos, por lo tanto, que el hombre se dedicaba a la caza, a la pesca y a la recolección de aquellos alimentos vegetales que la naturaleza espontáneamente le ofrecía. Era, pues, consumidor, no productor.

Elefantes, hipopótamos, reinocerontes, caballos, bisontes, ciervos, corzos, alces, renos, cabras, gamuzas, jabalíes, etc., los había en gran abundancia, y eran cazados con diversos métodos. Los grandes paquidermos eran cogidos en fosos (trampas) lo mismo que los carnívoros más peligrosos. También era usada la caza de ojeo, consistente en que una banda de cazadores acosando a los animales, les llevaran a precipicios y valles estrechos donde los mataban a pedradas o por otros medios. Era, pues, un género de caza semejante al que persiste todavía en muchas aldeas. Así, para cazar lobos, una cuadrilla de hombres desparados en el extremo de una sierra van recorriéndola, dando gritos y silbidos, hasta el otro extremo, donde otros cazadores, armados, esperan a las fieras que llegan despavoridas. Otras veces

los lobos son conducidos así hacia un desfiladero o también hacia un campo limitado por dos paredes que convergen en un lugar estrecho donde hay una fosa o trampa (fig. 20). Las armas de piedra servían, sobre todo, para dar muerte a los animales

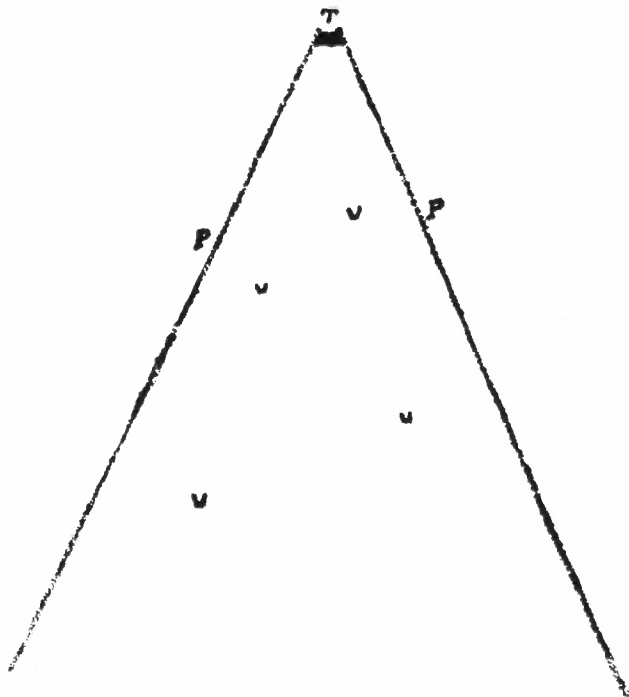


Fig. 20.—Lobera de *Gibijo* (Cuartango-Alava). Las paredes (P) miden 300 m. de largo por 2,50 de altura y 0,80 de anchura. En el sitio donde convergen existe un hoyo o trampa (T) de 6 m. de largo y 5 de ancho y 4 de profundidad. En los sitios señalados con el signo U hay esperas o refugios donde los cazadores aguardan el paso del lobo para herirle por detrás.

cazados. Este género de caza, la existencia de talleres y el acarreo y concentración de grandes bloques de sílex en determinados sitios parecen indicar que había ya agrupaciones humanas.

La caza de acecho permitía apoderarse de los cérvidos y de los caballos. Las numerosas piedras redondas halladas en algunos

yacimientos musterienses debieron servir de proyectiles de honda. O de *malote*, aún usado el en pueblo vasco y que es un palo o caña con hendidura en un extremo donde se coloca la piedra que ha de ser lanzada.

Viviendas.—Las costas y los ríos señalaban las rutas naturales al hombre del Paleolítico antiguo. En las proximidades de los ríos procuraba éste levantar su campamento, según lo prueba la situación de muchos yacimientos de aquel tiempo. En tales sitios las gravas le ofrecían material para fabricar utensilios de piedra. Allí también acudían, impulsados por la sed, las especies de la fauna gigante cuaternaria (elefantes, hipopótamos, rinocerontes), y eran cazados en grandes fosos o trampas. No faltan, sin embargo, yacimientos del Paleolítico inferior en cavernas, las cuales eran buscadas como lugares de refugio, y también porque servían de abrigo contra el frío y contra el calor excesivo.

Para defenderse, durante la noche, de las fieras y para la preparación de alimentos, era usado probablemente el fuego, cuya existencia en la época Chelense nos la muestran algunos instrumentos de sílex cuarteados y de color rojo.

Atavío corporal.—Del vestido y adorno de las dos razas más antiguas del Cuaternario conocemos poco. En los niveles acheulenses y musterienses han aparecido diversos colorantes, como ocre y hematites, que, según datos de la Etnografía comparada, debieron servir para pintar el cuerpo. Otros objetos, como cristales de roca, cantos multicolores y dientes de animales, fueron utilizados como adornos, quizá como amuletos.

Vida social.—Los métodos de caza (ojeo y fosos-trampas), las grandes acumulaciones de restos de comidas en determinados sitios, la existencia de talleres y el hecho mismo de la enorme difusión de algunos tipos de utensilios, demuestran que el hombre vivía en sociedad, si bien ignoramos formas más concretas de su existencia social.

Religión.—Una de las manifestaciones de carácter religioso la constituyen las sepulturas. Y aunque nada conocemos de prácti-

cas funerarias del *Homo Heidelbergensis*; el hallazgo de esqueletos humanos del musteriente, de adultos y de niños, intencionadamente inhumados en fosas preparadas, en postura estudiada, provistos de utensilios de piedras, revela que el *Homo neanderthalensis* veneraba a sus muertos y creía en la vida de ultra-tumba. Las sepulturas correspondientes al hombre de esta raza se hallan en abrigos bajo roca y en cavernas que habían servido de habitación. Las más importantes son las de La Chapelle-aux-Saints, Le Moustier, La Ferrassie (Dordoña) y Spy. No se puede, pues, sostener razonablemente el ateísmo cuaternario tal como lo defendía G. de Mortillet y lo vemos renovado en nuestros días en algunos manuales, como el de Hebert Kühn (1).

(1) *Die Kunst der Primitiven*, pág. 24. Munchen, 1923.

III

PALEOLÍTICO SUPERIOR O RECIENTE

La segunda etapa del Paleolítico, para gran parte de Europa—incluyendo en ella el País Vasco—comprende tres períodos y culturas: Auriñaciense, Solutrense y Magdalenense. Deberéis tener presente que por entonces en la Península Ibérica, exceptuando la zona cantábrica, se desarrolló la llamada *cultura capsense*, de origen africano, más pobre, caracterizada por pequeños instrumentos de sílex de formas geométricas.

La fauna os indicará un clima frío, al parecer algo más atenuado en el Auriñaciense y en el Solutrense que en el Magdalenense, según lo prueba el hecho de ser más abundante el reno en este último nivel. El Auriñaciense difiere de los dos siguientes por la presencia de mayor número de especies extinguidas. Es difícil, sin embargo, hallar diferencias en las faunas de las épocas del Paleolítico superior, lo que hace que el carácter paleontológico en la clasificación de las mismas sea sustituido por el arqueológico. Y hay tanta más razón para esto cuanto que la industria en piedra y hueso y, sobre todo, la pintura y el grabado llegaron en esta etapa del Paleolítico a tan alto grado, que no duda el sabio abate Breuil en afirmar que «no se puede admitir que el Paleolítico superior haya sido derivado del Musteriense en la Europa occidental. Más probablemente, añade él mismo, se trata de

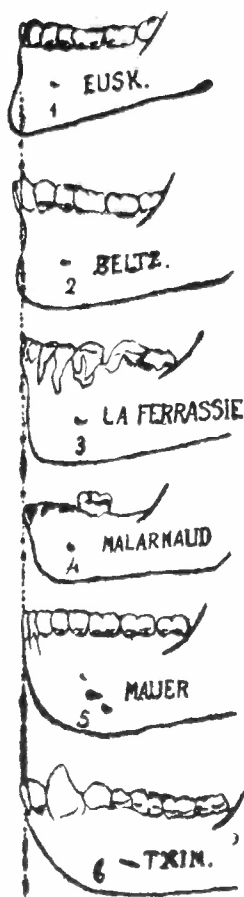


Fig. 21.-1, mandíbula del vasco actual; 2, id. de un negro; 3, id. del hombre fósil de La Ferrassie; 4, id. del hombre fósil de Malarnaud (*Homo neanderthalensis*); 5, id. del hombre fósil de Mauer (*Homo heidelbergensis*); 6, id. de chimpancé.

invasiones de pueblos mucho más elevados en la escala de las razas y de la civilización que sus predecesores neandertalenses» (1).

La técnica en la industria de la piedra es también distinta en el Paleolítico superior. Dice el Dr. Obermaier: «En lugar de los grandes tipos de hachas y de lascas, toscas y anchas por lo general, aparecen las típicas industrias de hojas, caracterizadas por formas largas y finas y más o menos prismáticas, y por una serie de variantes» (2).

Lo mismo se diga también del trabajo en hueso y en cuerno, apenas conocido en el Paleolítico inferior. Y aunque muchas de las formas se repiten en los distintos niveles, no faltan, en cada uno de éstos, tipos característicos, importantes elementos de determinación.

Finalmente, una raza humana diferente de las anteriores puebla nuestros países. Es la raza de *Cro-Magnon* (*Homo sapiens fossilis*), poco diferente de la actual. A juzgar por la semejanza de su industria con la de los prehistóricos del Asia Menor y del norte de Africa, parece originaria de este continente o de las regiones del Mediterráneo oriental. Tenía elevada estatura, cara ancha, frente alta, cráneo largo y de gran capacidad. Era, pues, un tipo humano muy diferente de las razas del Paleolítico inferior o antiguo. (Fig. 21).

(1) *Les subdivisions du paleolithique supérieur et leur signification*, págs. 172 y 174. Genève, 1912.—(2) *El Hombre fósil*, pág. 115. Madrid, 1925.

Auriñaciense.—La industria de esta etapa conserva algunas

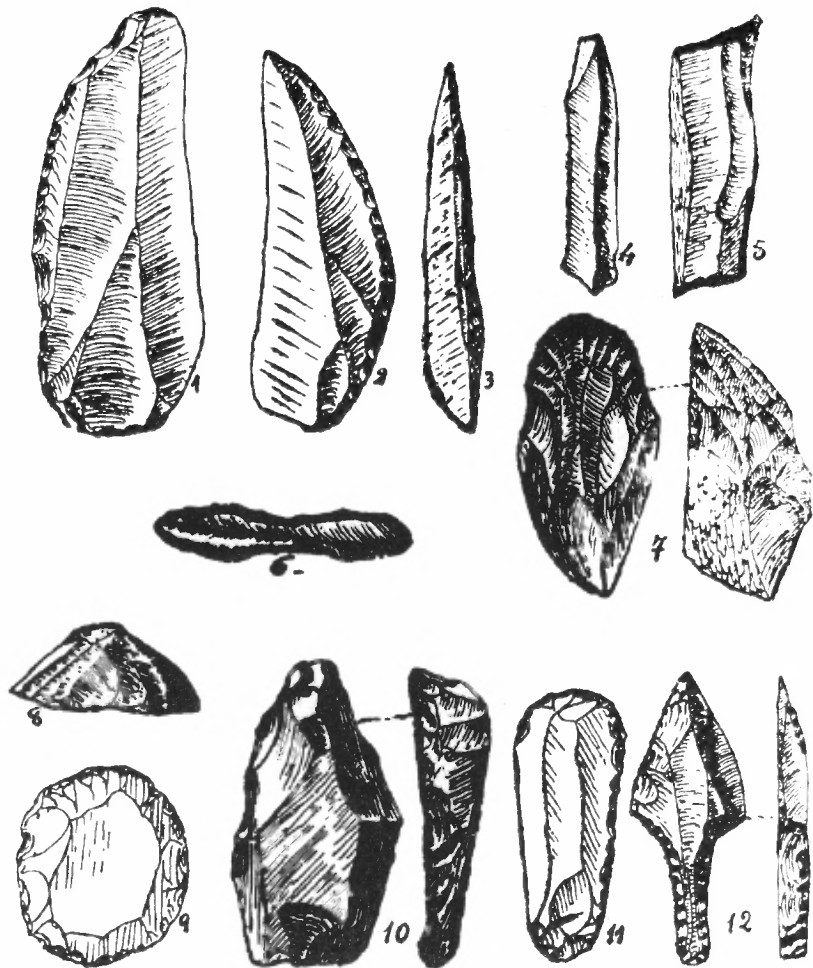


Fig. 22.—Industria lítica auriñaciense: 1 y 2, punta de Chatelperron; 3, punta de la Gravette; 4, buril de punta central; 5, buril de punta lateral; 6, lámina con doble escotadura; 7, raspador aquillado; 8, 9, 10 y 11, raspadores de Isturitz; 12, punta pedunculada del tipo de la Font-Robert, del Auriñaciense superior.

formas musterienses en sus comienzos. Pero la mayor parte de

sus elementos son nuevos. Abundantes láminas de pederal, unas largas, otras cortas, pero siempre finas, hacen su aparición en este tiempo. Al principio son muy usadas las láminas de pederal, de dorso curvo y retocado, llamadas cuchillos o *puntas de Chatelperron* (fig. 22: 1 y 2), y unos buriles fabricados con láminas mediante el desgaje de una esquirla en uno de sus extremos.

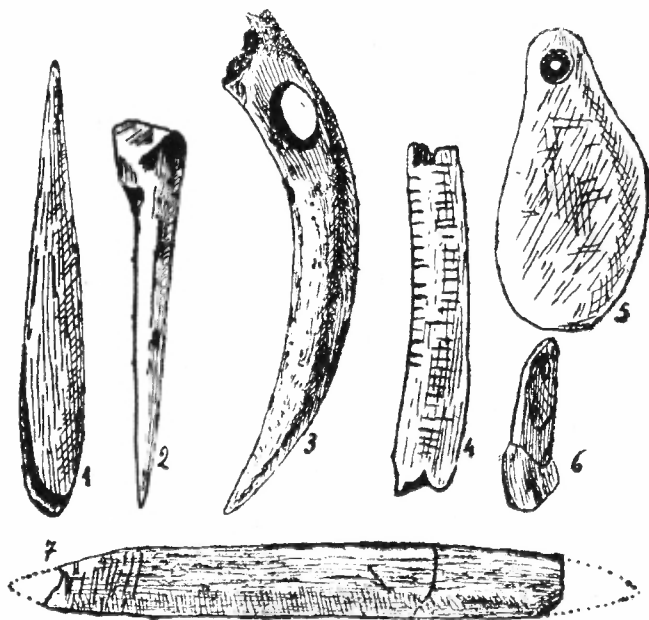


Fig. 23.—Industria ósea auriniaciense: 1, punta de base hendida; 2, punzón de hueso; 3, bastón perforado; 4, marcas de caza; 5 y 6, colgantes; 7, punta plana semejante a un cortapapeles (muy reducida). Proceden de Isturitz.

El auriniaciense medio se caracteriza por *raspadores aquillados y cónicos* (llamados así, según que tengan el dorso abultado en forma de una quilla invertida [fig. 22: 7], o en forma de cono [fig. 22: 8 y 9]); *por buriles* de formas varias (fig. 22: 4 y 5) y principalmente por el *de punta arqueada*; por *hojas* con una o más *escotaduras* o partes cóncavas con retoques marginales (fig.

22: 6), y por la *punta de hueso o asta de forma aplastada* cuya base presenta una profunda hendidura (fig. 23: 1).

El tramo superior del Aurignaciense está caracterizado por la *punta de la Gravette* (fig. 22: 3), que es una hoja delgada, de

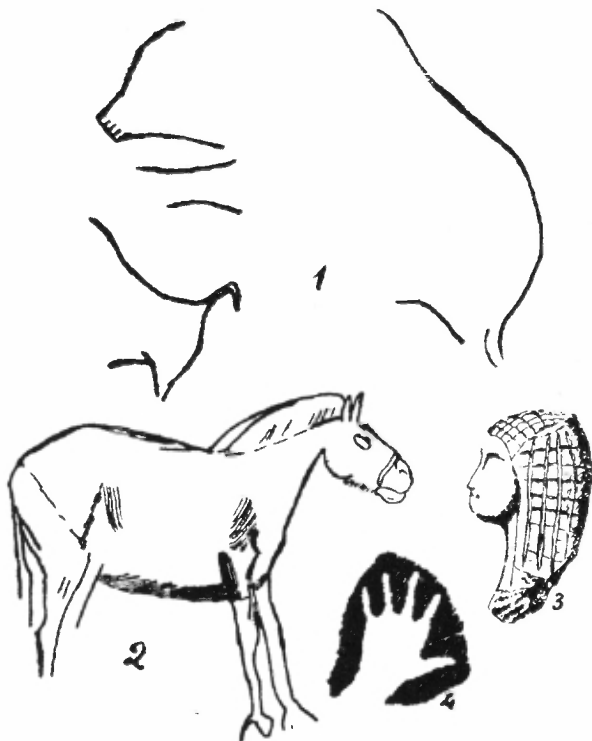


Fig. 24.—Arte aurignaciense: 1, grabados parietales de oso y grupa de bison, de la cueva de Venta de Laperra (Vizcaya); 2, grabado parietal de Hornos, de la Peña, según Breuil; 3, cabeza de mujer de Brassempouy, en marfil; 4, silueta de mano, de la cueva del Castillo (Breuil).

pequeñas o regulares dimensiones casi siempre, cuyo dorso ha sido tallado con pequeños golpes paralelos, generalmente en sentido normal al eje de la pieza, y por la *punta pedunculada* del tipo de *La Font-Robert* (fig. 22: 12). Existía una punta semejante a la

de la *Gravette*, con una escotadura cerca de la base, llamada *punta atípica de muesca*. La fabricación de utensilios y armas de hueso que no se conocen en el Paleolítico antiguo, adquiere en el Auriniaciense considerable desarrollo (fig. 23).

Son de este tiempo las primeras manifestaciones artísticas que conocemos: bajo-relieves, estatuillas, grabados en piedra y en hueso, pinturas y grabados parietales (arte rupestre). El artista trata de representar, si bien con rasgos rudimentarios, la naturaleza, principalmente los animales, y menos frecuentemente al hombre (fig. 24). El hecho de hallarse muchas de las pinturas y grabados parietales en los sitios más profundos y ocultos de las cavernas ha sugerido la idea de que algún motivo mágico o religioso los había inspirado.

En algunos yacimientos auriniacienses (en el de Isturitz, por ejemplo) han sido hallados huesos perforados que son tenidos como silbos o flautas.

Solutrense.—La industria pétreo de esta etapa se halla caracterizada por tipos en que el retoque no es ya sólo marginal, sino que se extiende a toda la superficie de la pieza.

En el nivel inferior es característica la *punta hoja de laurel* (fig. 25: 1) así llamada por su semejanza con hojas de laurel. Es una punta de flecha tallada con rara perfección en una lámina de sílex, cuyos retoques, hechos generalmente con mucha finura sobre ambas caras, son casi paralelos y normales al eje mayor. Esto se conseguía mediante presiones fuertes hábilmente ejecutadas sobre los bordes de la piedra con piezas de hueso o cuerno, como lo hacen todavía algunos pueblos de América, África y Australia.

En el Solutrense superior el instrumento típico es la llamada *punta de muesca* (fig. 25: 3). Es semejante a la *punta atípica auriniaciense de muesca*, de la que se distingue principalmente en que en la solutrense el retoque se extiende por la superficie de la pieza.

Existen, además, diversas formas de raspadores, buriles, perforadores, compresores, etc. (fig. 25: 5, 6, 7, 8, 9, 10).

Al final de la época aparecen agujas de hueso provistas de

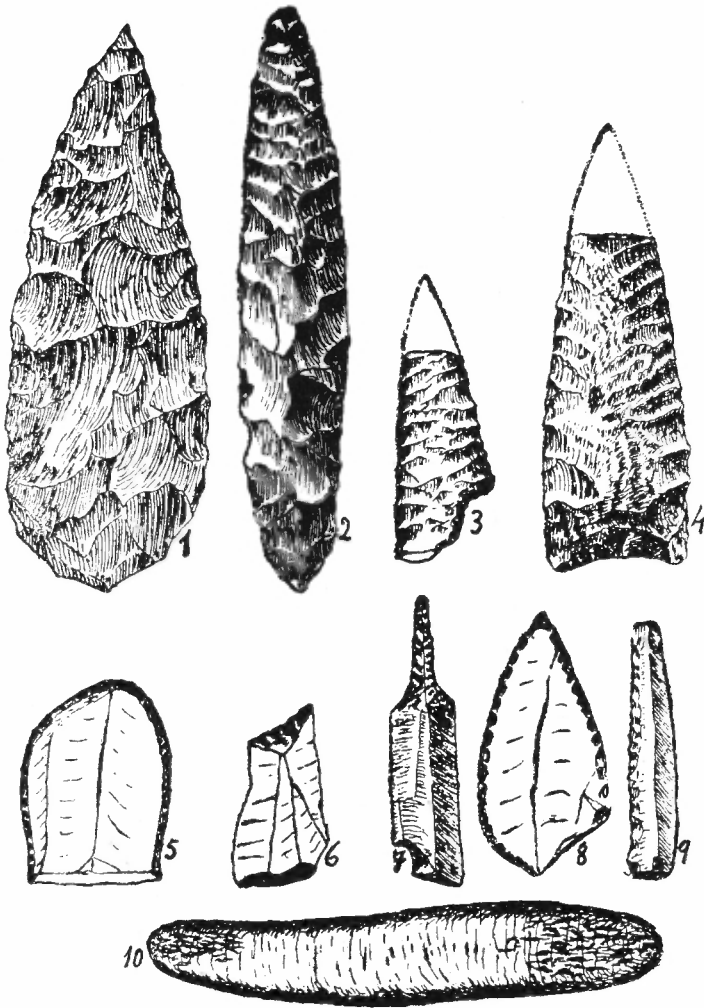


Fig. 25.—Industria lítica solutrense: 1, punta hoja de laurel (de Isturitz), según Passemard; 2, punta hoja de sauce, de Isturitz; 3, punta de muesca, de Ermitia; 4, punta de base cóncava (de Cueto de la Mina); 5, raspador en extremo de lasca de Ermitia; 6, buril de Ermitia; 7, perforador de sílex, de la gruta de la Iglesia (Dordoña) según Mortillet; 8, buril de punta central de Ermitia; 9, lámina con retoques marginales (Ermitia); 10, compresor (muy reducido).

EUSKO-FOLKLORE

ojo; pero, en general, el trabajo en hueso y en cuerno es muy raro (fig. 26).

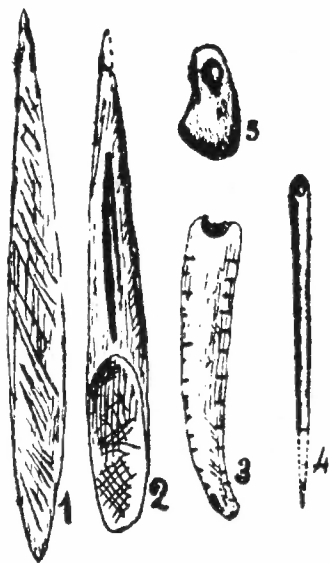


Fig. 26.—Industria ósea solutrense: 1, punta doble aplanada de Ermitia; 2, punta de azagaya de un solo bisel, de Isturitz; 3, marcas de caza, de Isturitz; 4, aguja de Ermitia; 5, colgante de Cueto de la Mina.

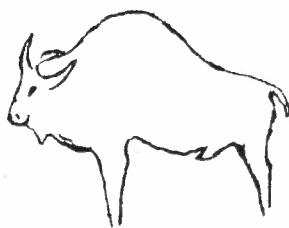


Fig. 27.—Figura de bisonte, de la gruta de la Greze (solutrense?).

El arte es muy rudimentario: parece haber retrocedido durante el Solutrense, o haber permanecido estacionario cuando menos (fig. 27).

Magdalenienze.—Durante esta etapa paleolítica se extinguen algunas especies de animales cuaternarios (el oso de las cavernas, el mamut, el rinoceronte lanudo). La fauna es ártico-alpina, abundando, sobre todo, el reno.

La industria lítica es menos perfecta que en el Solutrense. En sus principios se asemeja más a la del Auriñaciense. Existen lá-

minas de pedernal en gran abundancia que constituyen diversos instrumentos: buriles, raspadores, buriles de pico de loro, perforadores, hojas dentadas (fig. 28).

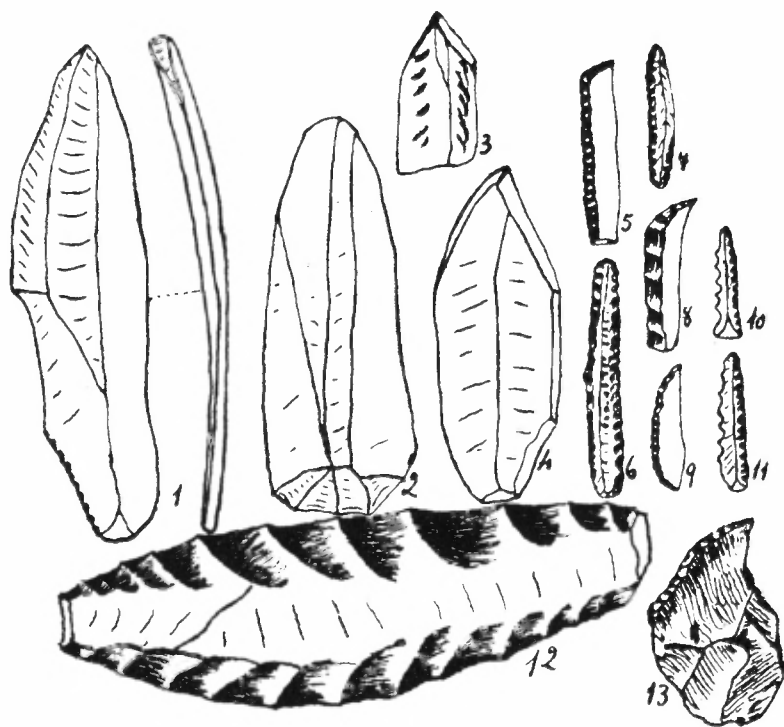


Fig. 28.—Industria lítica magdaleniense: 1, lámina; 2, raspador; 3 y 4, buriles; 5, 6, 7, 8 y 9, láminas con retoques marginales; 10 y 11, sierras; 12, lámina arqueada; 13, pico de loro (Ermitia).

Lo que caracteriza principalmente el Magdaleniense son la industria en hueso y cuerno y sus producciones artísticas. Agujas de hueso o marfil son principalmente de esta época: después desaparecen. Se fabricaban agujereando en su extremo una esquirla de hueso o de marfil con un perforador de sílex. Dicha esquirla se obtenía abriendo con un buril dos ranuras en la superficie de un hueso o marfil y destacando de un golpe lateral la pieza com-

prendida entre las ranuras. Otro instrumento típico es el *arpón*

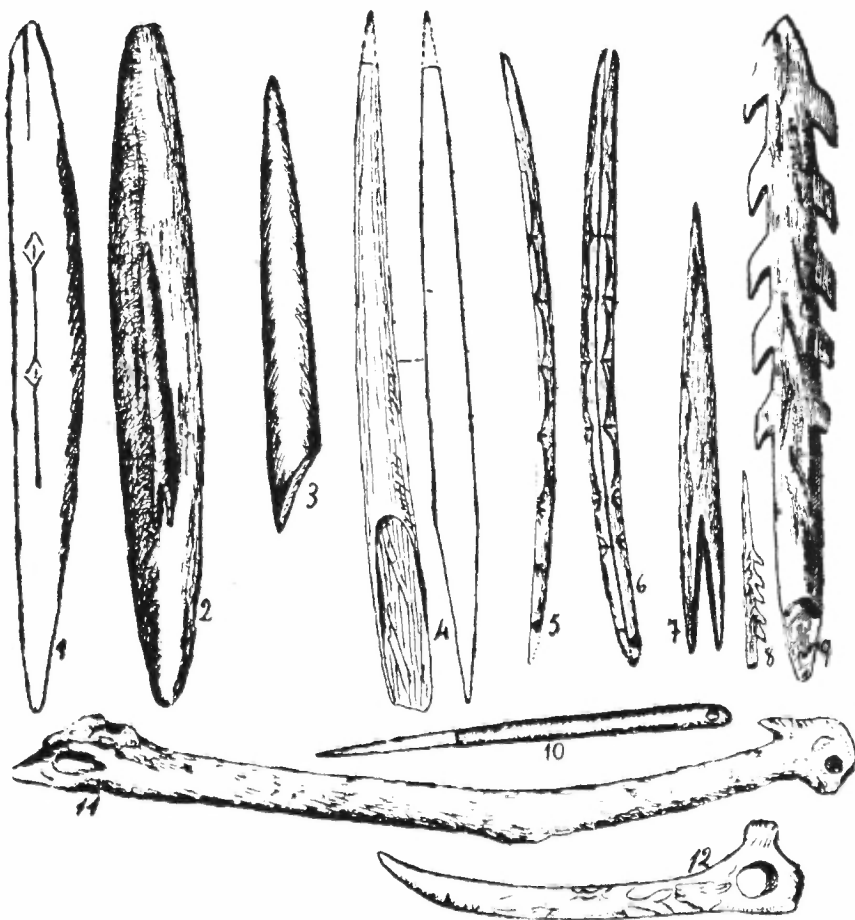


Fig. 29.—Industria ósea magdaleniense: 1 y 2, punzones de Ermitia; 3, punta de base biselada de Ermitia; 4, punta de doble bisel de Isturitz; 5, varilla semicilíndrica; 6, dos varillas semicilíndricas acopladas de Isturitz; 7, punta ahorquillada de Isturitz; 8 y 9, arpones de Isturitz; 10, aguja de Ermitia; 11, propulsor de Mas d'Azil; 12, bastón perforado de Chancelade.

de cuerno, de forma de una varilla *cilíndrica* sin orificio en la base: al principio es sencillo, con dientes poco salientes y uni-

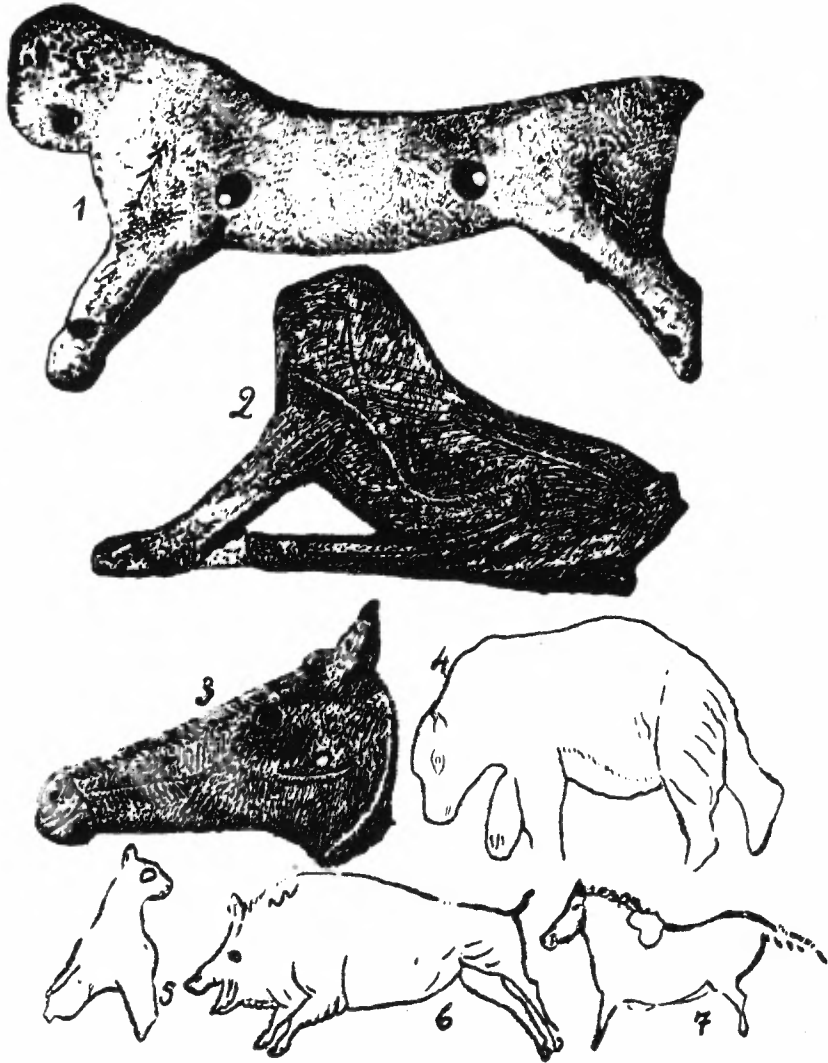


Fig. 30.—1, felino de Isturitz; 2, caballo de Isturitz; 3, cabeza de caballo de Isturitz (según Passemard); 4, oso de Combarelles; 5, gato salvaje (?) esculpido de Arudy (B. P.), según Reinach; 6, jabalí de Altamira, según Reinach; 7, yegua de Santimamiñe, muy reducida.

laterales; después los dientes son más grandes y bilaterales

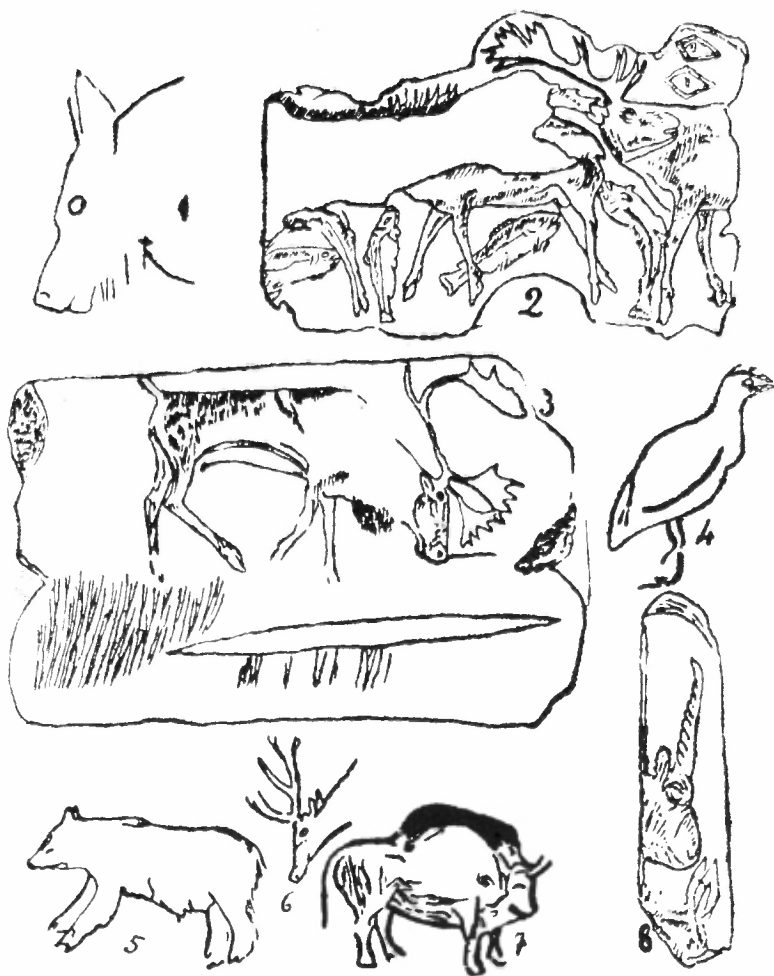


Fig. 31.—1, lobo (?) de Combarelles, según Reinach; 2, ciervos y salmones de un bastón perforado de las grutas de Lortet, según Piette; 3, reno grabado en un hueso de reno de Thayngen (Suiza); 4, ave de Isturitz; 5, 6 y 7, oso, ciervo y bisonte de Santimamiñe; 8, Saiga de Gourdan (Reinach).

(fig. 29). También es de este tiempo el *propulsor*, que es una



Fig. 32.—1, rinoceroc (Font-de-Gaume), según Breuil; 2, león de las cavernas (?), según Reinach; 3, mamut grabado de Font-de-Gaume, según Reinach; 4, figuras femeninas de Alpera; 5 y 6, pintura rupestre de las cuevas Saltadora (Castellón) y de los Caballos (Valltorta); 7, antropoide de Combarelles; 8 y 9, antropoides de Altamira.

varilla cilíndrica de hueso o asta con una muesca y saliente en uno de sus extremos, donde, sin duda, se apoyaba la base de alguna arma arrojadiza (fig. 29: 11).

Al lado de estos instrumentos, existen otros como azagayas, alisadores, punzones, puntas de lanzas y de flechas, y bastones perforados, todos de hueso, asta o marfil. Frecuentemente están adornados con grabados (fig. 29).

El arte cuaternario llega a su apogeo. El cazador magdalenense ha esculpido, grabado y pintado, sobre todo en sus utensilios y en las paredes de sus cavernas y abrigos roqueños. El arte rupestre de la zona franco-cantábrica, cuyo centro ocupa el país vasco, se halla representada por pinturas y grabados que ocupan generalmente las cámaras más inaccesibles de las cavernas. Además de este arte *rupestre*, existe el *moviliar* que consiste en esculturas, grabados y pinturas ejecutados en objetos de hueso, cuerno, marfil, piedra, etc., (figs. 30, 31 y 32).

LA VIDA EN EL PALEOLÍTICO SUPERIOR

Viviendas.—Durante el Paleolítico superior las viviendas preferidas fueron las cavernas, sin que esto quiera decir que no existieran muchas viviendas al aire libre. Las grutas y abrigos bajo roca ofrecían al hombre excelentes refugios donde podía defenderse del frío y de las acometidas de las fieras. En muchos sitios que sirvieron de morada, han sido hallados hogares formados con piedras. No tenían vasijas de barro, pero debieron tenerlas de madera u otro material para cocer ciertos comestibles, como las litorinas y los trochus. Grandes acumulaciones de conchas de estos mariscos suelen hallarse en las estaciones costeras del Paleolítico superior. Como su carne no puede ser extraída viva y, por otra parte, las conchas no presentan señales de haber estado al fuego ni están rotas, es preciso reconocer que tales moluscos eran cocidos al modo como hoy día los pastores vascos

cuecen la leche en vasijas de madera, introduciendo en ellas piedras candentes.

Vida económica.—El hombre se dedicó a la caza y a la pesca como en el Paleolítico antiguo. La fauna era abundante y aparece representada, en parte, en el arte paleolítico. Así, han llegado hasta nosotros representaciones del mamut, del rinoceronte lanudo, del toro, del bisonte, del caballo, del corzo, del jabalí, del reno, del ciervo, de la gamuza, del antílope saiga, de la cabra montés, del lobo, del oso y del león de las cavernas, del alce, de la liebre, del zorro, del gato montés, del lince, del glotón, de la hiena, de la marmota, de la nutria y de la foca. Existen también representaciones de pájaros, como águilas, grullas, cuervo, perdiz, lechuza, cisne, pato y ánade, así como también las hay de anguilas, serpientes y peces (trucha, salmón, sollo y carpa) (1).

En el Paleolítico superior disminuyó notablemente la caza de los paquidermos, siendo sustituida principalmente por la del reno, ciervo, cabra montés, gamuza, caballo, toro, bisonte, etc.

A esta caza se adaptaban las nuevas armas arrojadizas con punta de hueso o asta, azagayas, lanzas, mazas y «bumerangs» lo mismo que el arco y la flecha cuyo uso vemos comprobado en las pinturas rupestres. El cazador busca en su oficio alimentos y grasa, pieles, tendones y hasta huesos y cuernos que habían de servirle para fabricar armas y utensilios.

La existencia de artes e industrias regionales nos muestra que el nomadismo se contenía en áreas más limitadas que antes.

Vida social.—Con fines económicos organizábanse los hombres para la caza de ojeo, como nos lo muestran las pinturas rupestres de la Cueva de los Caballos (Barranco de Valltorta) y de Villar del Humo. Las cuevas pintadas de la zona franco-cantábrica, consideradas generalmente como santuarios donde las figuras han sido ejecutadas en diversas épocas, son una prueba de estrechas relaciones sociales entre los habitantes de varios países continuadas durante largas generaciones.

(1) Obermaier: «La vida de nuestros antepasados cuaternarios en Europa», p. 67, Madrid, 1928.

Atavio corporal.—El uso de pieles de animales, aunque quizá no muy extendido, se halla bastante comprobado, no sólo por las figuras humanas enmascaradas que ostentan cabeza y cuerpo de gamuza (Abri-Mege-Dordoña), sino también por el hecho de que, examinada al microscopio la tierra que estaba en contacto con varios de los esqueletos de las cuevas de Grimaldi, se halló que contenía residuos de pelos de animales. La existencia de agujas indica que era conocida la costura. Las mujeres pintadas de Alpera llevan falda campaniforme (fig. 32: 4).

En las sepulturas aparecen muchas veces, alrededor de los cráneos, series de conchas perforadas, dientes de ciervo, huesecillos horadados, etc. que debieron servir de adorno en la cabeza.

Los mismos objetos se hallan algunas veces a la altura del cuello, del pecho, de la cintura, de las rodillas, y aún en los pies. La escultura de marfil de Brassempouy tiene en la cabeza una especie de caperuza. Los cazadores representados en las pinturas rupestres del levante de España, muestran en la cabeza adornos de plumas y monteras de diversas formas, cinturones y cintas colgantes en el talle, en los brazos, en las rodillas, etc.

El hallazgo de colorantes en muchas estaciones paleolíticas, algunas veces conservados en estuches de hueso, indican su uso para pintar diversos objetos de piedra, quizá también el cuerpo. Tales colorantes eran depositados también en las sepulturas, y alguna vez los cadáveres eran cubiertos de ocre. En algunas representaciones humanas aparecen ciertos signos que parecen de tatuaje.

Arte.—Las manifestaciones de arte datan principalmente del Auriñaciense medio. Existen esculturas y relieves de estilo realista que representan al hombre; pero abundan más las representaciones de animales, sobre todo del bisonte, del caballo, del ciervo, de la cabra y del reno. También las hay del oso de las cavernas, del mamut, del rinoceronte lanudo, del jabalí y de varias especies de pájaros (grulla, águila, cisne, pato, cuervo, perdiz) (figs. 20, 21 y 22).

El arte rupestre, representado por numerosas especies de

pinturas y grabados en las paredes de las rocas, ha hecho su manifestación principalmente en las cavernas (Altamira, Santimamiñe, Font de Gaume y otras sesenta que se cuentan en la zona franco-cantábrica). Muchas de estas pinturas y grabados se hallan en lo más oculto de las cuevas. Algunas veces los artistas tuvieron empeño en realizar varias obras sobre la misma porción de pared, y así resultaron superpuestas muchas de las figuras. En el arte rupestre de la región franco-cantábrica faltan figuras humanas, aunque las hay de las llamadas «antropomorfas». Podemos, pues, afirmar que casi la totalidad de las representaciones de esta zona son de animales, particularmente de los arriba mencionados. Existen también siluetas de manos humanas dibujadas en las paredes. Atribúyense al Aurignaciense estas siluetas de manos. En la misma época se hacían pinturas y grabados en forma de sencillas siluetas de animales y figuras antropomorfas. Más tarde las figuras son más perfectas, se introduce el sombreado y los detalles anatómicos son representados. En el Magdaleniense el arte llega a su perfección con pinturas y grabados no superados si no es en pueblos de civilización muy elevada. En el S. y levante de España hay multitud de abrigos bajo roca con pinturas rupestres correspondientes a la cultura capsense, en que se hallan figurados animales y hombres, constituyendo verdaderas escenas de caza, lucha, etc. Las representaciones, en especial las humanas, son generalmente muy esquemáticas (fig. 32: 5 y 6) en que se exagera la expresión del movimiento. Por eso se ha llamado expresionista o impresionista a este arte en contraposición al arte naturalista de la zona franco-cantábrica.

La edad cuaternaria de estas producciones artísticas, sobre todo de las franco-cantábricas, se halla comprobada, no sólo por las especies de animales representadas (unas extinguidas y otras emigradas), sino también porque algunas cuevas, donde han sido descubiertas, estaban cerradas desde el final del cuaternario (La Mouthe, Altamira y otras) y porque, en otras, los dibujos rupestres estaban sepultados debajo de estratos cuaternarios.

El arte cuaternario, después del Magdaleniense, evoluciona

hacia formas estilizadas, siguiendo un largo proceso de depauperación.

Religión.—Las sepulturas del Paleolítico superior revelan claramente un enterramiento intencional. La forma de las sepulturas, la postura de los cadáveres y la naturaleza de los objetos que los acompañan, nos sugieren, además, la idea de que la creencia en una vida de ultratumba era general en aquellos tiempos, creencia que en todas partes va acompañada de ideas religiosas. La vivienda era transformada frecuentemente en sepultura de los que en ella habían morado.

Los muertos eran colocados unas veces en fosas abiertas en la tierra, otras eran rodeados y protegidos del todo o en parte con piedras (Grimaldi, Combe-Capelle, Predmost).

Los cadáveres se hallan recostados sobre las espaldas o sobre el lado izquierdo. Es frecuente que las extremidades se encuentren replegadas, sobre todo las piernas, de tal suerte que parecen haber estado atadas al cuerpo con ligaduras (Grimaldi, Laugerie-Basse, Raymondeu), lo cual, según la interpretación más probable, fué motivado por el miedo a las apariciones.

También es frecuente que los huesos y la base de la sepultura se hallen coloreados de ocre (Grimaldi, Paviland, Predmost, Brüm, Chancelade, Heu-Essing, Hoteaux, etc.); con lo que está fuera de duda que los paleolíticos usaban de colorantes con sus difuntos, bien pintándolos, bien sepultándolos sobre un lecho de ocre.

El mobiliario fúnebre que acompaña a los esqueletos del Paleolítico superior consiste en conchas, dientes de animales, vértebras de peces y pequeños huesos, provistos de orificios; en armas de sílex, de asta y de hueso y en restos incompletos de animales, como ofrendas alimenticias depositadas junto al difunto. Las armas eran consideradas tan necesarias después de la muerte como en vida; y muchos de los adminículos perforados eran amuletos protectores.

Los hallazgos bastante frecuentes de cráneos aislados, cuidadosamente sepultados y rodeados de adornos, han sugerido la

idea de un culto del cráneo, o mejor, del culto de los antepasados. A la misma opinión conducen también las copas cuaternarias hechas de bóvedas craneanas.

El arte rupestre, el de la zona franco-cantábrica sobre todo, se ha desarrollado en las cavernas. El hecho de que la mayor parte de sus producciones ocupen los sitios más oscuros e inaccesibles (Santimamiñe, Castillo, etc.) impuso la opinión, hoy generalmente seguida, de que sólo por un motivo religioso fueron inspiradas: lo que se halla conforme con los datos de la Etnografía comparada.

Ciertas figuras rupestres llamadas «antropomorfas», porque ostentan rasgos animales y humanos a la vez, han sido consideradas como representaciones de espíritus o diablos que influyen en la suerte feliz o infeliz de los hombres (fig. 32). Una significación religiosa o también mágica ha sido atribuida a las manos pintadas de las cavernas de la zona franco-cantábrica.

¿Cuál fué la religión que inspiró las prácticas y las manifestaciones artísticas del Paleolítico?

Algunos prehistoriadores han sostenido que era una religión en cuyas prácticas se inmiscuía el pensamiento mágico. Las figuras eran imágenes o símbolos que se creía que fatalmente habían de provocar la producción de cosas y fenómenos por ellos representados.

El felino de Isturitz representado en la figura 30 (n.º 1), que lleva en su cuerpo dos arpones, es un caso de conjuro o matanza simbólica inspirada en la magia en previsión de una caza feliz.

Por otra parte, la abundancia de las representaciones de animales y la ausencia casi absoluta de figuras humanas en el arte franco-cantábrico ha hecho suponer a muchos que el hombre de las postrimerías del Cuaternario profesó el *Totemismo*, es decir, que cada grupo humano—quizá cada individuo—se consideraba emparentado, o cuando menos relacionado de un modo particular, con una especie animal (*totem*) cuya imagen pintaba o grababa en las paredes de las cuevas y en muchos de los objetos.

IV

PERÍODO EPIPALEOLÍTICO

Aziliense.—Al final del Paleolítico fué suavizándose el clima. Los glaciares fueron retirándose lentamente hasta llegar a los límites de hoy. La fauna y la flora fueron cambiándose a tenor del clima. Por eso comprenderéis sin dificultad que la fauna de esta etapa fuese como la actual, abundando *Cervus elaphus*, y en el N. de España *Patella vulgata* y *Littorina littorea*, siendo esta última especie una reminiscencia de la fauna fría del Cuaternario.

La industria está representada por objetos que, en general, son más toscos y rudimentarios que en el Magdaleniense (fig. 33).

Son propios de este nivel *disquitos raspadores*, o pequeñas lascas circulares aplastadas, con retoques marginales, retalladas por uno de sus lados, y los *microlitos* o lascas muy pequeñas que, según la forma que afecten, se llaman triangulares, semilunares, etc.

Son también característicos los *arpones* toscos *aplanados*, con una o dos hileras de dientes y frecuentemente con un orificio en la parte media de la base. La influencia de la cultura capsense del S. y E. de la Península Ibérica se extendió hacia los países más septentrionales, introduciendo la industria microlítica que abunda ya en el aziliense, y que en el N. de Francia dió por resultado la cultura llamada *tardenoisense* (fig. 34).

En la Península Ibérica, sobre todo en el N., sigue al aziliense una etapa—el **Asturiense**—caracterizada por grandes amontona-

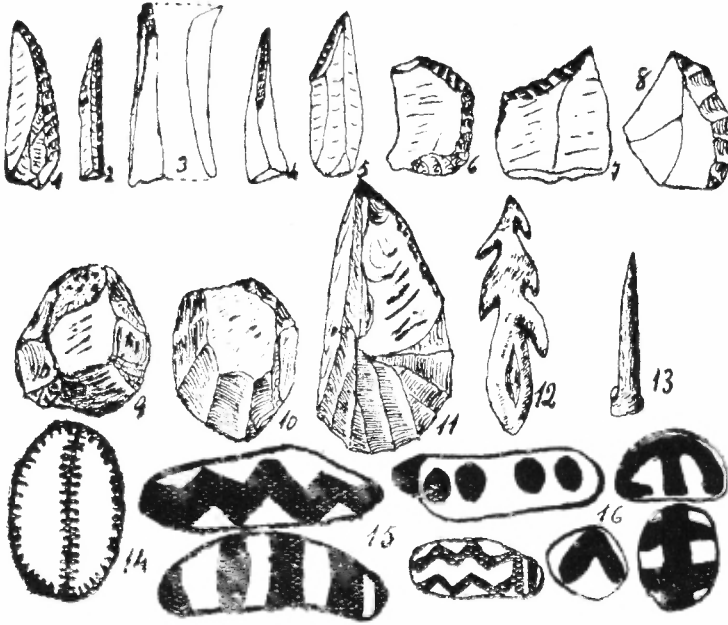


Fig. 33.—Industria y arte azilienses: del 1 al 8, lasquitas de pedernal con retoques, de Ermitia; 9 y 10, disquitos raspadores, de Balzola; 11, raspador y buril, de Balzola; 12, arpón de sección cuadrada aziliense (según Capitán); 13, punzón de hueso (según Capitán); 14, 15 y 16, cantos pintados de Mas d'Azil (Francia).

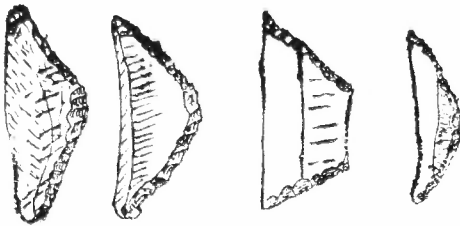


Fig. 34.—Industria tardenoiense: lasquitas de pedernal talladas (según Gerin).

mientos de mariscos (*Trochus lineatus*, *Patella vulgata*, *cardium*

edule), instrumentos llamados *picos asturienses* y ausencia de cerámica (Fig. 35).

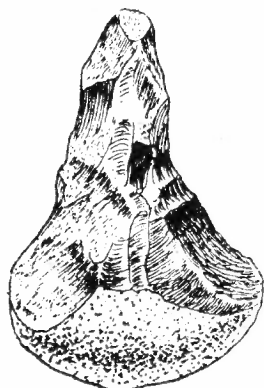


Fig. 35.—Pico asturiense.

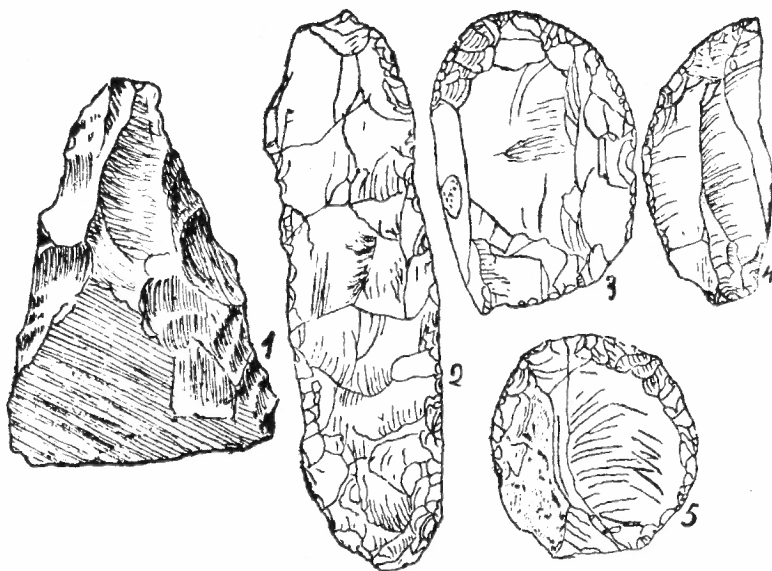


Fig. 36.—Industria campitiense: 1, hendidor, según Gerin; 2, pico, según M. Hoernes; 3, raedera, según id.; 4, punta, según id.; 5, raspador, según id.

Campitiense.—En gran parte de Europa al Aziliense sigue el

Campiñense, que constituye otra etapa de transición del Paleolítico al Neolítico. En las estaciones litorales la industria campañense va asociada a grandes amontonamientos de mariscos que en Dinamarca se llaman *kjökkenmöddingos*.

Hace su aparición la cerámica, hecha de barro basto, gruesa, mal cocida, que contiene en su masa granos de cuarzo o de caliza. Los instrumentos típicos son: los *picos* o hachas de sílex de 10 a 12 cm. de largo, de forma oval y alargada, toscamente talladas; y los *hendidores* o grandes lascas (fig. 36). En algunos sitios aparecen hachas con el filo pulimentado.

Existe ya el toro doméstico. El hallazgo de unos molinos de esta época muestra quizá que el hombre cultivaba ya las plantas.

V

PERÍODO NEOLÍTICO

El clima, durante el período neolítico, fué como el actual. La fauna y la flora apenas se diferenciaban de las de hoy. Por el hallazgo de granos de cereales (trigo, cebada, mijo), de molinos, de plantas textiles, así como de restos de animales domésticos en los yacimientos neolíticos, comprenderéis que el hombre europeo se dedicaba ya a la agricultura y a la ganadería. Ya no era, pues, nómada. La abundancia de la cerámica lo confirma. La pesca continuaba siendo una de las ocupaciones. Existían ya pequeñas embarcaciones hechas con troncos de árboles ahuecados (figura 38: 1).

Los animales domésticos eran: el perro, la oveja, la cabra, el cerdo, el caballo y el toro.

Las migraciones de determinados estilos, objetos (de jadeíta, de azabache), símbolos y objetos religiosos revelan intercambios comerciales, y esto, unido a la existencia de talleres de utensilios líticos (Spiennes) y de alfarería, os revelará la existencia de una sociedad en que la división del trabajo era practicada.

En la industria de este período el material lítico es abundante y de formas variadas. Algunos instrumentos, como el hacha, la azuela, el pico y el martillo, se hallan *pulimentados*. No perdaís de vista que éste es uno de los detalles que caracterizan esta edad (fig. 37: 1, 2, 3, 4, 14). Tallado el instrumento (de sílex, diorita, jadeíta, ofita, etc.) mediante percutores, luego era pulido frotándolo con piedras de arenisca que hacían de pulidores. En éstos podréis

apreciar zonas ahondadas en forma de cubetas como resultado

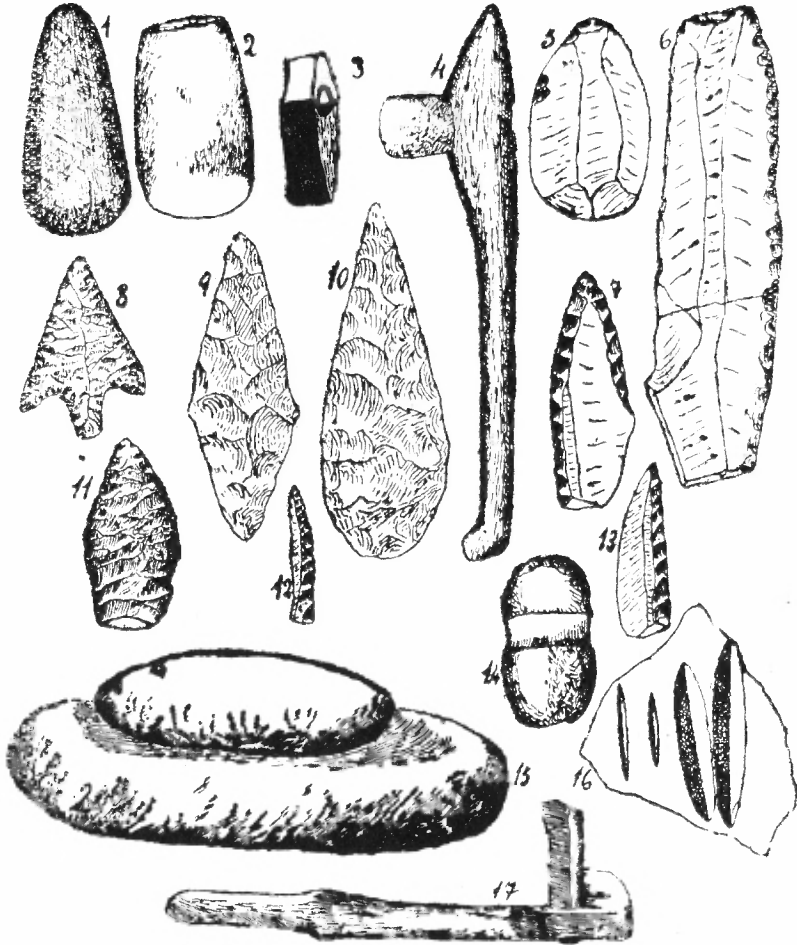


Fig. 37.—1, hacha de Santimamiñe; 2, id. de Apodaka; 3, id. de Balenkaleku; 4, id. enmangada, de Berna (Suiza), según Mortillet; 5, raspador de Ermitia; 6, cuchillo de Mondragón; 7, punta de Ermitia; 8, flecha de Ueloguena; 9 y 10, flechas, según Dechelette; 11, flecha de Ermitia; 12 y 13, microlitos de Ermitia; 14, martillo; 15, molino de Kutzemendi; 16, piedra de afilar y de alisar el corte del hacha; 17, hoz enmangada (Dechelette).

del desgaste por el frotamiento (fig. 37: 16).

Cuchillos y raspadores de sílex veréis con frecuencia en las estaciones neolíticas (fig. 37: 5 y 6).

Existen puntas de flecha semejantes a las solutrenses de forma de hojas de laurel, y las hay también pedunculadas con

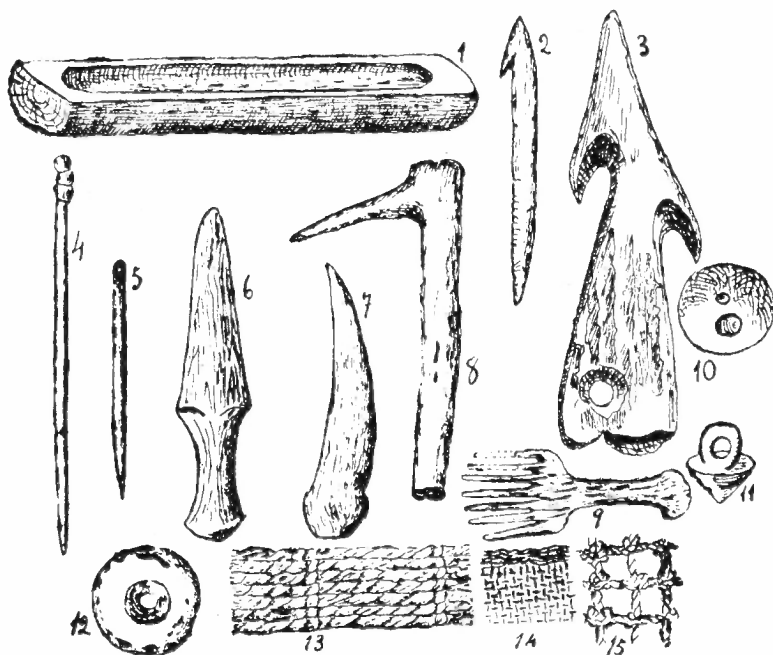


Fig. 38.—Piragua de Möringen (Suiza), según Dechelette; 2, arpón del palafito de Saint-Aubin (lago de Neuchâtel-Suiza), según Mortillet; 3, arpón de las habitaciones facustres del lago de Biemme, según Dechelette; 4 y 5, alfiler y aguja de hueso, según Gerin; 6, puñal de madera de tejo; 7 y 8, punzón y pico de cuerno de ciervo, según Gerin; 9, peine de hueso (museo de Copenhague), según A. y G. Mortillet; 10, botón de piedra caliza; 11, botón de hueso, según Dechelette; 12 fusayola (tortera de huso) de piedra, según Mortillet; 13, tela gruesa de lino, según Mortillet; 14, tela fina de hilo de lino, según Dechelette; 15, red de malla estrecha, según Dechelette.

aletas laterales (fig. 37: 8, 9, 10, 11). Para su uso eran enmangadas, sujetándolas con cuerdas a vástagos de madera.

Otros instrumentos menos abundantes son los puñales de piedra, puntas de lanza y dientes de hoz de sílex.

En algunos yacimientos neolíticos, como los vascos, existen



Fig. 39.—1, vaso de cuerno de ciervo (de Les Chaumes-d'Auvenay [Côte-d'Or], según A. y G. Mortillet; 2 al 10, cerámica neolítica del Campo de Chassey (Francia), según Dechelette; 11, vaso de Cagliari (Cerdeña), según Dechelette; 12 y 13, vasos *cordés* (Dechelette); 14, vaso campaniforme; 15, 16 y 17, otros tipos de vasija neolítica; 18, 19, 20 y 21, fragmentos de cerámica neolítica con diversos motivos de decoración.

numerosos instrumentos de sílex (láminas con retoques margina-

les, puntas de dorso rebajado, buriles de punta central) análogos a los de las culturas del Paleolítico superior (fig. 37: 7, 12, 13).

Los molinos de mano eran piedras de gres con una superficie ancha y ligeramente cóncava sobre la cual rodaba otra piedra más o menos cilíndrica que desmenuzaba los granos (fig. 37: 15).

Diversos instrumentos y armas eran fabricados en hueso y cuerno, tales como punzones, alfileres, picos, arpones, etc. (fig. 38: 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8).

La cerámica de barro arenoso, modelada a mano (aún no era conocido el torno), abunda ya en el Neolítico. Al lado de vasijas hechas con barro impuro de paredes gruesas, se encuentran otras de barro fino y de paredes delgadas y lustrosas, casi siempre de color negro. La arena mezclada con el barro daba mayor consistencia a la pasta. En general, ésta se halla desigualmente cocida, lo que revela que aún no se hacía uso del horno. De aquí resultó que la pasta tuviera color rojo por fuera y negruzco por dentro.

Al principio los vasos tenían base esférica y sólo podían sostenerse sobre la arena o sobre un soporte anular. Más tarde el fondo del vaso es plano y la forma del recipiente, que antes era cónica o cilíndrica, llega a ser campaniforme. La decoración es varia: incisiones lineales, puntiformes, impresiones de cuerdas, diversos ornamentos en relieve y hasta pinturas. Muchos de los vasos neolíticos carecen de asas. Otros van provistos de pequeños orificios cerca del borde, o de pezones perforados o no. Finalmente los hay que tienen una o más asas en los costados (fig. 39).

Viviendas.—El clima postglaciar templado permite al hombre vivir fuera de las cavernas. En muchos casos las nuevas condiciones de vida le obligan a formar villas y majadas de chozas más o menos agrupadas en la proximidad de los ríos. Otras veces hace su morada sobre una colina alta, fácil de fortificarse. En algunas comarcas las cuevas naturales continúan siendo habilitadas para albergue humano. Las habitaciones al aire libre eran en gran parte de Europa chozas de planta circular cuyas paredes estaban formadas de vigas y ramaje cubierto de tepes, o de teji-

do de varillas cubierto de arcilla. En algunas comarcas las había también de planta rectangular, como las actuales de los carboneros y de los pastores trashumantes del país vasco.

Otro género de viviendas constituyen los palafitos, o las habitaciones construidas sobre pilotes en los lagos.

Existían verdaderas aldeas levantadas sobre las aguas en Suiza y en otras regiones vecinas. Sobre pilotes o postes de madera hincados en el fondo del agua se construía una plataforma de viguetas y tablas que servía de sostén a muchas chozas de

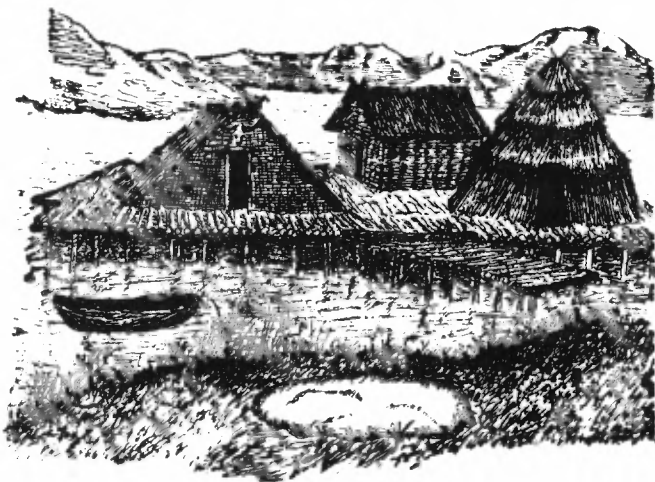


Fig. 40.—Palafitos.

madera. Un puente, también de madera, ponía en comunicación los palafitos con la tierra firme (fig. 40).

Alfavo corporal.—En las habitaciones lacustres de Suiza han sido descubiertos manojos de lino cardados, hilos, cuerdas, redes y tejidos. En muchas estaciones neolíticas han sido hallados botones, fusayolas o torteras de huso. Esto plantea el problema del vestido del hombre neolítico (fig. 38: 15). Pero de este asunto poco puede decirse todavía. En algunos países usaba túnicas de piel y de esparto y gorros y calzados también de esparto, según

se desprende de los hallazgos realizados en la cueva de los Murciélagos (Granada). Algunas figuras humanas de barro cocido halladas en Jablanica (Yugoeslavia) y Cucuteni dan a entender que el uso de delantales ceñidos al cuerpo estaba vigente. También unas figuras de arcilla cocida procedentes del hipogeo del Hal-Sâflieri (Malta) representan mujeres vestidas de ancha falda que les llega hasta las rodillas.



Fig. 41.—Adornos y amuletos neolíticos: 1, colgante de pizarra en forma de luna en creciente (Dechelette); 2, colgante de pizarra (Mortillet); 3, hacha pulimentada de serpentina como colgante (Mortillet); 4, canino de perro como colgante (Mortillet); 5, colgante de cuerno de ciervo (Mortillet); 6, disquito de concha como cuenta de collar (Mortillet); 7, cuenta de hueso acanalada (Mortillet); 8, colgante de caliza (Dechelette); 9, cuenta de hueso (Mortillet); 10, sortija de marisco (Mortillet); 11, anillo de marisco (Dechelette); 12, brazalete de alabastro (Dechelette).

El adorno corporal consistente en colgantes de conchas de moluscos, de pizarra, de hueso, de dientes de animales, de cuernos; o en anillos de conchas de mariscos, brazaletes, etc., estaba muy extendido en el mundo neolítico (fig. 41). Ciertas figuras humanas neolíticas muestran claras señales de tatuaje, y la abun-

dancia de colorantes hallados en sepulturas y fondos de cabaña indica que la costumbre de pintarse el cuerpo existía todavía.

Arte.—A las manifestaciones eminentemente realistas del arte paleolítico siguen en el Neolítico otras puramente simplistas y esquemáticas, al parecer de un marcado carácter simbólico, como si se tratase de representar ciertas ideas o seres preternaturales por medio de signos convencionales (fig. 46: 10, 11). Muchas de las figuras del arte neolítico parecen estar relacionadas con creencias funerarias, puesto que se hallan en dólmenes (Soto—Huelva—, Locmariaquer) y grutas sepulcrales (Champagne), o en parajes próximos a enterramientos de aquella edad (Peña Tu). Esta circunstancia indujo a algunos prehistoriadores a pensar que tales figuras son representaciones de antepasados.

Son numerosas las representaciones solares y del llamado «ídolo neolítico» estrechamente relacionadas también con ritos funerarios.

Religion.—Las creencias y las prácticas funerarias, sobre todo las que se refieren a la vida de ultratumba, aparecen en todas partes en íntima conexión con las ideas religiosas. Por eso creemos que los ritos fúnebres del período neolítico pueden descubrirnos algo de la religión de aquellos tiempos.

Los cadáveres eran entonces generalmente inhumados: en grutas naturales, en grutas artificiales y en los monumentos megalíticos llamados dólmenes.

Se llama *dolmen* a un monumento sepulcral hecho con grandes piedras, capaz de contener varios cadáveres (fig. 42). Está, pues, constituido por varios bloques de piedra, generalmente sin labrar, verticalmente dispuestos sobre el suelo, de suerte que formen un recinto de planta casi siempre rectangular. Sobre estos bloques está la tapa, formada por una o más losas grandes. El conjunto suele hallarse con frecuencia rodeado de un túmulo o montón de tierra y cantos informes (fig. 43).

El eje mayor del dolmen está orientado aproximadamente de E. a W. de modo que la piedra de entrada, que en algunos sitios

está provisto de un orificio o es más baja que las demás, esté dando frente al E. Los cadáveres eran inhumados en posición horizontal con la cabeza en el lado de occidente y los pies

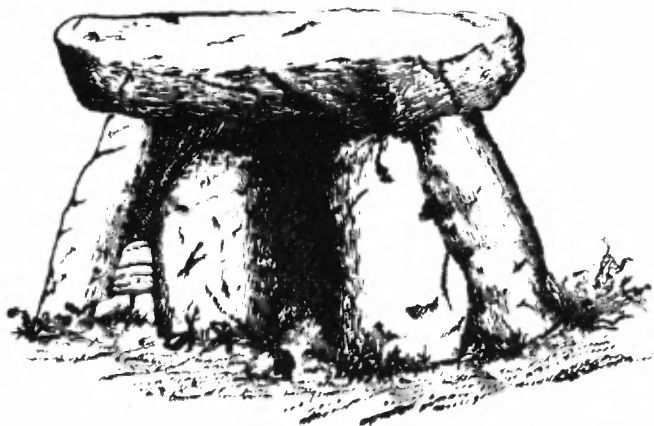


Fig. 42.—Dolmen de Aizkomendi (en Eguílaz-Alava).
Pertenece al eneolítico.

en el de oriente. Esto parece indicar que el Sol era objeto de alguna veneración. Junto al cadáver eran colocados vasos de barro, probablemente llenos de alguna bebida que se conceptuaba era



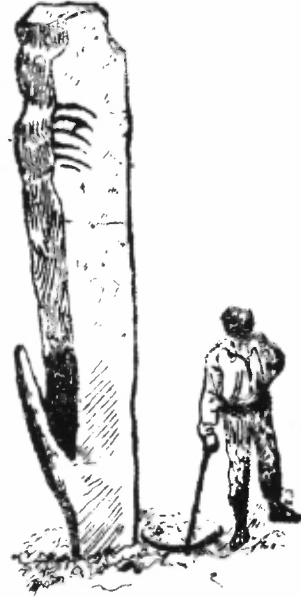
Fig. 43.—Dolmen de Artekosaro—sierra de Urbasa en Navarra—rodeado de su túmulo (corte vertical). Aparece de frente la piedra lateral del Oriente.
Pertenece al eneolítico.

para la vida de ultratumba. El cadáver mismo estaba protegido por diversos amuletos y armas (cuchillos de sílex, flechas, hachas).

Al período neolítico corresponden, según los prehistoriadores, muchos de los menhires. Se llama *menhir* una piedra grande

plantada verticalmente en la tierra por el hombre prehistórico a modo de un mojón alto (fig. 44). No se sabe cuál fué el primitivo destino de los menhires. Varios de ellos han llegado a los tiem-

Fig. 44.—Menhir de Ata (*Eñoldan-ariya*) en la sierra de Aralar, después de la excavación hecha en su alrededor (Iturralde). Llamamos *menhir* a esta piedra por su semejanza con los auténticos menhires de otros países y por hallarse en una zona en que abundan restos prehistóricos. Según la leyenda, fué lanzado por Roldán contra el pueblo de Madoz desde el alto de San Miguel de Excelsis.



pos históricos con significación religiosa, como supervivencias idolátricas de tiempos anteriores.

Cuando varios menhires se hallan próximos, formando una circunferencia, constituyen lo que se llama *cromlech* (fig. 45) cuyo



Fig. 45.—Cromlech (?) de *Ataloste* (monte *Lindus*—Navarra).

destino aparece hoy tan problemático como el de los menhires.

Los dólmenes, los menhires y los cromlechs reciben el nombre común de *monumentos megalíticos*.



Fig. 46.—Representaciones del ídolo neolítico: 1, estatua-menhir de Saint-Sernin (Aveyron); 2, estatua-menhir Collorgues (Gard); 3 y 4, placas de pizarra (de Portugal); 5, busto de ídolo egeo de Seriphos (Grecia); 6, ídolo tatuado de Hissarlik; 7, fragmentos de vaso de Hissarlik; 8, vaso adornado de ojos, lenticulares de la necrópolis de Los Millares (Almería); 9, placa de piedra con ídolo neolítico de la Península Ibérica; 10, pintura de la cueva de la Graja (Jaén); 11, pintura de Peña Tu (Asturias).

En muchos monumentos funerarios, como dólmenes, vasos y piedras fúnebres, aparece una figura femenina que ha sido llamada «ídolo neolítico» y guardián de las sepulturas. Esta represen-

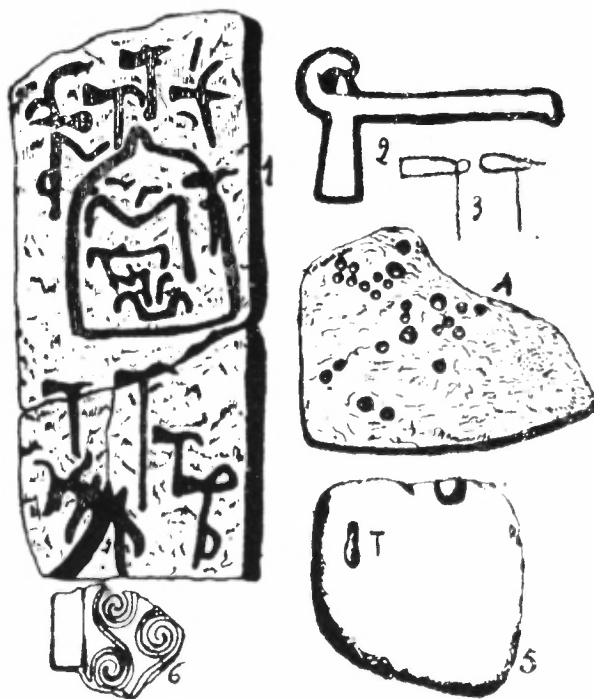


Fig. 47.—1, losa esculpida de un dolmen de Locmariaquer (Morbihan); 2, representación de una hacha enmangada de un dolmen de la isla Gavrinis (Morbihan); 3, figuras de dos hachas enmangadas de los monumentos funerarios de Morbihan, según Cartailhac; 4, piedra del anta de Paredes (Portugal) con insculturas cupuliformes, según J. Leite de Vasconcellos; 5, peñasco de Beira (Portugal) con inscultura de pie humano, según J. Leite Vasconcellos (muy reducido); 6, fragmento de cerámica de Bosnia adornado con espirales (Déchelette).

tación o «ídolo neolítico» abunda particularmente en los países mediterráneos o en aquellos pueblos que sostuvieron relaciones culturales con las gentes que habitaban el litoral mediterráneo (fig. 46).

En el período neolítico un instrumento de piedra—el hacha—fué objeto de particular veneración y de culto. En muchos dólmenes han aparecido hachas de piedra pulimentada, a veces de tamaño minúsculo, o bien provistas de orificio de suspensión, circunstancias que han hecho pensar que tales objetos tenían allí valor de amuletos o de fetiches. Diversas figuras de hachas adornan algunos monumentos funerarios, como ciertos megalitos de la Bretaña y otros. Y aunque os sea desconocido el valor simbólico de tales representaciones, os convenceréis de su significación religiosa, dado el carácter sagrado de las piedras que las ostentan (Fig. 47: 1, 2, 3).

Análoga consideración deberéis hacer sobre numerosas cavidades cupuliformes, huellas de pies humanos y espirales que se ven esculpidas en diversos monumentos megalíticos y en otros objetos de origen prehistórico (fig. 47: 4, 5 y 6).

VI

PERÍODO DE LOS METALES

Los metales más antiguos que utilizaron nuestros antepasados fueron el oro y el cobre que existían en muchas partes en estado nativo. A fines del cuarto milenio antes de Jesucristo fué utilizado el cobre en Elam, de donde se propagó a Creta y más tarde (a mediados del tercer milenio) a las penínsulas italiana e ibérica. La obtención del estaño de sus óxidos fué cosa más tardía, y así la época del bronce (aleación del cobre y del estaño) no comenzó en la Europa occidental hasta principios del segundo milenio. Y la del hierro data próximamente del año 1.000 a. de J. C..

Epoca eneolítica (2.500—2.000 años a. J. C.)—Aparecen los primeros instrumentos de cobre (hachas planas, punzones, gubias, etc.). Al principio apenas es usado el metal más que para la fabricación de algunas armas y objetos de adorno. Lo restante del ajuar es el mismo que durante el periodo neolítico. El uso de instrumentos de piedra persiste todavía (fig. 48: 1, 2 y 19). El hombre continúa construyendo dólmenes, donde sepulta a sus difuntos, a quienes provee de comestibles, de vasijas, amuletos, armas e ídolos.

A esta época corresponde la difusión del vaso campaniforme, de fina decoración incisa y punteada, por gran parte de la Europa occidental (fig. 51: 1).

La cultura que predominó en Europa durante esta época y en

las dos siguientes fué la indo-europea o aria, bajo cuya influencia se forjaron los pueblos que en la Historia aparecen con los nombres de griegos, latinos, eslavos, germanos y celtas.

La etnología, y en especial, el estudio comparativo de las lenguas han contribuido poderosamente a demostrar el común origen cultural de estos pueblos y a reconstituir los principales rasgos de su vida colectiva en aquella última etapa en que su civilización no se había extendido aún a países lejanos ni se había ramificado en diversas nacionalidades.

La más vieja cultura aria o indoeuropea que la lingüística nos descubre, pertenece a la época de los antiguos palafitos de Suiza, es decir, al neolítico final o eneolítico. Lo cual aparece demostrado por el hecho de que muchos elementos importantes de la civilización palafítica, como los animales domésticos, plantas cultivadas y ciertas industrias (las de hilar, tejer, etc.), tienen en las lenguas arias nombres emparentados que, por lo mismo, han debido derivarse de la primitiva lengua madre; mientras que aquellos otros elementos que no eran conocidos por el pueblo palafítico, como el asno, el mulo, el gato, o el centeno y el cáñamo, tampoco tienen nombres arcaicos, o no los tienen de raíces comunes en tales lenguas (1). Además, era ya conocido el cobre, como nos lo indican las comparaciones lingüísticas de sus nombres arios (sánscrito, *ayas*; en Avesta, *ayanh*; en latín, *aes*; en gótico, *aiz*); mientras que el bronce y el hierro no habían hecho todavía su aparición. Todo lo cual induce a considerar como eneolítica la cultura de los arios o indoeuropeos en la época inmediatamente anterior a su dispersión.

Viviendas.—Los arios tenían habitaciones subterráneas o medio subterráneas. También construían casas sencillas o chozas enteramente sobre la tierra con paredes de madera o de entramado.

(1) O. Schrader: *Die Indogermanen*, p. 17 (Leipzig, 1919). A Schader debemos gran parte de nuestros conocimientos sobre la civilización aria o indoeuropea primitiva. En los resultados de los estudios de este eminente lingüista deberá inspirarse, más o menos, todo el que pretenda describir actualmente el estado cultural del antiguo pueblo indoeuropeo.

do de madera y barro. Los techos eran de paja, junco o caña; y la puerta, de entretejido de varillas o de tabla. El interior era un departamento único, cuyo centro estaba ocupado por el hogar. Este era una simple fosa donde se hacía el fuego. No había ventanas ni más abertura que la puerta y un orificio en el techo por donde salía el humo. No existían mesas ni sillas. Las personas se sentaban sobre la cama de paja en el suelo, o también sobre pieles.

La casa se erigía simplemente sobre el suelo, sin cimientos. Había también, como ya lo hemos indicado arriba, muchos palafitos en Suiza, sur de Alemania, Austria, Pomerania y Prusia oriental.

La casa se hallaba rodeada de un espacio cercado con seto. La despensa estaba bajo tierra.

El ganado vivía generalmente al aire libre, y se recogía en apriscos. Pero en épocas frías se refugiaba en las moradas humanas.

En tiempo de peligro las familias huían a sitios fortificados cuyos nombres arios concuerdan (sánscri., *pur*; gr. *polis*; lituano, *pilis*; alemán, *Burg*.)

Vida económica.—La etnología y la lingüística nos han descubierto también otros aspectos de la cultura aria. Así, sabemos que la ganadería constituía la base de la economía. Los arios explotaban, ante todo, la oveja, la vaca y la cabra. Tal vez también el cerdo en algunos países. Más tarde el caballo y el perro. Pero en la lista de los animales domésticos faltan todavía el asno, el mulo, el gato, el conejo y las aves de corral. El más importante de todos era, sin duda, la vaca, que proporcionaba al hombre carne, leche y piel, así como también servía para tirar del carro.

La oveja aparece como la más antigua medida de valor o de precio; pero más tarde fué suplantada por la vaca. Lo cual parece indicar que la cría de oveja fué anterior a la de vaca.

El alimento principal de los arios lo constituía la carne de los animales domésticos. Esto explica por qué no hacían uso de la

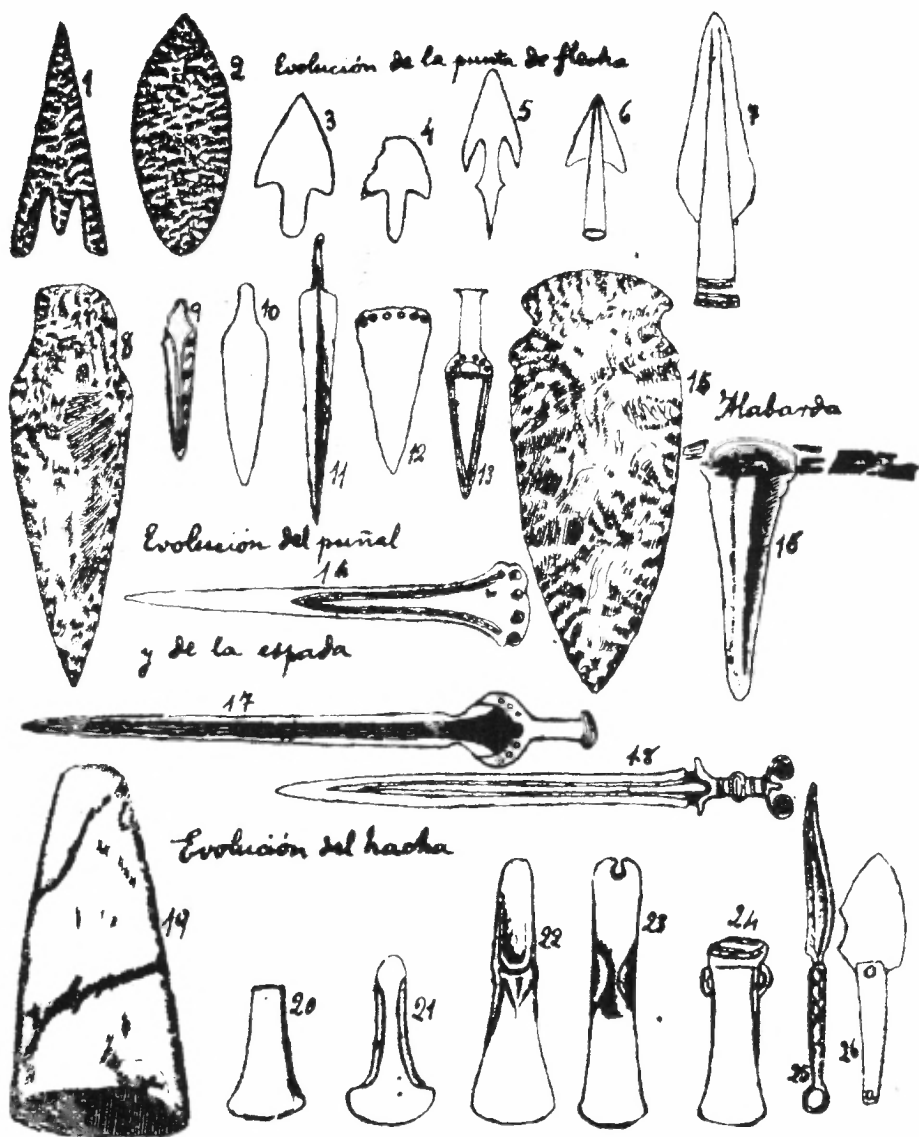


Fig. 48.—Industria de la época eneolítica y del bronce: 1, punta de flecha de sílex de un túmulo de Morbihan (Déchelette); 2, punta de flecha de sílex de la cueva de Jentiletxêta; 3, punta de flecha de bronce de Lozère (Déchelette); 4 y 5, puntas de flecha de cobre del dolmen de Obioneta; 6, punta de flecha de bronce (del museo de Alise, según Déchelette); 7, lanza de bronce de Chevroux (Déchelette); 8, puñal de sílex de Los Millares (Almería); 9, puñal de cobre de la gruta de Bounias (Francia), según Déchelette; 10, puñal de cobre de un dolmen de la Gironda, según Déchelette; 11, puñal de Chipre, según Déchelette; 12, puñal de Lozère, según Déchelette; 13, puñal del Sur de Francia, según Déchelette; 14, puñal de San Quintín (Aisne), según Déchelette; 15, alabarda de sílex de Los Millares (Almería); 16, alabarda o hacha-puñal eneolítica de cobre de El Argar, según Hubert Schmitt; 17, espada de bronce de Cheylounet (Haute-Loire), según Déchelette; 18, espada de Corcelette, según Déchelette; 19, hacha votiva del dolmen de *Keixatako-egüya* (tamaño natural); 20, 21, 22, 23 y 24, evolución del hacha de cobre (20) y de bronce; 25, cuchillo de bronce de la sepultura de Courtavant (Aube); 26, navaja de afeitar de bronce (lago de Bienne en Mórigen).

sal, la cual no hace falta para condimentar la carne. La leche era otro alimento importante. La utilizaban también para hacer queso.

Antes de su dispersión los arios no conocían la agricultura, si no era en forma rudimentaria e incipiente. El mijo fué, entre las plantas cultivadas, la predilecta. Seguíanle la cebada, el trigo, el centeno (más tarde) y la avena. En los palafitos de Suiza han sido hallados panes hechos con trigo y mijo. Las habas servían de alimento y de ofrenda para los muertos.

Las vasijas más importantes eran de barro, hechas sin torno de alfarero y sin horno, con técnica rústica y decoradas con dibujos. Es digno de notarse que el estilo decorativo muestra cierta unidad en casi toda Europa, caracterizándose por sus formas geométricas, mientras que el de los antiguos países culturales de Tigris y Eufrates se desarrolla en representaciones del mundo orgánico, principalmente de plantas. Es particularmente importante la decoración en espiral que, como el uso del ámbar, es característica de los arios.

Entre los instrumentos hay que citar, ante todo, cuchillos, martillos, hachas, afiladera, lezna y aguja.

El trabajo en piel se hacía con raspador y lezna.

En la importante industria del hilado se empleaban torteras de arcilla cocida.

Los arios conocieron el carro, enteramente de madera, el cual era tirado por vacas y verosímilmente por caballos.

Fabricaban sus naves con troncos ahuecados.

Las armas más importantes eran el arco y flecha, el puñal, el venablo o lanza, el hacha, el martillo y verosímilmente la porra y la honda. Estaban fabricados de piedra o de cobre.

El cambio comercial se hacía en especie, y se extendía, no sólo a pueblos arios o indoeuropeos, sino también a otros muy lejanos. Así, el ámbar nórdico era exportado a diversos países, fuera del horizonte ario. Lo mismo ocurría con la jadeíta, nefrita, conchas de adorno y algunos artefactos.

El sistema decimal era el corriente, contándose hasta mil.

El año se dividía en dos partes: verano e invierno.

La medida del tiempo la daba la luna. Los meses se distinguían según las revoluciones de la luna, y el mismo nombre de mes significaba *luna* en la primitiva lengua aria. Cada mes se dividía en dos partes: *luna nueva* y *plemilunio*. Sin duda, porque la luna es más visible de noche que de día, el tiempo se contaba por noches y no por días.

Vida social.—La familia indoeuropea era patriarcal. La mujer, mediante casamiento, se separaba de su familia y entraba en la del marido. Y contraía estrecho parentesco con la parentela del marido, mientras que éste no adquiría tales relaciones con la parentela de la mujer. El hombre adquiría a la mujer por compra, cuando no por raptó; y sobre ella podía libremente disponer. El adulterio en la mujer (para el marido no existía este delito) era castigado con la muerte. El hombre podía comprar y poseer otras concubinas. Los hijos permanecían en casa después de su casamiento, o vivían en las posesiones de su padre con quien continuaban formando comunidad doméstica y económica. El poder del padre de familia sobre los suyos era muy grande. Podía matar libremente a sus niños o exponerlos, y aun la vida y la muerte de las mujeres estaba en su mano. Los ancianos eran muertos violentamente, cuando llegaban a ser carga pesada para la familia. En ciertos casos, particularmente en la muerte del príncipe o de otros jefes, era costumbre que espontáneamente se entregaran a la muerte o que se dejaran matar las mujeres de los mismos, a fin de acompañarlos en el otro mundo.

El común culto de los antepasados y la recíproca obligación de vengar las muertes de los suyos estrechaban los lazos entre las familias.

La propiedad era común, no personal; y el padre de familia tenía poder ilimitado sobre ella. El suelo, era de común propiedad de la tribu, y la utilización del mismo era asignada por la asamblea popular a cada familia.

Varias agrupaciones de familias, que, por parentesco o comunidad de sangre, estaban unidas y reconocían un antepasado común, formaban una especie de hermandad. Varias hermanda-

des constituyan un linaje. Y varios linajes hacían un clan. Al frente del clan estaba probablemente un reyezuelo. El pueblo elegía su jefe y, si éste resultaba inepto, podía destituirle de su cargo.

El derecho era consuetudinario.

El castigo de la mayor parte de los crímenes corría de cuenta de la persona, familia o tribus perjudicadas.

Al tribunal popular, presidido por el jefe o príncipe, estaba encomendado el juzgar crímenes, como la traición y otros que hubiesen perjudicado a la totalidad de las tribus. Juramentos y juicios de Dios, junto con la información de testigos, formaban el capítulo principal del procedimiento judicial. La muerte, o el destierro en caso de que el criminal hubiese huído, era aquí el único castigo.

El castigo por la muerte de un ario libre consistía, al parecer, en pagar una multa de 100 vacas.

Atavío corporal.—El vestido de los primitivos arios era, en parte, de piel. Usábanse también prendas hechas con tejido de lana de ovejas. Una capa de lana inconsútil formaba la prenda principal, la cual, sujeta por medio de broches y fibulas, suspendíase del hombro. También se empleaban cinturones o mandiles que colgaban de la cintura. El calzado lo constituían las sandalias o zapatos hechos de cuero.

Era costumbre adornar el cuerpo con colgantes o amuletos de dientes de animales, conchas, ámbar, perlas de piedra y cobre.

Religión (1).—Los indoeuropeos reconocían un Ser Supremo llamado *Dyaus* (en sanscrito «cielo» o «cielo luminoso») que corresponde a *Jovis* (Diovis) latino, al anglosajón *Tiw*, el nórdico *Tyr*, al antiguo alemán *Ziu* (gen. *Ziwes*) y al griego *Zeus*. Era

(1) A Leopoldo von Schroeder corresponde el mérito de haber estudiado a fondo la religión que profesaron los arios antes de su dispersión. El resultado de sus investigaciones lo dió a conocer en su obra *Arische Religion* (Leipzig, 1923). De ésta entresacamos muchos de los datos relativos a la cultura y religión arias.

considerado como padre (*Dyaus pitar, Jupiter*) y juez de buenos y malos, es decir, tenía carácter ético o moral.

Debajo de esta divinidad suprema aparecen otras divinidades asociadas a diversos objetos y fenómenos de la naturaleza.

La *Tierra* era la esposa del dios celeste que la fecundaba con lluvia.

El *Sol* era otra divinidad aria. Se le representaba como una rueda de fuego, un escudo, una caldera de oro, un ojo, una nave que surcaba el mar celeste, un caballo blanco o un carro tirado por caballos alados. A veces era considerado como una diosa, cuya carroza era llevada por dos corceles. Era el guardián de los viajeros, el guía de las almas de los muertos que se dirigían al país de reposo, el dios de las estaciones y de la fecundidad.

A la mitología solar pertenecen diversas creencias y costumbres: saludos al sol a la mañana y a la tarde; la creencia de que el sol sale bailando en el solsticio de verano; los fuegos solsticiales de sentido mágico; baños y plantaciones rituales, etc.

La *Luna* era considerada como un vaso lleno de agua o bebida de fecundidad e inmortalidad. Ella comunicaba la fertilidad a las cosas de este mundo.

El dios de la tempestad no se distinguía primitivamente del dios del cielo o Ser Supremo; pero más tarde llegó a tener personalidad independiente en muchos pueblos arios. Tal era el dios *Thôr* de los germanos, *Taranis* de los celtas, *Perun* de los eslavos, *Perkunas* de los lituanos y *Parjanya* de los indos. Era el dios de la fuerza y de la guerra por excelencia. *Wodan* u *Odhin* era el dios del viento, conductor de las almas de los muertos, dios de la fecundidad, que llegó a suplantar al dios celeste o antiguo Ser Supremo y a *Thôr*, dios de la tempestad.

El fuego era objeto de especial veneración, como elemento del sacrificio, del hogar y de conjuro. Se le hacía ofrendas de comidas. Era conservado con respeto en las casas. Era el *primer huésped* de los que fundaban un nuevo hogar. El ahuyentaba los malos espíritus, y purificaba y consagraba, con su contacto, las cosas.

Los arios primitivos no tenían templos ni sacerdocio. El acto principal de su culto era el sacrificio. El padre de familia tomaba una res de su rebaño, la consagraba mediante la aspersión con agua lustral (que ya debía estar purificada y consagrada con fuego), la inmolaba y la partía, e invitaba al dios a consumir su parte.

Los muertos eran inhumados y colocados en sepulturas de piedra. La cremación de los cadáveres se introdujo más tarde, en la edad del bronce, moda que tal vez fué importada de Babilonia.

Las almas de los muertos mantenían su comunicación con los vivos mediante sueños. Se practicaban diversos ritos con el fin de aplacar a los difuntos, ritos consistentes en abluciones, banquetes fúnebres, sacrificios y ofrendas de diversos objetos y manjares.

El país de los muertos era un lugar oculto. Los héroes eran admitidos a una vida superior. Se alimentaban de ofrendas presentadas por los vivientes, y gozaban, en unión con el dios de los muertos, en lejanas regiones del Occidente donde se oculta el Sol (1).

* * *

Tales fueron los rasgos que imprimieron cierto sello de unidad a la cultura de Europa, borrando no poco las características de casi todos los pueblos que ocupaban antes este continente. Por eso no han llegado hasta nosotros nombres positivos de esos pueblos, fuera del vasco. Quiero decir, que los pueblos que inician el período histórico en Europa no han podido ser identificados en las culturas y poblaciones prehistóricas, salvo el pueblo vasco. A este propósito dice el Dr. Obermaier: «De los múltiples elementos prearios sobre los cuales cayeron (*los indoeuropeos*), no conocemos más que uno con nombre positivo: este es el pueblo vasco, cuyos precursores directos, en virtud de los estudios antropológicos y filológicos, se asentaban ya, en la época de la

(1) A Carnoy: *Culture et religion des Indo-Européens*. Enghien, 1923.

piedra pulimentada, en el gran centro dolménico de los Pirineos (1).

Epoca del bronce (2.000—1.000 años a. J. C.).—El bronce, como el cobre, tiene en sus comienzos uso muy limitado. Pero más tarde se generalizó, llegando a tener una importancia que el cobre, por su blandura, no pudo alcanzar. Al principio el estaño entraba en la aleación en la proporción de 7 a 13 %. Al final de la época se asociaba al estaño otro metal: el plomo. El bronce era usado principalmente en la fabricación de armas (hachas, puntas de flecha, lanzas, espadas, hoces, puñales) y adornos. Lo restante de los utensilios continuó todavía como en el neolítico. Al principio las hachas de bronce son planas como las de la época eneolítica; después tienen rebordes a los lados; más tarde estos rebordes son muy desarrollados, formando curvatura hacia dentro, de suerte que abrazan al mango; por fin, aparecen hachas con talón hueco provistas de una o dos asas (fig. 48: 19-24).

Las diversas formas de puntas de flecha y de puñales caracterizan también las varias etapas del período del bronce. Siguen una evolución análoga los punzones o alfileres, los brazaletes y las fíbulas o imperdibles (fig. 49). Eran abundantes las cuentas de collar, para cuya fabricación habíase empezado a usar el vidrio (fig. 49: 26).

Como de este tiempo habéis de considerar varias hoces de bronce que figuran en los inventarios de algunos museos de Europa, hoces que, por cierto, tuvieron su antecedente de piedra en el período anterior (fig. 50).

El uso del carro lo hallaréis comprobado por varias fuentes o datos, entre los cuales hay que contar la rueda de madera de Mercurago (fig. 50: 3).

La cerámica es varia, según se trate del círculo cultural egeo o del continente europeo. Muy pronto se conoció en Creta el torno. Para decorar los vasos usábanse allí el barniz, los adornos

(1) Hugo Obermaier: *El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*, p. 187. Madrid, 1932.

incisos rellenos de pasta blanca, y los colores, representando círculos, espirales, flores, hojas, plantas, peces y hombres. En el

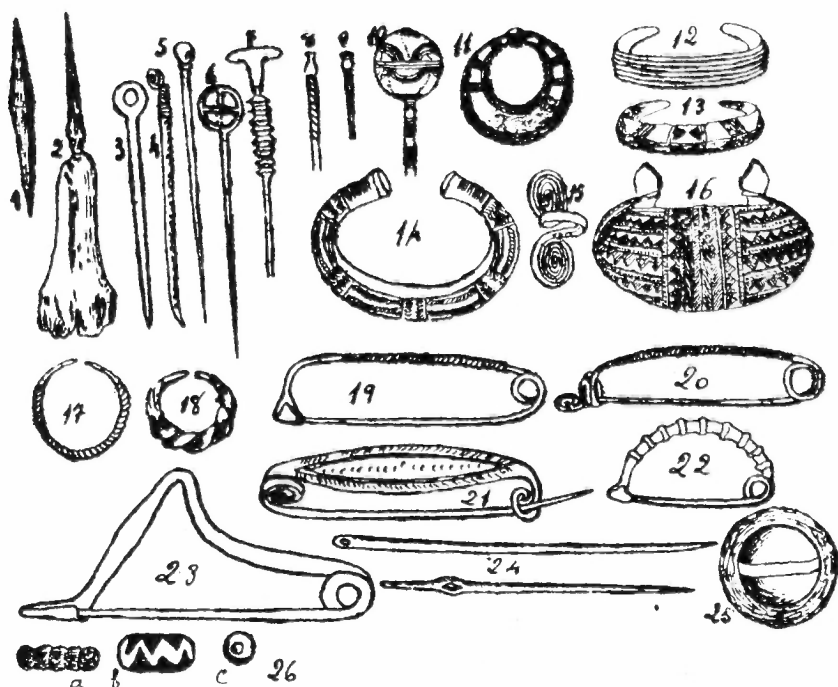


Fig. 49.—Industrias de las épocas eneolítica y del bronce: 1, punzón del dolmen de Couriac (Aveyron); 2, punzón de Korno (Bohemia); 3, alfiler del túmulo de Moudén-Bras; 4, alfiler de Chipre; 5, alfiler del túmulo de Saint-Menoux (Allier); 6, alfiler de sepultura tumular de Staadort; 7, alfiler del depósito de Vers (Gard); 8, alfiler de cabeza vasiforme del lago de Starnberg (Baviera); 9, alfiler de Suiza; 10, alfiler de Corcelette; 11, lúnula de oro de Saint-Portan; 12 y 13, brazaletes de bronce; 14 y 15, brazaletes de Vernaison (Rhôna); 16, brazaletes de Réallon (Altos-Alpes); 17, pendiente de oro, de Irlanda; 18, pendiente de Lanrivoaré (Finisterre); 19 y 20, fibulas del norte de Italia; 21, fibula de Saint-Etienne-au Temple (Marne); 22, fibula de Larnaud (Jura); 23, fibula de Cassilile (Sicilia); 24, agujas de bronce del túmulo de Canneaux; 25, botón de bronce de Corcelette; 26, objetos de adorno (a, tubo de vidrio; b y c, perlas de vidrio, bicromada y monocromada).

continente europeo, en cambio, la cerámica, como el arte en general, ofrece menos riqueza, variedad e inspiración.

Barros generalmente negros, finos y brillantes, algunas veces con asas bien formadas. Ollas de forma esférica, vasos de doble cono, cuencos, jarras, etc. (fig. 51: 1, 5).



Fig. 50. — Epocas eneolítica y del bronce: 1, hoz de dientes de pedernal; 2, una lasca de pedernal provista de dientes, para formar parte de una hoz; 3, hoja de una hoz de bronce; 4, hoz de bronce de Athlone, según Evans; 5, sierra de bronce de Ribiers (Altos-Alpes); 6, anzuelos de bronce; 7, rueda de bronce de Guevaux (según el Album del museo de Lausana); 8, 8, rueda de madera de la turbera de Mercurago (según Déchelette); 9, pesas de plomo de los palafitos.

El carácter del ajuar, el área de difusión de la hoz y ciertos grabados rupestres del N. de Italia y SE. de Francia (fig. 51: 16) nos demuestran que algunos pueblos de la edad de bronce, en

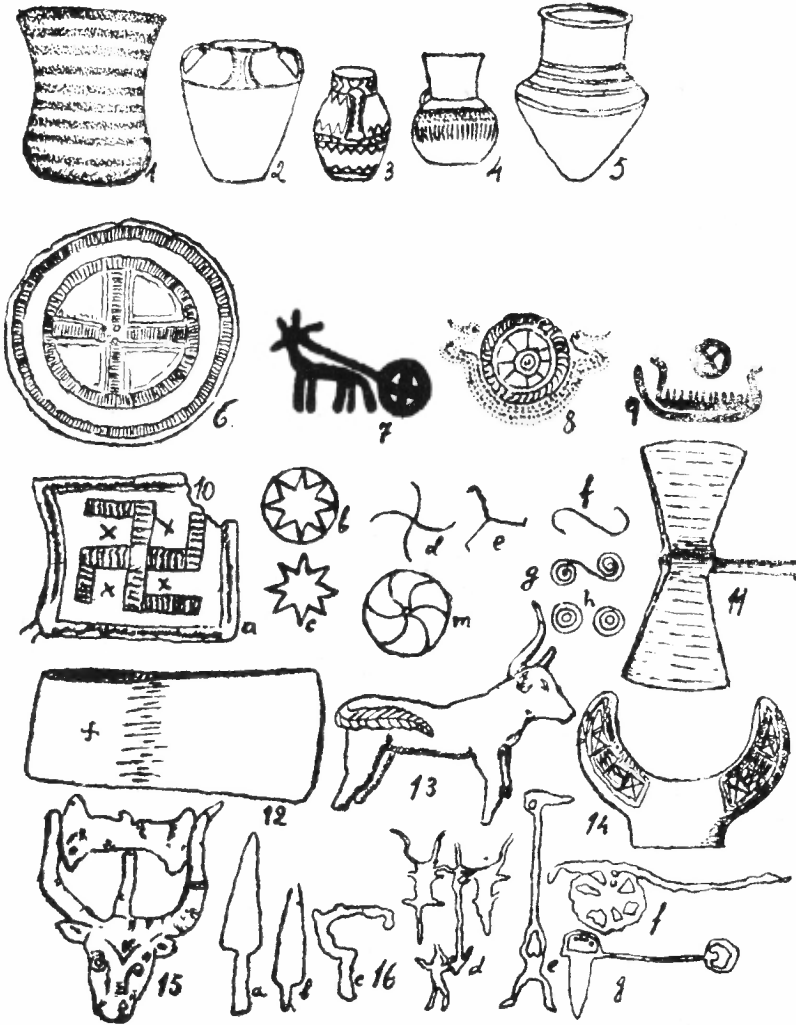


Fig. 51.—Epocas eneolítica y del bronce: 1, vaso campaniforme; 2, vasija de Finisterre (Déchelette); 3, vaso con decoración de dientes de sierra (según Capitán); 4, vaso con incisiones profundas; 5, vaso de fondo cónico; 6, disco solar de Kilmuckridge, condado de Wexford; 7, disco solar conducido por un caballo (figura de Kalleby-Suecia); 8, disco solar conducido por cisnes, según dibujo de una situla de Siem (Dinamarca); 9, barco solar (grabado rupestre de Noruega); 10, símbolos solares: *a*, sudstica de una placa de fíbula de Grecia; *b*, *c*, *d*, *e*, *f*, *g*, *h*, *m*, símbolos solares derivados del disco solar; 11, doble hacha votiva de Olimpia; 12, símbolo solar asociado al hacha (Italia); 13, bóvido esculpido (Chati-lôn-sur-Seiche); 14, cuernos o creciente lunar de Ebersberg; 15, hacha doble asociada a una cabeza de bóvido (Micenas); 16, grabados rupestres de la Liguria.

particular los ligures (pueblos precélticos y preibéricos de occidente de Europa), se dedicaban preferentemente a la agricultura, mientras que otros se ocupaban en la ganadería y en la pesca.

Viviendas.—En gran parte del continente europeo las casas eran construcciones sencillas como en el Neolítico. De madera, en general; si bien en los países del Sur las había también de piedra. Sus techos estaban formados por ramas y arcilla.

Pero en esto, como en varias otras manifestaciones de la vida humana, la cultura egea alcanzó un nivel muy superior. En Creta y en Micenas, por ejemplo, los grandes edificios eran construídos con piedra labrada y mortero. Tenían dos plantas, estando sostenida la superior por pilares de piedra o de madera. El techo era de forma de terraza. En uno de los ángulos del edificio se abría la puerta principal que daba acceso a un patio interior, de donde se entraba a los demás departamentos. Las casas de menor importancia estaban construídas con ladrillos de barro cocido al sol.

Atavío corporal.—En algunos sarcófagos de madera de roble hallados en Escandinavia y en Jutlandia se han conservado restos de la indumentaria de la época del bronce. De tales descubrimientos se ha llegado a la conclusión de que las gentes del Norte fabricaban su ropa con lana y pelo de cérvidos. Los hombres vestían túnica con cinturón, capa o manto, bonete alto o circular y calzado de cuero. Las mujeres usaban falda larga, blusa corta y ancha con mangas, cofia y dos cinturones (1).

Los trajes de los hombres y, sobre todo, de las mujeres egeas eran más ricos y variados que los de las poblaciones nórdicas, y, por su elegancia, recuerdan las modas actuales.

Abundan en esta época los objetos de adorno: sortijas, brazaletes, collares, perlas, alfileres de oro y cobre, diademas, etc. (fig. 49).

(1) Déchelette: *Manuel d'Archéologie*, II, p. 307, 308. París, 1910.

Arte.—En el círculo cultural egeo las producciones artísticas alcanzan un alto grado de desarrollo y perfección. La pintura y la plástica ofrecen allí obras primorosas en que aparecen diversos motivos, como danzarinas, corridas de toros, guerreros, cacerías de jabalíes, escenas de lucha, procesiones, cabras dando de mamar a sus crías, flores, peces, etc.

El arte del continente europeo contrasta, por su imperfección, con el egeo. Los países donde se han conservado más documentos son la Liguria y la Escandinavia. Así, en Monte Bego (al norte de Ventimiglia) y en otros puntos de la Italia septentrional existen numerosos grabados rupestres, de los que no pocos representan bóvidos, bien en libertad, o bien uncidos a carros, arados o trineos. Hay también figuras humanas, de armas (alabardas, espadas, lanzas) y de utensilios, como la hoz (fig. 51: 7, 9, 10).

Religión.—Por varios documentos podréis descubrir algo de las creencias y prácticas religiosas de la edad del bronce.

Por de pronto predominaba en el pueblo la concepción animista del mundo, la cual tuvo su expresión más concreta en la adoración de las fuerzas de la Naturaleza. En primer término el Sol, y a su lado la Luna, las nubes tempestuosas, las fuentes y ciertos animales y árboles fueron considerados como divinidades.

Si los animales salvajes, sobre todo aquellos que constituyan su alimento cotidiano, fueron para el hombre del Paleolítico superior objeto de especial preocupación religiosa o cuasi religiosa; en las edades posteriores, en que muchos animales habían sido domesticados y buena parte del alimento era obtenido mediante el cultivo de la tierra, el hombre desplazó su atención fijándola principalmente en el Sol, cuya influencia sobre las semillas y las plantas era decisiva.

El carro solar, sobre el cual está representado un caballo conduciendo un disco o símbolo del Sol, aparece en el inventario del arte nórdico. Y el mismo símbolo, sólo o tirado por un caballo, existe, tanto en los países del Norte como en el círculo cultural egeo (fig. 51: 6, 7).

El barco solar, en el que suponíase que el Sol atravesaba el

Océano durante la noche, es también frecuente en el arte rupestre de Escandinavia (fig. 51: 9).

Muchas veces el disco solar es conducido por cisnes, o cuanmenos aparece asociado a éstos pájaros, los cuales constituyen uno de los motivos más frecuentes en el arte religioso de casi toda Europa (1) (fig. 51: 8, 9). Las figuras de cisnes son particularmente abundantes en las estaciones arqueológicas de la edad del bronce situadas junto a las fuentes termales, de donde podréis suponer que aquellas aves—y, por lo tanto, el culto solar—estaban relacionadas con el culto de las aguas termales.

Del disco o rueda solar derivaron diversas formas, como círculos radiados, figuras de estrellas y *suásticas* o cruces gamadas que eran otros tantos emblemas del Sol en movimiento [fig. 51: 10 (a, b, c, d, e, f, g, h, m.)].

El hacha, que ya en el Neolítico tenía muchas veces carácter sagrado, continuó conservándolo en la edad del bronce. Es la doble hacha en las regiones del Mediterráneo oriental (fig. 51: 11); mientras que en los países occidentales es sencilla en la mayor parte de los casos (fig. 51: 12). A veces reemplaza a los símbolos solares, como el disco y la cruz; otras aparece como atributo de *Zeus Labrandeus* (en Caria). A juicio de Déchelette, este símbolo estaba en relación con el rayo, puesto que dió origen a los dioses antropomorfos asimilados a Zeus (*Zeus Labrandeus*, *Zeus Dolichenus*) que llevaban el rayo y la doble hacha.

En otros casos el hacha aparece asociada a otros símbolos como la *suástica* (fig. 51: 12) o representaciones de bóvidos (fig. 51: 15) que durante este tiempo fueron especialmente venerados en varios países de Europa (fig. 51: 13, 14).

Durante la época eneolítica en varios países de Europa (entre ellos el vasco) los cadáveres eran depositados en dólmenes. En otros predominaba el uso de la inhumación en cistas o urnas de pequeñas dimensiones hechas con losas (fig. 52: 1).

(1) En Gaula no aparecen representaciones del cisne fuera del territorio ocupado por los pueblos ligures o celto-ligures.

Al principio de la edad del bronce se generalizaron los sepulcros tumulares, en los que, alrededor y por encima del cadáver y de las piedras que le protegían, se formaba un túmulo o montículo de cantos informes. Más tarde (en la segunda mitad de la edad del bronce) predominó la incineración o cremación de los cadáveres, cuyas cenizas, juntamente con diversos objetos u ofrendas funerarias, eran depositadas en urnas de barro cocido. Estas urnas, cubiertas con piedras, eran enterradas en el suelo o dentro

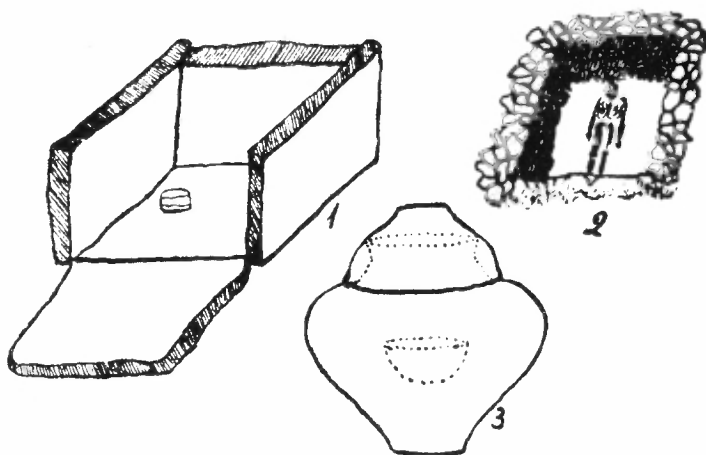


Fig. 52.—1, cista de la época del bronce, de Bias (Olhão-Algarbe); 2, tumba de Courtavant (Aube), fosa revestida de murallas de piedra; 3, urna cineraria de principios de la edad del hierro con una copa dentro (túmulo de Unter-Lunkhofen—Argovia).

de túmulos (Fig. 52). La incineración continuó practicándose hasta los tiempos históricos en algunos pueblos (en el norte de Alemania, por ejemplo); mientras que en otros fué suplantada por la inhumación durante parte, cuando menos, de la edad del hierro.

Edad del hierro.—A mediados del segundo milenio antes de Jesucristo era conocido el hierro en Mesopotamia y en el valle del Nilo. Y su empleo industrial estaba ya generalizado al final del mismo milenio en los países bañados por el Mediterráneo

oriental, y poco más tarde en Italia y España, en el valle del Danubio y en los países célticos situados a ambos lados del Rin. En los pueblos nórdicos penetró hacia el siglo VIII.

Primitivamente el hierro se utilizaba en la fabricación de objetos de adorno; más tarde en la de armas y otros utensilios.

Las armas de bronce continuaron durante mucho tiempo juntamente con las de hierro; pues este metal que, con los primitivos procedimientos de obtención, resultaba impuro, apenas podía ofrecer ventajas sobre el bronce. Pero la metalurgia, cada vez más perfeccionada, fué logrando la primacía para el hierro, hasta el punto de que la abundancia del hierro en determinados países contribuyó, no pocas veces, a que sus habitantes alcanzasen indudable superioridad militar y política sobre otros pueblos. Tal fué, por ejemplo, el caso de los Celtas. La edad del hierro empieza en el continente europeo próximamente en el año 1.000 y acaba en la época de las conquistas romanas. En la Europa central y occidental comprende dos períodos separados por el año 500, a saber: el de *Hallstatt* (del nombre de una necrópolis de Austria) y el de *La Tène* (nombre de una estación suiza).

Pueblos.—En Europa existían diversos pueblos cuyos nombres ha podido registrar la Historia.

En los siglos XI y X la cultura egeo-micénica casi desaparece de la Grecia continental. Los dorios (pueblo indoeuropeo) invaden la parte central de aquella península. Llevan espadas de hierro. No construyen lujosos palacios como sus predecesores. Sus tumbas, de extrema simplicidad, contrastan con la magnificencia de las sepulturas egeas.

Las tribus expulsadas por los dorios invasores se establecieron en las costas del Asia Menor: eran los jonios. Estos heredaron parte de la cultura egeo-micénica y, mediante sus relaciones con los grandes centros de civilización orientales (Lidia y Frigia), alcanzaron un nivel artístico e industrial que fué después la base del futuro florecimiento del arte griego (1).

(1) J. Déchelette: *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*, II, p. 517 y sigs. (Paris, 1913).

Italia estaba poblada por los umbríos, vénetos, italiotas (indo-europeos establecidos allí durante la edad del bronce) los etruscos y las colonias griegas del Sur. Los etruscos, probablemente de origen minorasiático, dominaban el Norte y aun casi toda la península apenina hacia el año 600, hasta que, más tarde, los celtas, penetrando por la región septentrional, iniciaron el ocaso de la hegemonía etrusca que acabó de desaparecer con la expansión romana.

Los ilirios, que antes ocupaban las costas de Dalmacia, Bosnia y Albania, se extendieron durante la primera etapa de la edad del hierro por Suiza y el Rin.

Es cosa sabida que el occidente de Europa estaba ocupado, al principio del primer milenio, por diversos pueblos precélticos y preibéricos englobados por los griegos bajo la denominación de *ligures*.

Los celtas, establecidos al final de la edad del bronce en el Sur de Alemania, en la región del Rin, en Suiza y en la parte oriental de Francia, invadieron la península ibérica hacia el año 600, ocupando Cataluña, la meseta castellana, Galicia y parte de Portugal.

Los fenicios y sus hermanos de raza los cartagineses fundaron diversas colonias en el litoral mediterráneo de la península ibérica (Cádiz, Málaga, Abdera, etc.) Los griegos se establecieron también en varios puntos del mismo litoral, como Mainaka, Heme-roscopion, Denia, Rosas, Ampurias y Sagunto. Las influencias culturales de estos colonizadores se hicieron sentir de un modo patente en la población indígena peninsular.

Los iberos, originarios de Africa, se establecieron probablemente en España durante el neolítico (cultura de Almería). En el siglo VI puede precisarse su presencia en la región del Sudeste de España y en Andalucía. En los siglos V y IV se extienden hasta el mediodía de Francia y penetran en el interior de la Península por el Ebro y el Bajo Aragón, llevando consigo no pocas reminiscencias de la cultura griega con la que habían estado en contacto en el litoral mediterráneo.

Puede decirse que en aquella época los iberos y los celtas absorbían casi totalmente la población histórica peninsular, borrando la personalidad de los pueblos indígenas preibéricos y precélticos. Sólo el pueblo franco-cantábrico del paleolítico superior se perpetuó en el Pirineo a través del neolítico y de la edad de los metales, dando origen a los vascos históricos.

Finalmente, los iberos invadieron las regiones centrales de la Península hacia el siglo III, consiguiendo arrinconar a los celtas al N. E. de la meseta castellana (Berones) y al N. de Portugal y Galicia.

Viviendas.—Las habitaciones humanas de esta edad apenas diferían de las del neolítico. Eran chozas sencillas de plano circular o rectangular, hechas con palos o cañas y ramaje y techo de paja. Algunas veces el ramaje de las paredes estaba recubierto de arcilla. En muchos pueblos de la Europa occidental era costumbre clavar cráneos de los enemigos en los vestíbulos de las casas.

Eran numerosos los recintos fortificados situados en lugares prominentes (fig. 53). Estaban rodeados de uno o más muros concéntricos, hechos de piedra seca. En ellos vivía una población fija dedicada a diversos oficios. Existían también villas abiertas, casas aisladas y castillos o simples estaciones fortificadas.

Vida económica.—Aparte de algunos oficios, como de herrero, alfarero, etc. que revelan una división de trabajo que empezaba ya a complicarse, los pueblos de la edad del hierro se dedicaban principalmente a la ganadería y a la agricultura. El pan, las papillas de mijo o cebada, habas, frutas de árboles cultivados, como manzanas y cerezas, entraban a formar parte del alimento humano. La sal, como condimento necesario para los alimentos vegetarianos, se explotaba indudablemente en muchos países. Son de la mayor importancia las minas de sal de Hallstatt y Dürrberg en los Alpes orientales donde fueron hallados diversos objetos de la edad del hierro.

El comercio alcanzó una gran importancia, y muchos pueblos conquistaron países y mercados para asentar bases estables al



Fig. 53.—La colina de Iruña (antigua Veleia?) situada en la orilla izquierda del *Zadoña*, cerca del pueblo de Trespuentes (Alava).

intercambio de sus productos. Así procedieron los fenicios, los griegos y los cartagineses fundando colonias y estableciendo relaciones comerciales con diversas tribus y naciones situadas principalmente en las costas mediterráneas.

En la segunda época (La Tène) de la edad del hierro se generalizó en la Europa central y occidental el uso de la moneda.

Industria.—El hombre de la edad del hierro continúa fabricando en bronce muchos de los utensilios y armas. Atendiendo a su decoración, podemos dividirlos en dos grupos. El primero comprende utensilios adornados con figuras de antiguo estilo geométrico europeo que representan cisnes, caballos, rueda solar y otros motivos similares. Así son, por ejemplo, muchas sítulas, cistas y copas. Al otro grupo pertenecen diversas clases de jarras, calderas y trébedes decorados con motivos orientales—grifos, leones, divinidades asiáticas aladas, centauros (1). Gran parte de estos objetos eran fabricados en los países meridionales de Europa, de donde eran importados a las regiones del centro y del Norte, siguiendo las grandes vías comerciales terrestres y marítimas.

Muchos otros objetos se fabricaban en bronce, como espadas y puñales (al principio del período), brazaletes, torques, pendientes, alfileres, fibulas y broches.

El hierro se obtenía fundiendo el mineral en hornos mediante procedimientos análogos a los que se emplean todavía en muchos sitios para la obtención de la cal. Usase para este fin un horno o pozo excavado en un talud de tierra y que tiene en la parte inferior un boquete por donde entra el aire para activar el fuego y por donde también se saca después la cal. El horno se llena con capas alternas de combustible (leña) y piedra caliza, y se le prende fuego por el dicho boquete. En las ferrerías antiguas la aireación del horno para avivar la combustión se conseguía mediante fuelles. En la base del horno se formaba un lingote poroso e impuro, que de nuevo era recalentado y martillado para quitarle la escoria.

(1) J. Déchelette: *Op. cit.*, II, p. 755-756.

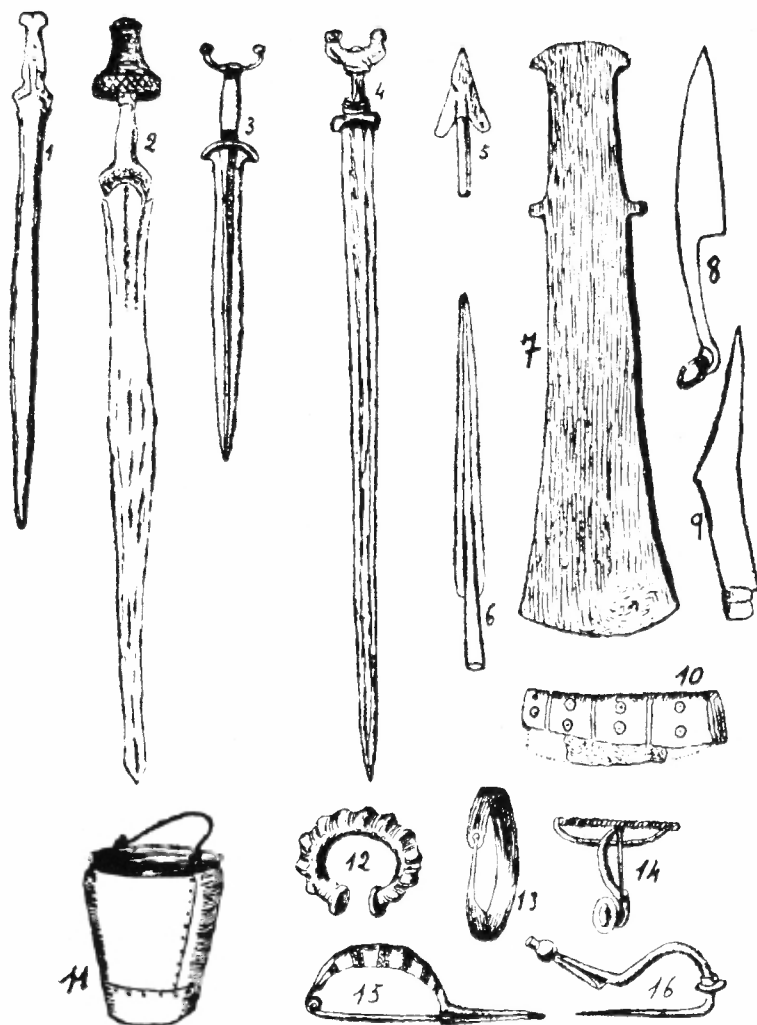


Fig. 54.—Industria de la época de Hallstatt; 1, espada de bronce de Hallstatt; 2, espada de hierro de la necrópolis de Hallstatt; 3, puñal de antenas de Hallstatt; 4, espada de hierro de antenas, de Donges (Loira inferior); 5, punta de flecha de la sepultura de Sesto-Calende (Milán); 6, punta de lanza (1/12 de su tamaño) de Avezac-Prat (Altos Pirineos); 7, hacha de hierro de la necrópolis de Hallstatt (1/3 de su tamaño); 8, cuchillo de hierro de Alaise-Doubs—(1/6 de su tamaño); 9, cuchillo de hierro de Avezac-Prat—Altos Pirineos (1/6 de su tamaño); 10, cuchillo articulado o plegable con mango de cuerno de la necrópolis de Hallstatt (1/3 de su tamaño); sítula de bronce de Hallstatt; 12, brazalete de bronce de Haroué (Meurte-et-Moselle); 13, pendiente de bronce, de Castelnau-de-Lévis (Tarn); 14, fíbula de los alrededores de Salins (Jura); 15, fíbula de Hallstatt; 16, fíbula de los alrededores de Salins (Jura).

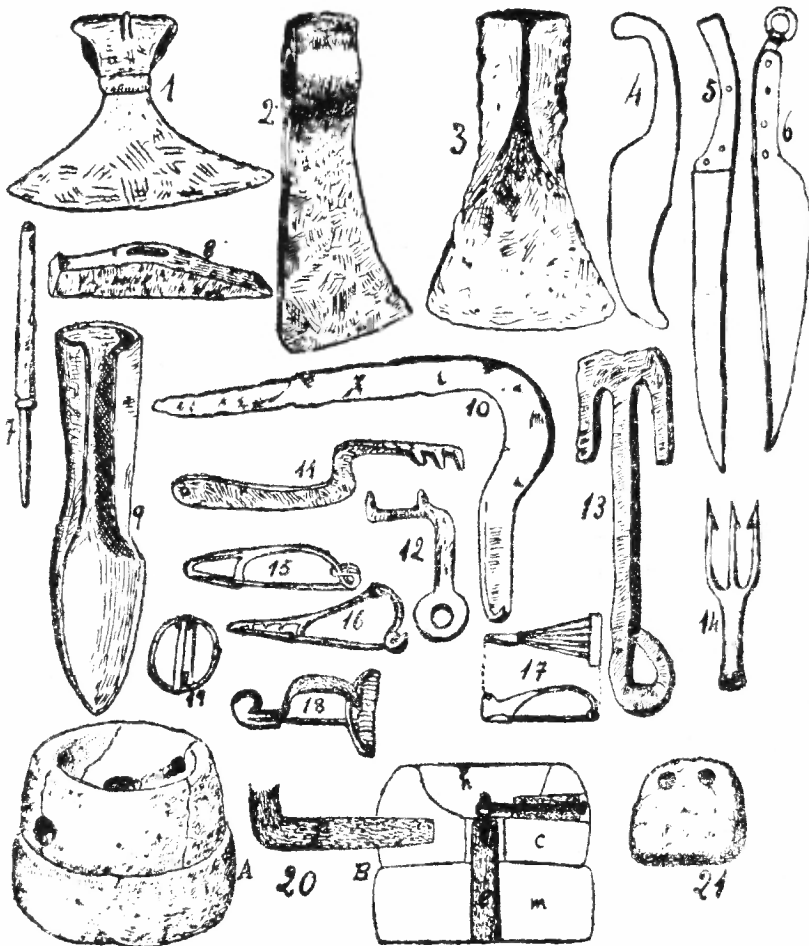


Fig. 55.—Industria de La Tène: 1, hacha de hierro (probablemente arma arrojadiza o *ca-tela* de los autores antiguos) de Ornassavo (Italia); 2, hacha de hierro de la estación de La Tène; 3, hacha de hierro del túmulo de Celles (Cantal); 4, cuchillo de hierro de Stradonitz (Bohemia); 5, cuchillo de hierro de Prosne (Marne); 6, cuchillo de hierro de Carniola; 7, punzón de hierro del túmulo de Celles (Cantal); 8, martillo de hierro de Velem S. Veit (Hungría); 9, reja de arado de Steinsburg (Sajonia); 10, hoz de hierro de Idria; 11 y 12, llaves de hierro de Karstein (Alta Baviera); 13, llave de hierro de Bibracte; 14, tridente de hierro de la estación de La Tène (1/12 de su tamaño); 15, fibula de Stradonitz; 16, fibula de Gurina (Carintia); 17, fibula de Pommiers (Aisne); 18 fibula de Heiltz-l'Evêque (Marne); 19, fibula anular ibérica de bronce; 20, molino de mano: A, molino de baalsto del túmulo de Celles (Cantal); B, corte vertical de un molino reconstruido con su mecanismo de rotación, donde *m*, es la *meta* o piedra fija; *c*, *catillus* o piedra giratoria; *h*, cubeta donde se echa el grano que ha de ser molido; *e*, el eje de la *meta* alrededor de cuyo extremo superior gira el *catillus*, *p*, la palanca con la que se hace girar al *catillus*. El orificio central del *catillus*, que es más ancho que el eje que le atraviesa, permite descender el grano, el cual, en virtud del movimiento de la muela superior, se desliza sobre la superficie ligeramente inclinada de la *meta*, quedando triturado en camino; 21, pesa de telar de barro cocido de *Kutnemendi* (cerca de Vitoria).

Existen diversos utensilios y armas fabricados en hierro durante la primera época (de Hallstatt) de esta edad. Tales son varias formas de hachas, cuchillos, cremalleras, espadas, machetes y lanzas. Las primeras espadas de hierro presentan igual forma que las últimas de la edad del bronce. Después, a consecuencia de cambios en el procedimiento de guerrear o en el modo de usar el puñal y la espada, estas armas aparecen provistas de punta afilada y de dos apéndices (*antenas*) en la empuñadura en forma de arco de herradura (fig. 54).

Es también una novedad de la época de Hallstatt el cuchillo plegable y articulado en mango de hueso.

Algunos vasos de vidrio (vidrio traslúcido u opaco), probablemente originarios de Egipto, aparecen por vez primera en los países célticos en esta época.

En la segunda etapa de la edad del hierro, es decir, en la época de *La Tène*, las espadas, que pierden ya las antenas y tienen la punta roma, llegan a ser una especie de sable de caballería.

Existe en esta época no poca variedad de utensilios, como hachas, cinceles, punzones, martillos, rejas de arado, hoces, sierras y cuchillos, cuyas formas pueden apreciarse en la fig. 55. Abundan también los molinos de mano.

La cerámica de la edad del hierro es muy varia. Son particularmente abundantes los vasos funerarios. La urna grande de forma de trompo es de los primeros tiempos de esta edad. A las urnas funerarias, destinadas a contener cenizas o residuos de la incineración de cadáveres, se asocian frecuentemente pequeñas copas o tazas que muchas veces van dentro de las primeras (fig. 52, 3). Vasos funerarios hay que presentan incrustaciones de materia blanca y dibujos sencillos hechos con grafito y ocre. En general, la ornamentación, cuando la hay, es de motivos geométricos (ruedas, suásticas, triángulos). Existen también vasos con figuras de animales (cisnes, caballos, toros y carneros) y de hombres (fig. 56).

En la segunda época (*La Tène*) la industria cerámica es más

variada en sus formas y decoración (fig. 57). El torno de alfarero, que en la edad del bronce existía ya en el círculo cultural egeo, aparece ahora en las regiones célticas y en la península ibérica. En este país se hace sentir, de un modo especial, la influencia helénica en la decoración, sin que ésta pierda por eso su indivi-



Fig. 56.—Cerámica de la época de Hallstatt: 1, vaso de Baviera; 2, vaso de la necrópolis de Hallstatt con decoración de influencia clásica de meandros; 3, 4, 5, y 6, vasos de los túmulos de Ger; 7, vaso pintado de Silesia; 8, fragmento de vaso pintado de Baviera; 9, vaso pintado de Baviera; 10, fragmento de vaso decorado con grabados que representan coros de danza del cementerio de Villemont (Saint-Avuttrille-Indre).

dualidad, antes desarrollándola en alto grado y dando origen a la llamada *cerámica ibérica*.

Atavío corporal.—La industria textil, cada vez más compleja y más rica en elementos y procedimientos técnicos, permitía una gran variedad en la indumentaria.



Fig. 57.— Cerámica de la época de *La Tène*: 1, vaso de la necrópolis de Marne (*La Tène I*); 2, vaso pintado de la necrópolis de Prunay (Marne); 3, vaso pintado de Bétheny (Marne); 4, vaso con decoración incisa del túmulo de Lann-Tiniketi (Ploemeur—Morbihan); 5, decoración con figuras de págaros (patos?) en un vaso del cementerio de Kerviltre (Saint-Jean-Trolimon en Finisterre); 6, decoración de Sabroso (Minho—Portugal); 7 y 8, fragmentos de vasos de Mont Breuvay; 9, vaso pintado de Roanne (Loira) de la época de *La Tène III*; 10, vaso pintado ibérico de Villaricos; 11, vaso pintado de la necrópolis de Nesazio (Istria); 12, fragmento de vaso pintado del Cerro de Almarejo (Albacete).

Los galos (rama céltica) vestían corta túnica de colores, pantalón y capa de tela lanuda en invierno y lisa en verano.

La decoración de ciertas sítulas (cubos de metal de asa móvil y forma cónica) procedente, de varias estaciones de esta edad, es muy instructiva en este aspecto y puede ilustrarnos bastante acerca de los vestidos usuales en la edad del hierro (fig. 58).

Eran empleadas para adorno corporal diversas formas de brazaletes, torques, pendientes, cinturones y perlas de vidrio, ámbar, marfil y coral (fig. 59).

Los iberos usaban túnica, capa y gorro de piel.

En los pueblos del Norte de la Bretaña estaban en uso la pintura corporal y el tatuaje (1).

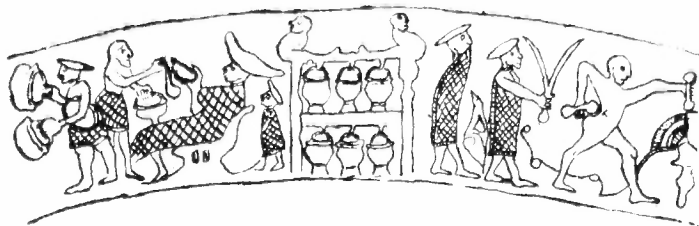


Fig. 58.—Sítula hallstattiana del *Museum für Völkerkunde* de Leipzig.

Arte y religión.—El arte occidental y centro-europeo de la edad del hierro es resultante de convergencias de diversas corrientes fonáneas y de inspiración indígena. Influyen, sobre todo, en la mayoría de las manifestaciones de arte de ese tiempo los pueblos meridionales y, por mediación de éstos o directamente, las culturas orientales.

Productos del arte hallstático son muchas símulas repujadas o grabadas en las que aparecen representadas escenas de la vida coetánea, como juegos, festines, procesiones y otras de carácter religioso y guerrero. De un modo particular sirvió el arte a la religión y a la magia, como nos lo indican numerosas figuras y símbolos del sol (la rueda, el rosetón, la estrella de varias puntas, la

(1) J. Déchelette: *Op. cit.* II, p. 1205-1207.



Fig. 59.—Amuletos y signos filatélicos de la edad del hierro: 1, hueso craneal trilobulado (Somme-Bionne—Marne); 2, diente-amuleto (Bergeres-les-Vertus—Marne); 3, rodete o símbolo solar con fíbula (Stradonitz—Bohemia); 4, símbolo solar (a) y lunar (b) de una cadenilla del campo de Newstead (Escocia); 5, símbolo solar y lunar en un amuleto de Villaricos; 6, Júpiter con la rueda solar y con colgantes de forma de S (según Carl Clemen); 7, 8 y 9, armas adornadas con figuras filatélicas (7, de Kastel—Alemania; 8, de Allach—Alta Baviera; 9, de Münchemberg—Brandemburgo); 10, cabeza de toro con rosetón—símbolo solar—en la frente, de Tournai (Bélgica); 11, figura de animal de tres cuernos (amuleto céltico) provisto de anillo de suspensión (según Clemen); 12, figurita humana con anillo de suspensión, de Unter-Lunkhofen (Argovia); 13, amuleto de forma de pie, de Unter-Lunkhofen (Argovia).

suástica, el signo S, el carro solar) y de la luna, la doble hacha, el cisne, etc., que aparecen representados en collares, cinturones, broches, fíbulas, pendientes, pulseras y vasos pintados. Se ve, pues, que las creencias religiosas de las etapas anteriores (del neolítico y de la edad del bronce) continuaban todavía actuando sobre los pueblos de Europa.

El arte durante la época de *La Tène*, es decir, durante el apogeo artístico de los celtas, es principalmente decorativo con motivos geométricos (apenas hay figuras humanas y animales) que muchas veces representan volutas, suásticas, signos en S, triscelas, circunferencias concéntricas, discos, media luna, triángulos, etc. (fig. 56, 57 y 59). Se repiten, pues, las imágenes y símbolos solares y del hacha que tan conocidos eran en la época anterior. No hay ninguna representación antropomórfica de la divinidad en la Europa central y occidental. Y esta carencia se observa desde el neolítico en esa zona, fuera de algunas regiones donde se hubieren infiltrado influencias esporádicas de origen meridional (cultura egea, helénica y de la península ibérica), como ocurrió en el caso del ídolo funerario neolítico que se extendió desde España, y en el de los monstruos y animales alados de origen greco-jónico que en la edad del hierro aparecen en el arte céltico.

Tanto en la elección del material (coral, esmalte rojo, ámbar) como en la de motivos ornamentales, el fabricante de joyas se inspiraba, ante todo, en las supersticiones populares (1).

Los amuletos, que siempre constituyen una expresión visible y tangible de creencias y costumbres, son muy abundantes durante la edad del hierro. Muchos de ellos procedían de épocas pasadas. Tales eran, por ejemplo: dientes de animales (colmillos de jabalí), trozos de cráneo y de otros huesos humanos, perlas de coral y de ámbar, hachas de piedra pulimentada, plaquitas de pizarra, ruedecitas y anillos y sus variantes como la cruz de brazos iguales, la suástica, la triscela y el signo S.

Aparecen también nuevos amuletos en la edad del hierro, sobre todo en la época de *La Tène*. Tales son diversos figurines de

(1) Déchelette: *Op. cit.*, II, p. 1511.

hombres y de animales (jabalí, caballo, carnero y toro) provistos de orificios o anillos de suspensión, pies humanos (algunas veces también las manos). No es raro el amuleto de forma de cabeza de toro que lleva un rosetón u otro símbolo solar entre los cuernos. Parece ser un emblema del sol y de la luna.

Muchas veces las armas y los utensilios iban también provistos de imágenes filatélicas, siendo entre éstas las más frecuentes las que representan el sol y la luna o sus símbolos (triscelas, hachas y suásticas) (fig. 59: 7, 8, 9).

El número tres desempeña papel importante en el arte y en las creencias de la época de *La Tène*. Baste recordar las triscelas, los amuletos craneales de tres orificios y trilobulares, la frecuencia con que aparecen tres anillos suspendidos de un *torques*, la triple reproducción de un motivo ornamental en los vasos, etc.

Sepulturas.—Las sepulturas de la época de Hallstatt son generalmente tumulares, es decir, están cubiertas y rodeadas de un montículo de piedras. En medio de este montículo, al nivel del suelo natural, se hallan los esqueletos, la urna cineraria o el montón de cenizas de los cadáveres. Unas losas o piedras sin labrar protegen los restos funerarios.

Existen también túmulos que cubren sepulturas excavadas en el suelo. En este caso, una urna cineraria ocupa el hueco excavado.

El túmulo contiene, por lo regular, trozos de cerámica y de otros objetos rotos, probablemente reliquias de ofrendas rituales o de banquetes fúnebres.

A veces una circunferencia de piedras hincadas en el suelo rodea la sepultura o urna cineraria, como ocurre en la región pirenaica septentrional.

En la época de *La Tène* estuvieron en uso tanto la inhumación como la incineración. Al principio en los territorios célticos predominó la inhumación en sepulturas lisas (sin túmulo), agrupadas con frecuencia en gran número. Los germanos, en cambio, practicaban la incineración, práctica que después se generalizó en las Gaulas y en la península ibérica, por influencia de aquéllos y por la de los romanos que tenían también costumbre análoga.

SEGUNDA PARTE

**El hombre primitivo
según los datos de la Etnología**

der la gran importancia que ha alcanzado la Etnología entre las disciplinas históricas.

El aspecto histórico es, en efecto, el que más ha predominado en el campo de la Etnología desde que sus cultivadores de los siglos XVIII y XIX quisieron darle aire y contenido científicos. Con todo, la nueva ciencia apenas pudo progresar hasta que, a mediados del siglo XIX, empezaron los investigadores a aplicar decididamente a su estudio el método comparativo, empleado ya un siglo antes por el sabio jesuita P. Lafitau (1). A éste, pues, cabe la gloria de haber sido el fundador de la Etnología moderna como disciplina histórica. A su orientación, basada en el hecho de que muchos pueblos actuales se hallan estancados en un tipo de cultura logrado hace muchos siglos y aun milenios, representando estadios de civilización semejantes a los que poseyeron en otro tiempo los mismos europeos, se debe el gran desarrollo que esta ciencia ha adquirido hoy en muchos países, especialmente en Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos (2).

* * *

Antes de entrar a describir el desenvolvimiento cultural de los pueblos a la luz de los datos etnográficos, debéis conocer el sentido de la palabra «cultura».

Lo *cultural* se toma en contraposición a lo *natural*, y significa algo que el hombre, mediante la actuación de sus facultades específicas (inteligencia y voluntad), añade a la naturaleza.

La naturaleza produce piedras y leña; el hombre las labra y las convierte en instrumentos. La naturaleza elabora yerbas y árboles; el hombre los cultiva, los transforma y los aprovecha para su servicio. La naturaleza cría animales; el hombre los domestica y los hace útiles para sus fines. La naturaleza (las fuerzas naturales) realiza innumerables fenómenos físicos, quími-

(1) *Mœurs des Sauvages américains, comparées aux mœurs des premiers temps* (Paris, 1724).

(2) Vid. *supra*, págs. 4, 5, 6 y 7.

cos, etc.; el hombre los interpreta, los explica y aun llega a provocarlos a discreción, desarrollando de este modo la ciencia y la técnica. La naturaleza ofrece multitud de elementos que el hombre retoca y combina, dándoles formas agradables y bellas, y creando así las artes. La naturaleza dotó al ser humano de diversas fuerzas y tendencias (pasiones); el hombre las educa, las somete y las pone al servicio de la razón, labrando de esta suerte su «carácter», su propia personalidad. O también las coordina con las de otros hombres, formando grupos sociales y centuplicando los productos de su actividad. La naturaleza ofrece un panorama grandioso, un plan matemáticamente trazado, un complejo mecánico en que todas las piezas—el hombre es una de ellas—están trabadas y eslabonadas unas con otras mediante relaciones causales; el hombre lo contempla, adquiere del Universo una visión de conjunto, comprende que, entre tantas causas, existe una primordial sin la cual las demás no tendrían razón de ser, un primer eslabón de quien penden los demás, y con esto aprende a situarse a sí mismo en el puesto que le corresponde en la escala de los seres, forma idea más precisa y estable de su dignidad, descubre en las cosas orientación y polaridad, y así consigue dar un sentido racional—religioso—a la totalidad de su vida.

Según esto, la cultura constituye un resultado obtenido por el hombre al cultivar sus facultades bajo el control de la inteligencia; es la suma de las soluciones que ha dado el hombre como respuesta a las necesidades más fundamentales de la vida, soluciones que pueden resumirse en los siguientes capítulos: sistema económico, industria, instituciones sociales, arte, ciencia y religión.

II

FACTORES DE LA VIDA ÉTNICA

No hay pueblo que carezca totalmente de cultura. En la tribu más atrasada del mundo puede observarse que sus individuos han cultivado y desarrollado en cierta dirección sus facultades, resolviendo, a su manera, los problemas más perentorios de la vida humana. No existen, pues, pueblos naturales en el sentido propio de esta palabra.

Un conjunto de familias más o menos emparentadas que, habiendo convivido, por algún tiempo, sometidas a idénticos factores o influencias, llegan a elaborar una cultura propia, forma un pueblo.

Un grupo, así constituido, se comporta como un organismo autónomo en que los elementos culturales son piezas estrechamente articuladas, desarrollándose o degenerando cada uno en función de los demás.

Los pueblos se distinguen muchas veces unos de otros, no sólo por sus característicos elementos de cultura, sino también por su diferente movilidad, por su mayor o menor plasticidad o aptitud de transformarse. De ahí resultan las diferencias en el grado de desenvolvimiento cultural: mientras unos pueblos cambian profundamente su modo de ser en el decurso de varios siglos, otros permanecen estacionarios durante milenios; mientras que muchas naciones (del Asia anterior, de Egipto, de Europa,

India y China) pueden, en una mirada retrospectiva, contemplar su historia varias veces milenaria, otras muchas carecen de historia escrita que recuerde su pasado. Pero las unas y las otras representan las diversas fases del proceso histórico de la Humanidad. Así como para conocer las notas que caracterizan las varias etapas de la vida humana, bastaría estudiar individuos de diferentes edades, así también para conocer las etapas históricas del género humano, debe bastar, en cierto modo, el estudio de las culturas y pueblos que habitan la Tierra.

Por lo tanto, la primera tarea de la Etnología es la descripción y clasificación de las culturas; y la segunda, el ordenamiento de las mismas en serie cronológica. Este programa, debidamente realizado, os proporcionará una visión amplia de todo el desarrollo espiritual y colectivo del género humano, y os capacitará para apreciar en su justo valor los elementos de la cultura actual que, en definitiva, no son más que las últimas formas que el hombre ha dado a los varios modos de satisfacer las exigencias de su vida. El origen y aun la explicación de tales elementos debe buscarse en los tiempos primitivos; pues es cosa sabida que es imposible tener idea adecuada del estado presente de la Humanidad sin el conocimiento de los estados anteriores.

El espíritu humano es quien elabora y desarrolla la cultura, al responder a las diversas necesidades o exigencias de la vida.

Pero el hombre no está solo, no vive aislado de otros seres. El hombre habita en una parcela de la Tierra, y está sujeto a diversas condiciones climatológicas, de alimentación y de suelo: en una palabra, vive rodeado y constreñido por un *ambiente natural* o *físico*. Pero, además, forma parte de una sociedad o pueblo y, por lo tanto, se halla en una etapa del proceso histórico que, a través de los siglos, ha seguido ese mismo pueblo: es decir, está inmerso en un *ambiente cultural*.

Todo lo cual demuestra que múltiples agentes de orden físico, social e histórico estimulan y condicionan la actividad humana.

Cuanto más retrocedáis en la Historia, acercándoos a los tiempos primitivos, veréis que los factores históricos y sociales

son más escasos, y sus productos menos diferenciados; mientras que los factores geográficos y climatéricos actúan de un modo preponderante, imprimiendo a los grupos humanos cierto aire de homogeneidad natural más destacada.

En casi todos los pueblos podréis descubrir, al principio de su desenvolvimiento histórico, una edad de la piedra, de patente uniformidad, en estrecha dependencia de los agentes naturales, lo cual sólo puede explicarse suponiendo que el género humano haya progresado a partir de una cultura rudimentaria fuertemente articulada con los fenómenos del mundo físico. Y como los actuales pueblos de civilización inferior poseen precisamente culturas de esta índole, deberéis considerarlos, por eso mismo, como más emparentados o más próximos al estado de la Humanidad primitiva.

El estancamiento de los actuales pueblos primitivos en fases atrasadas del desarrollo cultural es debido indudablemente a múltiples agentes psíquicos y geográficos. Pero no todos se hallan en el mismo grado de atraso, sino que están constituidos en diferentes etapas. Y esta misma diversidad obedece también a factores psíquicos y físicos. La influencia de estos últimos no debe ser exagerada hasta el punto de suponer que la civilización de un pueblo es una simple hechura de la geografía; pero tampoco ha de ser desatendida o despreciada por el etnólogo.

Fué de antiguo planteado por los historiógrafos este problema de los factores de la cultura humana y de su diversificación. Ya Estrabón señaló la iniciativa y la libertad humanas como origen de las diferencias entre los pueblos, contra la opinión de Hipócrates y Polibio que daban demasiada importancia a los factores geográficos. La misma posición adoptó Peschel en el siglo XIX contra los fundadores de la antropogeografía C. Ritter, E. Kapp y J. G. Kohl, sosteniendo que algunos pueblos, a pesar de ocupar regiones propicias para el desarrollo de ciertas actividades culturales, no supieron utilizarlas en este sentido, como ocurrió a los Osmanes que, habitando las orillas del Bósforo, nunca han sido navegantes; y que otros, como los holandeses, viviendo

en países desfavorables para la explotación de la tierra, llegaron a desarrollar una envidiable riqueza territorial (1).

La actuación de los agentes geográficos se traduce en una adaptación de los pueblos al suelo y a las condiciones climáticas.

En las regiones polares, la escasez de víveres y la lucha ruda y constante con los elementos, hacen que sus habitantes apenas puedan emplear sus actividades, si no es en la adquisición inmediata de los artículos de primera necesidad.

Y en las zonas tropicales, el clima enervante contribuye a que sus moradores sean de carácter indolente, lo cual conduce al mismo resultado que el clima polar, es decir, a una completa adaptación del hombre a las condiciones físicas de aquellos países, impidiendo se eleve más la densidad de la población.

Las zonas templadas, con sus alternancias de escasez y abundancia de productos naturales, estimulan la previsión y el trabajo, base de todo progreso cultural.

Las regiones de suelo feraz atraen a los hombres y sustentan densa población. Esta circunstancia, unida a los cambios meteorológicos y a las crecidas periódicas de los ríos con el consiguiente estímulo al trabajo cultural, contribuyó a la formación de las primeras grandes civilizaciones de Egipto y Mesopotamia.

El suelo y el clima influyen también en muchos de los detalles de la cultura humana. Un clima desapacible provoca en el hombre diversos fenómenos de reacción, obligándole a crear en su derredor un ambiente agradable, un clima artificial benigno, mediante la indumentaria y la casa.

Los sistemas económicos sobre los cuales descansa la vida de las poblaciones costeras, no suelen ser, en general, los mismos que los de los habitantes de tierra adentro. Las anchas planicies monótonas y las cordilleras de variados paisajes, las tierras feraces y las comarcas estériles, los países cubiertos de hielo y

(1) W. Schmidt y W. Koppers: *Völker und Kulturen*, págs. 52-53 (Ratisbona, 1924).

las zonas pobladas de bosques no orientan por iguales rumbos la vida de los pueblos.

La estepa inmensa, de ambiente invariado, determina un género de vida uniforme en las tribus que la habitan. En cambio, el suelo accidentado, rico en contrastes, de los países montañosos contribuye a la diferenciación cultural de sus moradores.

Las regiones que, por lo escabroso del suelo o por lo intrincado de la selva que las cubre o por su situación aislada o alejada de los continentes, se muestran menos accesibles, suelen ser los verdaderos relicarios donde perduran las formas culturales antiguas; pues el oleaje de las nuevas ideas y modos de vivir se degrada y esfuma antes de penetrar en tales zonas, o llega a ellas con retraso de siglos y milenios. Tal es el caso de los pigmeos del centro de África, de los esquimales, de los fogninos de Suramérica, de los tasmanios, etc.

Los diversos modos de procurarse la alimentación influyen en la suerte de los otros elementos de cultura. De una parte la tendencia general conservativa del hombre, y de otra los medios naturales de satisfacerla que proporciona el Pirineo occidental, determinaron, por ejemplo, el establecimiento de muchas familias vascas en parajes accidentados, en escarpas de difícil acceso.

También es fácil reconocer muchas veces la intervención de otros agentes. Así, es frecuente el caso de que dos sistemas económicos—el pastoreo y la labranza, por ejemplo—interfiriéndose en una misma familia, determinen, en definitiva, el lugar de emplazamiento de un caserío (fig. 60).

* * *

Al lado del ambiente físico están los factores de orden social e histórico.

Los pueblos que ocupan los países extremos, al N. y S. de los continentes no quedaron rezagados sólo a consecuencia de su ambiente natural desfavorable, sino también por hallarse aislados de otros pueblos, por falta de relaciones con lo restante del mundo habitado.

En cambio, aquellos pueblos que, por su situación céntrica, o por habitar en regiones llanas, en vegas de fácil comunicación o en las proximidades del mar, mantienen comercio intenso e ininterrumpido con diversos grupos étnicos, se elevan rápidamente a niveles superiores de cultura. Pues éstos se alcanzan, en primer lugar, mediante interacciones de hombre a hombre y de grupo a grupo. Así se difundió, por ejemplo, la técnica del bronce y del hierro en la Europa prehistórica.

* * *

El ambiente natural y los factores históricos imprimen, con frecuencia a la cultura orientaciones diferentes. Si viajáis de Sur a Norte a través del país vasco, y os fijáis en los sistemas de población, o sea, en el modo como están repartidos los establecimientos humanos, podréis hacer observaciones que os confirmen esta verdad. En la Rioja alavesa y en la Ribera de Navarra predomina la forma de población concentrada en núcleos crecidos y muy distantes unos de otros: es el sistema de casas agrupadas. En la llanada de Vitoria, es decir, en la zona media, los pueblos son pequeñas agrupaciones de casas, poco distantes entre sí. En la vertiente cantábrica, o sea en la zona del Norte—parte de Alava y Navarra y toda Vizcaya y Guipúzcoa—la población es dispersa, las casas están repartidas en una gran extensión de su territorio.

Paralelamente a estas diferencias en el sistema de población y probablemente a causa de ellas, vemos realizarse otros fenómenos. Así, por ejemplo, en la Rioja alavesa la casa no tiene nombre propio y constante: se la designa con el nombre del cabeza de familia que la habita. No así en la vertiente cantábrica: allá donde predomina el sistema de casas dispersas, cada casa rural tiene su nombre propio que no se muda, aun cuando cambie el morador o el dueño de la casa.

Cada uno de estos sistemas de población tiene sus derivaciones de orden psicológico y social. Así, el ambiente y la vida familiar gravitan más sobre los moradores de los caseríos dispersos

que sobre los habitantes de las ciudades o poblaciones agrupadas. «Es corriente, por ejemplo, el hecho de que los niños de los caseríos hablen sólo el dialecto de sus padres, mientras que los de la calle hablan el que en la calle predomina y no el de los padres, a menos que éstos pongan cuidado muy especial en enseñárselo el suyo y aislarlos del ambiente exterior» (1).

¿Qué interpretación cabe dar a estos diferentes modos de poblar la tierra? ¿De dónde proceden tales diferencias en el país vasco?

Cada uno de los sistemas de poblar—el de concentración y el de dispersión—obedece indudablemente a múltiples factores. Si nos fijamos en la población dispersa de la vertiente cantábrica del Pirineo vasco, luego veremos que el hecho de la dispersión aparece en inmediata dependencia de factores geográficos. En efecto, las vertientes soleadas, la proximidad de los ríos y de las fuentes, la vecindad de las vías naturales de comunicación entre los valles, la confluencia de los ríos y una mayor facilidad para la explotación agrícola o para el pastoreo o para ambas cosas a la vez, condicionan la localización de las casas rurales o caseríos que se construyen actualmente. De aquí resulta que cada caserío ocupa próximamente el centro de sus dominios. Y esto, naturalmente, contribuye a que tienda a conservarse el sistema de habitaciones diseminadas. Y todos los indicios son de que en otras épocas ha ocurrido allí lo mismo que hoy.

En cambio, en la vertiente mediterránea, sobre todo en las comarcas próximas al Ebro, apenas tienen influencia directa sobre cada una de las casas en particular los factores que hemos mencionado, sino que es el conjunto de casas, es decir, el pueblo entero, como una unidad, el que, en todo caso, obedece a tales factores.

Por lo tanto, una de las diferencias entre los dos sistemas de poblar la tierra es la siguiente: mientras en la vertiente cantábrica cada familia y, por consiguiente, cada casa se comporta indepen-

(1) J. M. de Barandiarán: *Nacimiento y expansión de los fenómenos sociales*, pág. 69 (Vitoria, 1925).

dientemente de las demás familias y se adapta al suelo amoldándose a los factores geográficos que le condicionan; en la vertiente mediterránea, por el contrario, la familia y, de consiguiente, la casa, se conduce como una pieza u órgano fuertemente articulado en un grupo de familias y, por lo mismo, dependiendo de éste en sus funciones.

El origen de estas divergencias de orden social se halla indudablemente en algunos hechos históricos que afectaron la zona correspondiente a la cuenca del Ebro, pero que apenas tuvieron eco en la otra.

Sabemos que en la Edad Media había en las comarcas meridionales del país vasco, en las cercanías del Ebro, muchas poblaciones de casas agrupadas, protegidas por murallas y torreones, lo cual respondía a la necesidad de defenderse los habitantes contra las invasiones de otros pueblos fronterizos. Así se fundaron Valpuesta, Puentelarrá, Labastida, Abalos, Artajona, Samaniego, Laguardia, Bernedo, Peñacerrada, Marañón, etc. La región septentrional, que no se hallaba amenazada por tales invasiones, no sintió la necesidad de agruparse para su defensa, y la población siguió, en su adaptación al suelo, las influencias de los hechos geográficos. Sólo al final de la Edad Media se fundaron allí diversas villas con pequeños núcleos o agrupaciones de casas, con el fin de oponerse a las frecuentes incursiones de malhechores y a las luchas de banderizos. Pero este movimiento de concentración cesó a principios de la Edad Moderna a consecuencia de cambios sociales y políticos operados en aquella época, y no llegó a agruparse toda la población.

Todo esto nos demuestra que los factores históricos son capaces de imprimir y de hecho imprimen muchas veces determinada orientación a la cultura de los pueblos. Y generalizando y ampliando este pensamiento, debemos decir que el estado cultural de un pueblo en una época cualquiera es casi totalmente un resultado de estados anteriores que forman su pasado histórico. Y ese estado cultural constituye, a su vez, un ambiente que estimula, condiciona y orienta la actividad de los individuos. Es,

por lo tanto, un factor de capital importancia para realizar ulteriores progresos culturales, y en él tienen origen nuevos estímulos o necesidades así como diversos medios o sistemas de satisfacer las ya sentidas.

Como, a fin de cuentas, es el espíritu humano quien crea la cultura, la mayor o menor densidad de población influye también poderosamente en el desarrollo cultural de un pueblo. La escasez de individuos en los grupos étnicos primitivos contribuye a que el progreso sea muy lento o casi nulo entre ellos, aun independientemente de su capacidad de transformarse. Por lo demás, el hecho del rápido desenvolvimiento espiritual de los negros en América demuestra cómo en el transcurso de pocos decenios los hombres primitivos pueden cambiar incorporándose a la civilización europea. Pero este mismo hecho prueba también cuán importante sea el impulso exterior para que un pueblo emprenda un rápido avance cultural (1). Por eso las migraciones y los préstamos desempeñan papel muy importante en el proceso de la historia interna de los pueblos.

(1) Julius Lips: *Einleitung in die vergleichende Völkerkunde*, págs. 18-19.

III

MÉTODOS

Al estudiar la vida del hombre primitivo y los orígenes y el proceso histórico de la civilización, los etnólogos han seguido diversas orientaciones, entre las cuales predominan hoy estas dos: la evolucionista y la histórica.

Método evolucionista.—Los evolucionistas parten de la hipótesis de que lo más simple y grosero es históricamente lo primero. Es decir, que la cultura más atrasada representa, en la vida de los pueblos, la fase más antigua. El hombre debió empezar necesariamente su desarrollo histórico por una etapa cultural rudimentaria, en la que el desenvolvimiento de las facultades intelectuales y morales se hallaba en estado incipiente, y el predominio de las fuerzas naturales—inconscientes, aun no cultivadas ni racionalizadas—en todas las funciones y actuaciones humanas era indiscutible y, en cierto modo, ilimitado. El hombre ha ido, después, ascendiendo lentamente, sacudiendo el yugo de las fuerzas cósmicas, hasta llegar a las más altas culturas que conocemos. Así parece comprobarlo la Arqueología. Según esto, las distintas civilizaciones de la Tierra representan diferentes grados del proceso evolutivo de la Humanidad. Las semejanzas culturales (*paralelismos etnográficos*) que observamos en pueblos y regiones separados por largas distancias, se explican por la unidad específica

del espíritu humano, es decir, suponiendo que los hombres de todos los tiempos y lugares, colocados en circunstancias análogas, proceden de igual modo, elaboran culturas idénticas, se desarrollan *paralelamente*. Tienden, pues, los pueblos a pasar por las mismas fases culturales, como si una misma ley—*ley evolutiva*—presidiese los destinos de los hombres (1).

La orientación evolucionista matiza las obras de Tylor, Frazer, Durkheim, Preuss, Vierkandt, Kühn, Hubert, Mauss, Lévy-Bruhl, Danzel, Marett, Hartland, Beth, Otto, Hauer, etc.

Crítica del evolucionismo.—Al poner la evolución rectilínea y ascendente como principio de investigación e interpretación de los hechos, el método evolucionista empieza por afirmar lo que no está probado, y lo que, en todo caso, debería ser una conclusión de la ciencia etnológica. Si ha habido o no evolución en la historia primitiva del hombre, es cosa que se ha de aclarar después—no antes—de detenidas investigaciones en el campo de la Etnología. Por lo tanto, en ningún modo debería ser colocada la hipótesis de la evolución en la base de tales investigaciones.

Aun suponiendo que las cosas hayan sucedido conforme al postulado evolucionista, fuera procedimiento peligroso el tratar de amoldar los hechos a un esquema evolutivo concebido *a priori*. Una cosa es que la visión de conjunto de los materiales etnográficos

(1) Esta explicación, que ya había sido formulada por varios escritores y etnógrafos, como Voltaire, Schiller, Alejandro von Humboldt, James Cowles Prichard y Tylor (*Elementargedanke und Uebertragungstheorie in der Völkerkunde*, p. 2-5 [Stuttgart, 1912] por el Dr. Julius Eisenstädter), fué sistematizada más tarde por Adolfo Bastian. Según este etnógrafo, la identidad y semejanza de muchos elementos culturales en diversos pueblos y regiones es consecuencia de la identidad específica del espíritu humano que en todos los tiempos y lugares, bajo la presión de idénticas exigencias, tiende a idear iguales soluciones para los problemas de la vida, es decir, concibe iguales pensamientos elementales (*Elementargedanke*). Pero también sucede que, a causa de la diversidad de circunstancias y factores a que se halla sometida la vida de los pueblos, éstos se diferencian unos de otros en no pocas cosas, tienen culturas diferentes, cada uno posee sus particulares modos de responder a las necesidades de la vida; tiene, pues, sus pensamientos característicos (*Völkergedanke*).

ficos, cronológicamente clasificados y ordenados, induzca a uno a pensar que el proceso de los fenómenos culturales se ha realizado conforme a una evolución rectilínea y ascendente, y otra establecer series evolutivas tomando como base el principio de que lo más simple e imperfecto es lo más antiguo. Lo primero sería extraer de los hechos la teoría evolucionista; lo segundo sería extraer de la teoría los hechos, y esto último, como método, es inadmisibile si la verdad de la tal teoría no ha sido demostrada de antemano. Y es patente que lo ha sido: ni la Etnografía ni la historia de la civilización confirman el postulado evolucionista.

Nada tiene de particular que el proceso de la historia humana, según los resultados de la Arqueología, parezca acusar una tendencia evolutiva, rectilínea y ascendente. En cuanto a los objetos (utensilios, armas, construcciones, etc.) o restos materiales de la civilización que la Arqueología da a conocer, es evidente que el hombre debió empezar por el empleo de las formas o tipos más rudimentarios, y progresar según se fueran multiplicando las experiencias. Los útiles fabricados por el hombre del Paleolítico inferior son, en general, más simples y toscos que los del Paleolítico superior. Con todo, conocemos muchos casos de verdadera depauperación y retroceso. Recuérdese la decadencia de la industria y del arte paleolíticos en la época epiglaciaria, por no salirnos del cuadro de la civilización primitiva. También sabemos otros casos en que a una civilización material muy desarrollada corresponde un estado moral extremadamente deplorable. Además, el progreso de un elemento cultural va muchas veces acompañado de la decadencia de otro. Así, a medida que avanza la gran industria, van decayendo muchas de las industrias y artes populares en Europa.

La teoría del *Elementargedanke*, con la que A. Bastian trató de explicar los paralelismos etnográficos, tiene su parte de verdad; pero no hay que generalizarla hasta el punto de querer explicar todas las analogías culturales sólo por la identidad específica de la mente humana. Se explica bien por esta teoría que los hombres convengan en aquellos hechos y producciones que sean

obvios a la naturaleza humana; por ejemplo, en que todos empleen para la caza de animales armas y proyectiles de gran consistencia y dureza. Pero que, puestos varios hombres a construir instrumentos de caza, coincidan en todos y cada uno de los detalles de flechas, arcos, cuerdas, etc., no puede explicarse por la unidad específica del género humano. Se trata de efectos particulares que, por lo mismo, requieren causas también particulares.

Método histórico.—No debéis perder de vista que el panorama cultural que nos ofrecen los primitivos es sumamente abigarrado. Esto se debe, no sólo al hecho de que los pueblos han seguido trayectorias divergentes en su proceso histórico, sino también a que unos se han adelantado más que otros en el cultivo y dominio de la naturaleza.

No faltan, sin embargo, semejanzas sorprendentes en algunos grupos étnicos, aun en los casos en que éstos vivan en países separados entre sí por enormes distancias y no hayan estado relacionados por ningún género de intercambios hace mucho tiempo. Y esto obedece a varias causas. En primer lugar, diversos pueblos, procediendo independientemente unos de otros, han llegado muchas veces a formas culturales análogas, han elaborado y empleado para sus fines objetos casi idénticos. En un caso así, os será fácil observar que tales analogías y coincidencias responden a exigencias propias de la naturaleza y finalidad de los mismos objetos o a ideas y pensamientos elementales y obvios a la mentalidad humana. Que dos pueblos, habitando países muy distantes, coincidan en construir chozas o albergues para resguardarse del frío, debe haceros pensar en influencias del clima y en la identidad fundamental de las tendencias y necesidades humanas.

Pero hay otras analogías de índole particular o que se observan entre elementos de cultura más complejos y que, por lo mismo, sólo pueden ser interpretadas suponiendo un común origen histórico o también intercambios culturales debidos a relaciones de contacto, migraciones de pueblos, etc. El uso de la *suástica*, como motivo decorativo y filatélico, según aparece en diversas vasijas, armas y otros objetos de Grecia, Italia, España y Alema-

nia durante las edades del bronce y del hierro, fué debido a relaciones culturales que mantenían los habitantes de esos países (figs. 51, 56, 57 y 59).

Este segundo género de hechos indujo a Fr. Ratzel a conceder una gran importancia al aspecto histórico de las culturas, reconociendo la existencia de conexiones genéticas, de préstamos e interacciones culturales en todas aquellas coincidencias que no estuviesen fundadas directamente en la misma naturaleza y finalidad de las cosas. De aquí nació la *teoría de las migraciones*.

Más tarde León Frobenius, discípulo de Ratzel, reconoció el hecho de tales migraciones y conexiones históricas, no sólo en aislados elementos, sino también en grupos o ciclos culturales (*Kulturkreis-theorie*). Llámase ciclo cultural un conjunto de elementos de cultura (sistemas económicos, organización social, industria, arte, ciencia y religión) que aparecen constantemente asociados en territorios más o menos extensos y que corresponden a todas las formas normales de la actividad humana.

Finalmente, los etnólogos Graebner (*Methode der Ethnologie*. Heidelberg, 1911), Ankermann, Foy y W. Schmidt sentaron las bases de una nueva escuela etnológica (escuela histórico-cultural), dotando de método propio a la teoría de los ciclos culturales.

Esta escuela se propone estudiar la vida de los pueblos, determinando: *a)* los ciclos culturales y sus áreas de difusión; *b)* la sucesión cronológica de las culturas; *c)* las causas que han intervenido en su origen y transformación.

Determinación de los ciclos culturales y de sus áreas.—El estudio de las culturas primitivas, como todo estudio histórico, lo deberéis empezar por el conocimiento de las fuentes, es decir, de los materiales o datos. Esta tarea previa de la investigación de las fuentes recibe el nombre de *heurística*. Después viene la crítica, tanto externa como interna, de los materiales recopilados, por la que habréis de determinar la autenticidad, la proveniencia y la interpretación de los mismos.

Esta labor descriptiva os llevará a reconocer diversos tipos, unidades o ciclos culturales en el acervo de hechos etnográficos que habéis estudiado.

Seguidamente hay que señalar en el mapa las *áreas iséticas* de cada ciclo—y aun de cada elemento cultural—es decir, las regiones del mundo en que el tal ciclo se halla extendido.

Para determinar o establecer las *áreas iséticas* de un ciclo o simplemente de un elemento cultural (por ejemplo, de un tipo de construcción, de una técnica en las artes o industrias, de una creencia, de una institución social, etc.), os servirán los criterios que apunto a continuación (1).

1. Dos fenómenos, externamente idénticos, pueden ser, sin embargo, muy diferentes, si se atiende a su significación. Por eso, antes de emitir un juicio acerca de la identidad o discrepancia de dos hechos etnográficos, hay que escudriñar el espíritu o la idea que los inspira y el motivo que los origina. No son, pues, bastantes las semejanzas externas para considerar como idénticos dos actos, dos objetos o dos elementos culturales; como tampoco lo son las discordancias sensibles para clasificarlos en grupos aparte. En tales casos debéis proceder siempre reconociendo la *primacía de lo invisible*, es decir, de los caracteres internos de las cosas.

Hallándome en la sierra de *Aralar* durante las vacaciones estivales de 1923, con motivo de unas excavaciones prehistóricas, en una tarde de sábado ví cómo un obrero nuestro, de oficio pastor, llevaba un cordero colgado de un palo y se dirigía hacia un pueblo de las estribaciones de aquella montaña.

—¿A dónde vas?—le pregunté.

—*Voy a mi pueblo a regalar este cordero al secretario municipal.*

—¿Qué favores te ha hecho el secretario?

—*Ninguno. Es que no se lo regalo por favores recibidos, sino para que no me haga daño.*

El precedente diálogo os dará a conocer cómo un mismo hecho puede ser expresión de sentimientos contrapuestos (grati-

(1) La más amplia exposición de estos criterios metodológicos se debe al P. Pinard de la Boullaye (*L'étude comparée des religions*, II, p. 58 y sigs).

tud y temor servil) y constituir actos de diversa naturaleza, según los casos.

El cristiano que se arrodilla delante de Dios en señal de amor y veneración, y el warramunga australiano que hace lo mismo en sus ceremonias totémicas, realizan dos actos profundamente heterogéneos, aunque externamente idénticos. La sombrilla o quitasol que emplea el europeo para evitar la influencia nociva de los rayos solares y la que utiliza el indio para resguardarse de las sombras maléficas que, a su juicio, proyectan los edificios, son análogas en cuanto a su apariencia exterior; pero tienen contenidos dispares, es decir, caracteres internos (funciones y finalidades) totalmente diferentes. Por lo mismo, estos dos objetos no pueden entrar en el mismo grupo de áreas iséticas, como tampoco las ceremonias cristianas y las totemistas de Australia.

2. La uniformidad de ciertos fenómenos surge de la identidad o semejanza del ambiente físico y moral, respondiendo a las mismas o análogas necesidades y aspiraciones. Por eso las semejanzas morfológicas y las convergencias de estructura que observaréis, sin duda, en determinadas costumbres, técnicas, doctrinas elementales y prácticas rudimentarias de muchos países, quizá muy distantes entre sí, revelan únicamente la identidad específica del género humano en todos los tiempos y lugares. El reconocimiento de este hecho es un criterio—*criterio de la uniformidad natural*—que os hará comprender que el uso del agua para lustraciones, el de la madera en las construcciones y el del pedernal en ciertos instrumentos, han nacido espontáneamente en muchos pueblos. Por lo tanto, no es preciso recurrir a influencias de pueblo a pueblo para explicar su difusión por diversos países y su existencia en diferentes épocas.

A la misma categoría de hechos pertenecen también muchas creencias animistas y gran parte de las prácticas inspiradas en la magia simpática. Así, la costumbre de quemar una vela o de acribillar con alfileres un objeto o figura que represente a una persona, intentando causar daño a ésta, existía entre los griegos del

tiempo de Platón como existe todavía entre los australianos y los negros de Africa y aun en casi todos los pueblos europeos.

3. Cuando las semejanzas entre los elementos culturales de dos pueblos no son meramente superficiales, ni demasiado vagas o de carácter general, sino que se refieren a particularidades y circunstancias tales que ni por la naturaleza de los objetos ni por la homogeneidad del ambiente ni por la identidad específica del género humano son exigidas, su explicación debe hallarse en el común origen histórico de aquellos pueblos o en el hecho de alguna interacción cultural habida entre los mismos. A una semejanza o parentesco cultural de esta índole llama Graebner *criterio de forma*.

La existencia de la leyenda de *Polifemo* en Grecia y de la de *Tartalo* en el pueblo vasco, ambas idénticas, no sólo en el tema general sino también en muchos detalles, sólo es explicable por un intercambio cultural. En este caso, las áreas de tales leyendas y elementos afines o paralelos deben considerarse como *áreas iséticas*.

4. Cuando las culturas de dos o más pueblos concuerdan en casi todos sus rasgos más fundamentales (construcciones, sistema económico, técnica industrial, estilo artístico, organización social, creencias, prácticas religiosas, etc.), es también señal de que han tenido conexiones históricas. Y esto con tanta mayor razón cuanto mayor sea el número de elementos de cultura emparentados. Una tal concordancia múltiple forma el *criterio de cantidad*. Cuando se hallan en este caso dos culturas, las áreas de éstas deben enlazarse con unas mismas líneas iséticas. Tal ocurre con los pigmeos del centro de Africa y del sureste de Asia.

5. Las conexiones históricas necesarias para que dos o más pueblos distantes entre sí lleguen a poseer una cultura común, se tienden indudablemente a través del tiempo y del espacio, muchas veces sin solución de continuidad, sin saltos o interrupciones bruscas. Por lo cual será posible hallar, en la ruta que siguió una cultura, vestigios o reminiscencias de ésta. La existencia de tales vestigios constituye el *criterio de continuidad*, y aumenta

las probabilidades de haber existido antiguas relaciones históricas entre pueblos hoy separados, probabilidades que se acrecen si se ve que las concordancias o semejanzas son tanto más numerosas y destacadas cuanto más nos aproximemos a sus actuales focos de máxima intensidad.

Sucesión cronológica de las culturas.—Para dar a la Etnología una orientación histórica, no es bastante que describáis las culturas y señaléis en el mapa sus áreas de difusión. Os será necesario fecharlas, es decir, clasificarlas cronológicamente, estableciendo el orden de sucesión de sus respectivas apariciones en cada uno de los países y aun en el mundo entero.

Lo primero que deberéis hacer, por ejemplo, al planear los líneas generales de la historia de un pueblo, es determinar en serie cronológica los estadios sucesivos de evolución de su cultura, cuando ésta es simple—no mezcla de otras culturas—. Por otra parte, a un mismo pueblo han podido llegar en diversas épocas varios ciclos culturales, superponiéndose unos a otros. A los ciclos culturales así superpuestos podéis llamarlos, para más comodidad, *estratos culturales*. El orden de sucesión con que han venido a sedimentarse estos estratos debe merecer vuestra particular atención.

Son varios los criterios que pueden servir en esta tarea (1). A continuación van señalados los más importantes.

1. Un elemento cultural debe ser considerado como más antiguo que otro, si ha servido de base o motivo a la existencia de este último. El primero se presupone al segundo. Por eso se ha llamado este hecho *criterio de presuposición*.

Agréguese a esto que, de dos elementos o formas culturales de igual significación, el que implica un cambio en su estado originario, o aquel cuya realización requiere especial atención,

(1) Vid. Pinard de la Boullaye: *L'étude comparée des religions*², II, p. 270 y sigs. (París, 1929).—Graebner: *Methode der Ethnologie*, p. 151 (Heidelberg, 1911).—W. Schmidt y W. Koppers: *Völker und Kulturen*, p. 70-72 (Ratisbona, 1924).

conocimiento y experiencia, debe ser tenido como más reciente, siempre que otros indicios no persuadan de lo contrario.

Del mismo modo, en una civilización pura las formas simples deben ser consideradas como más antiguas que las muy elaboradas o complicadas, siempre que la complicación no sea resultado de mezclas de otras culturas.

Así, el hecho de que las supulturas eclesiásticas se hallen en el pueblo vasco asignadas y como indisolublemente incorporadas a las casas—no a las familias—que integran la Parroquia, presupone el uso de enterrar los cadáveres de las personas bajo el techado de las casas, donde hubieren vivido, uso que, por cierto, se ha perpetuado casi hasta nuestros días.

La costumbre vasca de llevar ofrendas a las sepulturas es posterior a la idea antropomórfica de la vida de ultratumba, según la cual los difuntos tienen necesidades análogas a las que tenían en vida.

Las sociedades secretas son más recientes que el estado de cosas cuya desaparición persiguen.

2. El hallarse un elemento cultural compenetrado más íntimamente y con mayor número de instituciones que otro dentro de una misma civilización, suele ser indicio de su mayor antigüedad. Este es el *criterio de compenetración*.

La creencia, aún bastante extendida en el pueblo vasco, de que la luz material encendida en las sepulturas es necesaria a las almas de los difuntos, tiene sus repercusiones en varias leyendas, en ritos funerarios, en prácticas relacionadas con las abejas y en algunas de las ceremonias por las que la recién casada se incorpora a la familia de su marido. Esta creencia tan compenetrada con uno de los estratos culturales del pueblo vasco, es indudablemente anterior a la que considera las luces de las sepulturas tan sólo como elementos que contribuyen al esplendor del culto divino.

3. Cuando una creencia, un rito, una costumbre o práctica cuya presencia ha sido comprobada en las épocas pasadas de la historia de un pueblo, se hallan hoy en otro pueblo en forma de

supervivencias o restos fragmentarios de culturas extrañas, y por lo tanto, en discordancia con el ambiente actual del mismo, es señal de que proceden también aquí de épocas más antiguas (*criterio de supervivencia*).

La creencia indoeuropea (hoy todavía existente en algunas partes del país vasco) de que las almas de los difuntos son sombras, es un caso de supervivencia de este género.

4. El hecho de que un elemento cultural que, teniendo actualmente vitalidad precaria o hallándose en estado atrófico, se articula perfectamente con elementos arcaicos de la cultura en que lo encontramos, revela su mayor antigüedad (*criterio de atrofia*). Tal ocurre con la costumbre vasca de satisfacer los gastos de entierro y funeral pagándolos en especie (1), costumbre que está muy en consonancia con el primitivo espíritu, pero que hoy se halla en franca decadencia.

5. El hallarse una cultura más difundida que otra, sobre todo, en regiones abruptas y menos accesibles, es, en igualdad de las demás circunstancias, señal de su mayor antigüedad (*criterio de difusión*). Así, atendiendo a este criterio, deberemos decir que el tipo de casa que consta de planta baja (con habitaciones y establos) y un piso (desván), es anterior en el país vasco al tipo de casa con cocina y habitaciones en el piso alto.

6. Una creencia o una costumbre propia y exclusiva de la casta que predomina en un pueblo, y que diversos caracteres (lingüísticos, arqueológicos, etc.) nos la presentan como extranjera, debe ser atribuida a la civilización importada por los invasores (*criterio de asociación social*).

7. Cualquier elemento cultural debe ser considerado como propio de aquella civilización con la que se halla más estrechamente articulado y en cuyo seno se explica mejor (*criterio de lo orgánico*).

8. De los restos o vestigios culturales contenidos en estratos arqueológicos superpuestos, como ocurre en muchos yacimientos

(1) En algunos pueblos de Navarra el estipendio que pagan por tales funciones suele ser un carnero.

prehistóricos, los que se hallan en el estrato inferior son los más antiguos (*criterio estratigráfico*).

9. Cuando dos ciclos culturales convergen en un mismo territorio, pueden provocar fenómenos de contacto, modificándose mutuamente, o también pueden fusionarse. En cualquiera de los casos la cultura resultante es más moderna que las componentes (*criterio de combinación*). Los elementos prestados por una cualquiera de las culturas a la otra revelarán, por el grado de su desarrollo, la época en que se hizo el préstamo.

10. Si una cultura homogénea que cubre un extenso territorio aparece atravesada, de parte a parte, por otra, o dislocada y fraccionada por la misma, debe ser considerada como más antigua en dicho territorio (*criterio de cruzamiento*).

11. Una cultura de carácter inferior que se halla confinada a regiones extremas de los continentes, o a comarcas de difícil acceso, formando un islote rodeado o englobado por otras culturas, suele ser en tales países más antigua que éstas últimas (*criterio de englobamiento*).

Todos los criterios precedentes pueden servir para determinar la edad relativa de los elementos culturales.

Para determinar la de los ciclos culturales en aquellas regiones donde tales ciclos hayan coincidido, se utilizan principalmente los criterios *estratigráfico*, *de combinación*, *de cruzamiento y de englobamiento*. Y estos mismos criterios aplicados a todos los países de la Tierra proporcionarán datos e informes que, mediante estudios comparativos y con la ayuda o colaboración de criterios externos (antropología, mitología y lingüística comparadas), podrán señalar el orden en que han ido apareciendo en el mundo los diversos ciclos culturales que le cubren.

En la práctica cualquier problema acerca de la edad relativa de los elementos y ciclos culturales aparece, con frecuencia, erizado de dificultades. Pero, cuando varios de los criterios mencionados convergen hacia el mismo resultado o conducen a la misma conclusión, ésta debe considerarse como sólidamente establecida.

IV

*LAS CULTURAS PRIMITIVAS
Y SU CRONOLOGÍA*

Aplicando los criterios espaciales (de *forma*, de *cantidad* y de *continuidad*) a las diversas manifestaciones de la vida cultural, la escuela histórico-etnológica ha podido determinar las áreas de difusión de las mismas, y hacer, al mismo tiempo, el recuento de los ciclos o tipos de civilización existentes en el mundo.

Areas culturales.—La escuela de Viena, bajo la dirección de W. Schmidt, ha llegado a señalar, en los pueblos de cultura primitiva, once tipos de civilización o ciclos culturales, clasificándolos en tres grupos.

En el mapa I aparecen las áreas de estos grupos de civilización señalados con las letras *A*, *B* y *C*. Al grupo *A* pertenecen los pueblos consumidores, es decir, aquellos pueblos que no colaboran con la Naturaleza a fin de intensificar la producción (no cultivan la tierra, ni domestican ni ceban animales), sino que simplemente se apropian lo que el suelo espontáneamente les ofrece, dedicándose el hombre a la caza y la mujer a la recolección de frutos y yerbas.

El grupo *B* comprende aquellos pueblos que activan la producción, cultivando la Naturaleza mediante alguno de los métodos

más fundamentales (desarrollo de la gran caza, ganadería, agricultura).

Finalmente, el grupo *C* consta de ciclos culturales formados por mezclas o combinaciones de los del grupo *B* entre sí o con alguno de los del grupo *A*.

Perspectivas cronológicas.—El cuadro de conjunto de los ciclos primitivos desparramados por la Tierra sugiere un problema de alto interés, que puede enunciarse así: ¿cuál es la edad relativa de estas grandes unidades culturales?

Para contestar a esta pregunta es necesario leer e interpretar el mapa, realizar una delicada labor estratigráfica. En esta tarea podréis utilizar los diversos criterios de sucesión cronológica ya descriptos.

Así, los pueblos del grupo *A* representan la más antigua etapa cultural que conocemos. De esto os convencerán los datos que apuntamos a continuación.

En tales pueblos no hay pastoreo o ganadería, como en los otros; ni agricultura, ni cerámica, ni industrias textiles, ni formas sociales de alguna complejidad (por ejemplo: totemismo de grupo, gran familia patriarcal, sucesión materna). Sus industrias y artes (construcciones, utensilios, armas, ornamentación) muestran una gran simplicidad.

Todo esto demuestra la mayor antigüedad de la cultura del grupo *A*, según el *criterio de presuposición*.

Además, estos pueblos se hallan diseminados en comarcas poco accesibles; sus estratos culturales afloran sólo en regiones extremas de los continentes, en islas lejanas y en montañas y bosques apartados de todo comercio con los demás pueblos, y su área de difusión por el mundo se halla dislocada y, en parte, recubierta por aportaciones sedimentarias de otras civilizaciones. También esto prueba su mayor antigüedad, según los *criterios de cruzamiento, difusión y englobamiento*.

Por otra parte, en las vastas regiones que ocupan, no aparecen vestigios de civilizaciones pretéritas más elevadas. Todo lo cual revela que no se trata de pueblos degradados que hayan

llegado al estado actual por un proceso de depauperación, sino que se han conservado en un estadio cultural primitivo.

Las culturas del grupo *B* son, a su vez, más antiguas que las del grupo *C*. Todas pertenecen a pueblos *productores*; pero las del grupo *C* son, como ya lo hemos indicado arriba, resultado de diversas combinaciones de culturas *B* entre sí o con las del grupo *A*, y, por lo tanto, son también más recientes.

Así, pues, el grupo *A* es el más antiguo, y por eso los cuatro tipos de cultura en él comprendidos, se llaman *ciclos culturales arcaicos*. Tales son: *el ciclo central*, *el ciclo austral*, *el ciclo ártico* y *el ciclo de bumerang*.

Los del grupo *B* siguen en antigüedad a los anteriores, y se denominan *ciclos culturales primarios*. Son tres: *el patriarcal nómada*, *el patriarcal totemista* y *el matriarcal*.

Finalmente, los del grupo *C*, los más recientes, se llaman *ciclos culturales secundarios*. Son cuatro, a saber: 1) *cultura mixta de los ciclos totemista y matriarcal*; 2) *cultura mixta del ciclo patriarcal nómada con el matriarcal*; 3) *fusión de los ciclos totemista y patriarcal nómada*; 4) *mezcla de los tres ciclos primarios*.

* * *

Ya tenéis, pues, clasificados y ordenados cronológicamente los grupos de culturas primitivas.

Más difícil es establecer un orden cronológico entre los ciclos de un mismo grupo. Fijáos en los cuatro que integran el grupo arcaico.

En primer lugar, es preciso localizarlos, señalando en el mapa sus respectivas áreas de difusión (Mapa II).

El *ciclo central* está representado por los pigmeos, tales como los negrillos del centro de Africa, los andamaneses, los semang de Malaca y los negritos de Filipinas, y por los pigmoideos asiáticos, como los wedas de Ceylan, los senois de Malaca y los toalas de Célebes.

Al *ciclo austral* pertenecen los tasmanios (ya extinguidos), los kurnais de Chepara, los foguinos de América y los bosquimanos del sur de Africa.

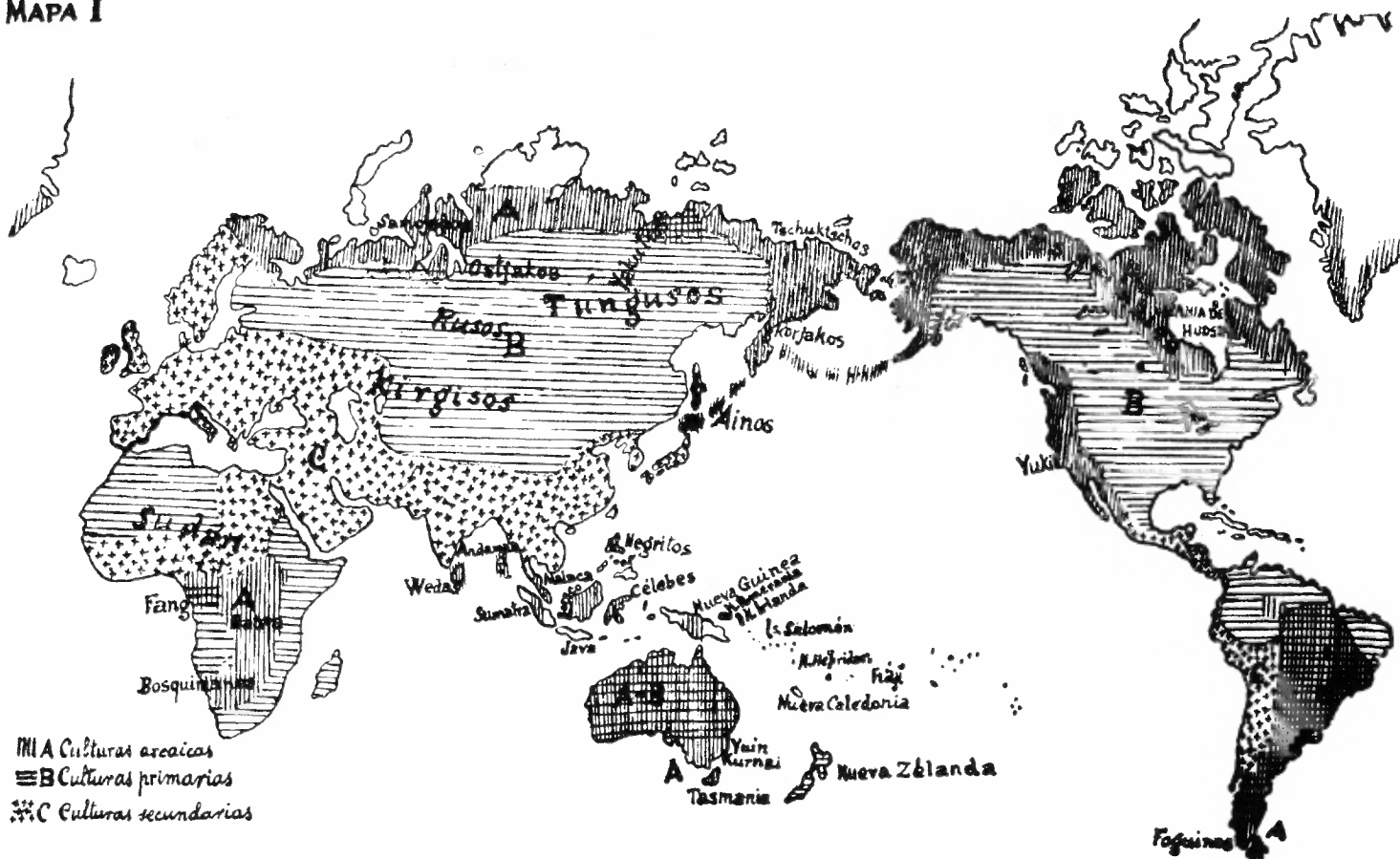
El *ciclo ártico* abarca las poblaciones primitivas del N. y NE. de Asia, como los samoyedos, los ainos y los koriakos, y las de los esquimales—caribou del oeste de la bahía de Hudson, las tribus hoka, penuti y yuki de la California Central y algunas otras de algonquinos.

El *ciclo de bumerang* (1) comprende los estratos culturales antiguos de gran parte del continente australiano, sur de Africa, Sudán meridional, Alto Nilo y California.

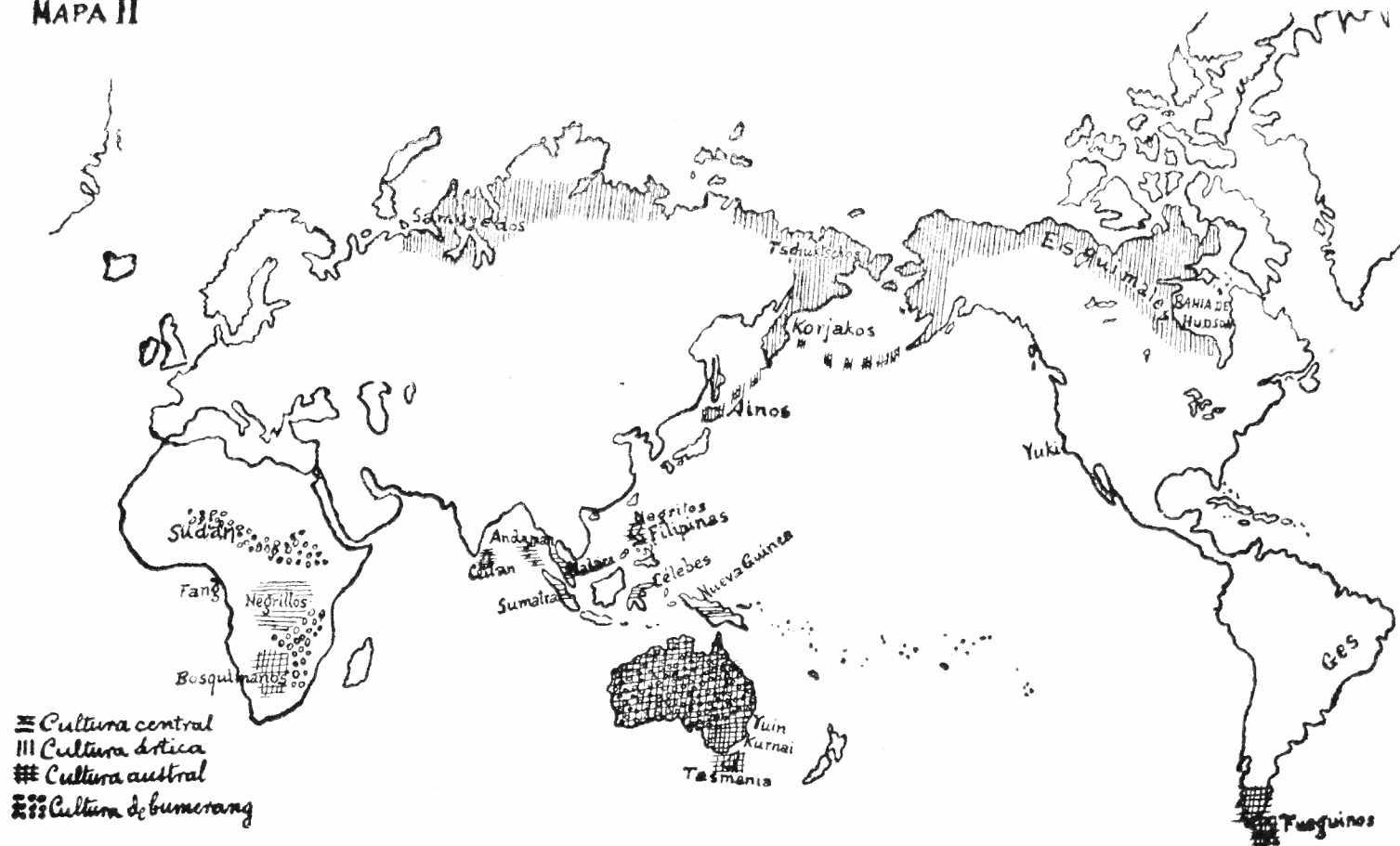
El más antiguo de estos cuatro ciclos es el *central* o de los pigmeos. Desde luego es anterior al *ciclo austral*, con el cual concuerda en algunas cosas y discuerda en otras. Todo elemento cultural existente entre los pigmeos se halla representado en la *cultura austral*; pero no viceversa. Así, la circuncisión, la extracción de los dientes, perforación de la nariz o de los labios, que evidentemente son invenciones posteriores a los primeros hombres, no existen entre los pigmeos; pero sí en la mayor parte de los pueblos del *ciclo austral*. El método más antiguo para encender el fuego, que es el de los tasmanios (2), se halla en vigor en algunos pueblos pigmeos (los semangs de Asia y los batwas de Africa), mientras que en otros, como los andamaneses, no es conocido el fuego. El hombre del *ciclo austral* emplea instrumentos de piedra, y el del *central* los fabrica sólo de madera y hueso que son materias más fáciles de labrar. Aquél usa lanza, maza y escudo, mientras que éste los ignora. El primero conoce instrumentos músicos y artes plásticas; mas no el segundo. El totemismo individual, apenas esbozado entre los pigmeos andamaneses, se halla muy generalizado, juntamente con el totemismo sexual, en los pueblos de la *cultura austral*. Determinadas prácticas funerarias (banquetes fúnebres con carne del difunto, ritos mágicos para hallar al asesino, etc.) muy usuales entre los paleo-australianos, no existen entre los pigmeos. Todo esto nos de-

(1) W. Schmidt pone en duda la existencia de esta cultura como ciclo puro e independiente.

(2) Consiste en ejercer fricciones con la punta de un palo en un surco longitudinal abierto en un trozo de madera.



MAPA II



muestra que muchos de los elementos que los pigmeos conservan y practican en su forma natural y obvia, aparecen transformados en el *ciclo austral*; pero no *viceversa*. Lo cual significa que la *cultura central* representa una etapa anterior a la *cultura austral* (1).

El *ciclo austral* es también más antiguo que el *ártico*, cuyos elementos, de carácter muy primitivo, aparecen estrechamente relacionados con el clima y transformados por él, así como también desarticulados y fuertemente contaminados por instituciones totémicas y matriarcales más jóvenes correspondientes a los *ciclos primarios* (2).

Finalmente el *ciclo de bumerang* que, en las regiones donde establece contacto con los anteriores, ocupa las comarcas mejor comunicadas, más accesibles, debe ser considerado, por esto mismo, como el más reciente de los cuatro.

(1) Fr. Graebner puso en tela de juicio la antigüedad del *ciclo central*, y aún sostuvo que éste no merece ser considerado como ciclo cultural independiente. Mas hoy, después de las investigaciones y estudios de la escuela de Viena, parecen menos fundados los temores y los reparos de Graebner.

(2) W. Schmidt: *Der Ursprung der Gottesidee*, III, p. 333 (Münster i. W., 1931).

V

CICLO DE CULTURA CENTRAL

Se ha designado este ciclo con el calificativo geográfico «central», porque los pueblos pigmeos y pigmoides que están comprendidos en él ocupan las regiones centrales del globo terráqueo. Siendo de los más antiguos, si no el más antiguo de todos los que hoy conoce la Etnología, tiene especial importancia en el estudio de las primeras formas y elementos de la cultura humana. Por eso habéis de fijaros en su descripción, más detenidamente que en la de otros ciclos.

Vida económica.—El aspecto económico de la vida se halla determinado y perfilado por la necesidad que siente el hombre de alimentarse, por las condiciones del suelo y del clima y por el grado de cultura. La economía representa una de las actividades con la que el hombre, usando de medios intencionadamente adoptados por él, persigue la conservación de su vida corporal. La economía es condición necesaria, imprescindible, de la existencia del hombre, e influye, por lo mismo, en los restantes elementos de cultura. Y esto tanto más, cuanto más sencillo y rudimentario sea el sistema económico; pues en este caso la necesidad de vivir atrae más imperiosamente hacia su campo todas las energías humanas.

Es obvio que el primer sistema económico fuese apropiante,

es decir, que los hombres se proveyesen de alimentos mediante la caza, la pesca y la recolección de frutas y yerbas. Y este sistema es precisamente el que caracteriza el ciclo central y aun todos los ciclos arcaicos. El hombre de estas etapas no es productor, no conoce el pastoreo (1), ni la agricultura: es simplemente recolector y consumidor.

Y esta su actividad económica no se halla orientada por la magia u otra superstición, y, por lo mismo, no puede atribuirse a estos elementos irracionales el origen de tal actuación.

El hombre se dedica a la caza, y la mujer a la recolección de plantas silvestres, raíces y frutas. Esta forma de división del trabajo es la más antigua que conocemos. El hombre y la mujer completan de consuno la alimentación integral (animal y vegetal) necesaria para conservar la vida. De esta suerte la familia (marido, mujer e hijos) forma una unidad económica: ella consume lo que ella recoge (2).

No es, pues, el trabajo una carga exclusivamente encomendada a la mujer, contra lo previsto por la teoría evolucionista; porque existe, como ya se ha dicho, una división del trabajo muy apropiada a las aptitudes particulares de ambos sexos. Entre los andamaneses las ocupaciones del hombre, según Man, son las siguientes: la caza, la pesca, captura de tortugas, recolección de la miel, construcción de chozas mayores, fabricación de arcos y flechas y demás utensilios; ayudar a la mujer en el cuidado de los niños y vigilancia del fuego, procurar las materias necesarias para el gobierno de la casa, exceptuando la leña y el agua cuyo cuidado sólo en casos perentorios le compete. A la mujer corres-

(1) Como único animal doméstico aparece el perro. Sin embargo, no lo conocen todos los pueblos comprendidos en este ciclo (por ejemplo, los *semang*, como puede verse en un artículo reciente del Dr. A. Legendre: *L'évolution humaine et le Négrito de Malaisie* en *LA NATURE*, n.º 2899, p. 152). Por varios indicios se ha llegado a la conclusión de que el perro fué domesticado primeramente en un ciclo más avanzado y más reciente, es decir, en el *ciclo de bumerang*.

(2) W. Koppers: *Die Anfänge des menschlichen Gemeinschaftslebens*, p. 70.

ponden, además de la crianza de los niños, la recolección de ciertos alimentos vegetales, preparación de las comidas, provisión de agua, cuidado del fuego, erección de chozas menores, confección de utensilios caseros y de adornos personales.

* * *

El carácter apropiante o recolector que distingue a la economía arcaica hace que el número de miembros de un grupo no pueda ser muy grande. No permiten otra cosa los medios de vida que ofrece espontáneamente la Naturaleza. Según informes, el número de individuos de un grupo rara vez llega a los 100.

Este sistema económico exige una vida nómada. El grupo agota presto los víveres que halla en un territorio, y se ve precisado a trasladarse a otra parte. Sólo puede observarse una relativamente mayor estabilidad en algunos pueblos (vedas de Ceilan y andamaneses, por ejemplo) que ocupan regiones más ricas.

El género de vida y el método de producción de este ciclo no se prestan al ahorro y a la acumulación de provisiones. Con todo, los andamaneses conservan en cajas de bambú carne medio cocida de puerco y de tortuga u otros alimentos. También los vedas conocen un modo de conservar carne ahumada, según lo afirman Sarasin y Seligmann. Diversos grupos de vedas hacen provisiones de miel en los años en que ésta abunda (1).

No se conocen bebidas espirituosas, las cuales aparecen más tarde en el ciclo matriarcal agrícola.

* * *

El fuego es conocido y utilizado en todos los pueblos primitivos, aun en los arcaicos. Todos emplean uno o varios procedimientos de encenderlo, excepto los andamaneses que no conocen ninguno y se ven precisados a conservar perpetuamente tizones

(1) W. Koppers: *op. cit.*, p. 72.

ardientes (1). Los métodos usuales en la producción de la lumbre son tres: 1.º mediante rápida *rotación* de un palo afilado y duro sobre un trozo de madera más blanda; 2.º mediante *aserramiento* de una madera con un palo de bambú o de otra especie; 3.º mediante *fricción* horizontal ejercida con la punta de un palo en la ranura longitudinal de una madera. (Fig. 60). Los dos primeros métodos son empleados entre los australianos. Pero el sector más



Fig. 60.—Métodos de producir fuego: *a*, por fricción; *b*, por aserramiento; *c*, por rotación.

antiguo de la cultura paleoaustraliana, representado por los tasmánicos, usaba, además, el tercero; por lo que éste ha sido considerado como el medio más antiguo de obtener el fuego. Y precisamente éste es el procedimiento que entre los pigmeos aparece como el más típico, a juzgar por su difusión en regiones muy apartadas, es decir, entre los semang de Asia y los batwa de Africa (2).

* * *

El nomadismo primitivo con el sistema económico de recolección, no permite pensar en casas de gran solidez y estabilidad. Pero también allá, cuando la abundancia de víveres permite un género de vida más sedentaria, como ocurre con los andamaneses, las habitaciones son de más sólida construcción.

(1) W. Schmidt: *Der Ursprung der Gottesidee*, III, p. 12. Münster i. W., 1931.

(2) W. Schmidt: *Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschichte des Menschen*, págs. 62-67. Stuttgart, 1910.

ardientes (1). Los métodos usuales en la producción de la lumbre son tres: 1.º mediante rápida *rotación* de un palo afilado y duro sobre un trozo de madera más blanda; 2.º mediante *aserramiento* de una madera con un palo de bambú o de otra especie; 3.º mediante *fricción* horizontal ejercida con la punta de un palo en la ranura longitudinal de una madera. (Fig. 60). Los dos primeros métodos son empleados entre los australianos. Pero el sector más

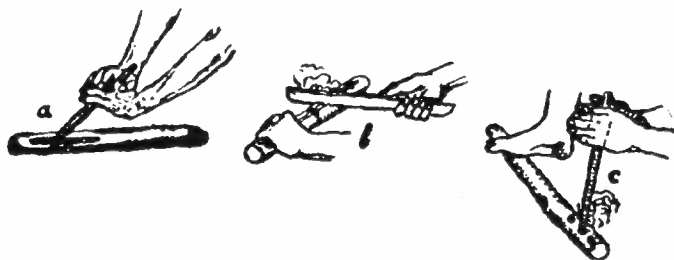


Fig. 60.—Métodos de producir fuego: *a*, por fricción; *b*, por aserramiento; *c*, por rotación.

antiguo de la cultura paleoaustraliana, representado por los tasmanios, usaba, además, el tercero; por lo que éste ha sido considerado como el medio más antiguo de obtener el fuego. Y precisamente éste es el procedimiento que entre los pigmeos aparece como el más típico, a juzgar por su difusión en regiones muy apartadas, es decir, entre los semang de Asia y los batwa de Africa (2).

* * *

El nomadismo primitivo con el sistema económico de recolección, no permite pensar en casas de gran solidez y estabilidad. Pero también allá, cuando la abundancia de víveres permite un género de vida más sedentaria, como ocurre con los andamaneses, las habitaciones son de más sólida construcción.

(1) W. Schmidt: *Der Ursprung der Gottesidee*, III, p. 12. Münster i. W., 1931.

(2) W. Schmidt: *Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschichte des Menschen*, págs. 62-67. Stuttgart, 1910.



Fig. 61.—Abrigo o mampara de los andamaneses.



Fig. 62.—Negrito disparando el arco.

madera, del hueso y de las conchas de mariscos, como materiales, en la confección de útiles y armas, y por la ausencia de instrumentos de piedra. Con razón, pues, diremos que el ciclo central es prepaleolítico y que corresponde a una edad de la madera y del hueso. (Fig. 63).

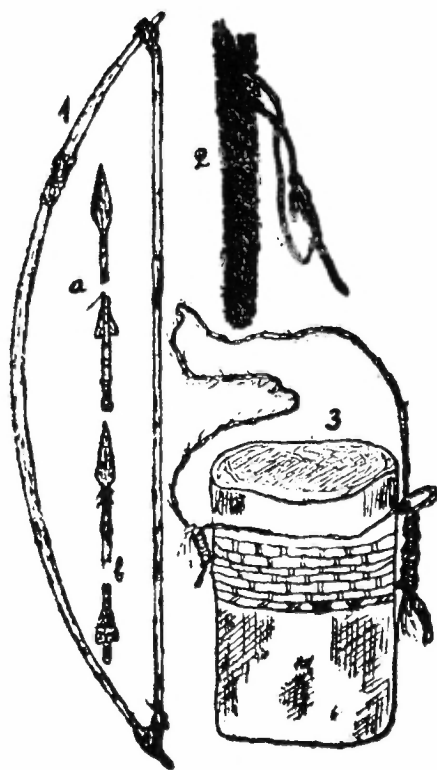


Fig. 63.—Armas y utensilios de los pigmeos: 1, arco y flechas (a y b); 2, aljaba; 3, recipiente para la miel (según Koppers).

No existe una industria profesionalmente diferenciada en los pueblos. Por regla general es uno mismo el artífice de los objetos de su uso.

* * *

El comercio en los pueblos de la cultura central es de permuta o trueque de géneros. Así, entre los andamaneses las tribus del

interior practican corrientemente cambios con las tribus de la costa, cambios verdaderos, de naturaleza comercial, utilitaria. Al lado del cambio existen la donación y la prestación a título puramente gratuito (1).

Este comercio adquiere a veces forma particular, cuando el primitivo lo ejerce con otros pueblos de cultura superior. Entonces los cambios se operan de forma muda y secreta: una parte coloca su mercancía en determinado lugar donde deberá ser depositado su correspondiente valor en especie por la otra parte, sin que las personas que intervienen en la operación se vean ni se hablen. Este singular procedimiento no tiene otra explicación que el temor que el primitivo experimenta al encontrarse con hombres de cultura más elevada.

Las primeras formas de la propiedad.—En lo que respecta a la provisión de alimentos y al uso de vituallas, existe comunismo familiar. Cuanto más pura y exclusivamente recolector sea un pueblo tanto más claro aparece el carácter familiar de su régimen de producción y de consumo. La familia, pues, constituye una unidad social y económica: lo que producen el marido y la mujer, es consumido por estos mismos juntamente con sus hijos. Así lo asegura de los andamaneses su mejor investigador Man. De los vedas testimonian lo mismo Sarasin y Seligmann, y de los senoi el antropólogo R. Martín.

Los objetos de la cultura material (utensilios, armas, prendas de vestir, adornos, etc.) que nunca faltan, aun en los pueblos más primitivos, son de derecho privado personal y familiar. Las cosas que individualmente se usan, como las armas de caza, se poseen también individualmente. Y sus modos de adquisición son la fabricación, la donación, la permuta y la herencia.

La casa o habitación suele ser de propiedad familiar. Y allá donde varias familias ocupan una misma morada, como ocurre a veces entre los vedas cuando un grupo de familias se aposenta

(1) Olivier Leroy: *Essai d'introduction critique a l'étude de l'économie primitive*, p. 93. París, 1925.

en una misma cueva o abrigo rupestre en época de lluvias, cada familia posee su hogar y su emplazamiento, el cual le pertenece en propiedad. Ciertos medios de producción pasan a ser permanentemente propiedad de quien los ha descubierto. Así, entre los vedas una colmena de abejas pertenece en propiedad a quien primero la haya descubierto y señalado con una marca. «El kurnai que haya encontrado un nido de cisne, se lo puede reservar, y a él sólo compete recoger en adelante los huevos» (1). Lo mismo debe decirse de los árboles frutales una vez marcados.

El comercio practicado universalmente por los individuos de los pueblos primitivos revela también la existencia de la propiedad privada cuando menos de los bienes muebles. Otra señal del concepto que el primitivo tiene de la propiedad y del derecho, es el respeto al bien ajeno. Según Man, entre los andamaneses ninguno usa cosa que pertenezca al amigo o al vecino. Alto concepto tienen de lo *mío* y de lo *tuyo* los senois de Malaca, según Skeat, los cuales reciben de prestado cosas, pero no las roban. Refiere Sarasin que un veda, preguntado qué se le hace a uno que roba, contestó: *tal cosa no ocurre, un veda no roba*.

El suelo no es de propiedad individual ni familiar, sino comunal o del grupo. Dos, tres o más familias gozan, en común, de un determinado territorio. En este sentido nos informan de los pueblos de sus respectivas especialidades los investigadores arriba citados Sres. Man, Sarasin, Seligmann, Skeat y Martín.

El grupo de familias que constituyen una comunidad, es más o menos numeroso según las condiciones de vida de la localidad. Así, los grupos son mayores en Andaman que en Tasmania, porque en aquella isla las condiciones de vida son más favorables que en ésta.

En muchos casos cada grupo posee en común un territorio de caza de dimensiones fijas, cuyos límites, custodiados a veces por centinelas o señalados con siluetas de arqueros grabadas en los

(1) W. Koppers: *Op cit.* p. 93.

árboles, como ocurre entre los vedas, no pueden ser franqueados sin permiso por los extranjeros.

Existen, pues, en los pueblos primitivos las dos formas de la propiedad: común e individual. La última aparece como la manifestación directa y espontánea de la personalidad humana; no como una concesión del Estado, cuya existencia y actuación se hallan poco acusadas, sino como resultado y concreción de las actividades humanas, cuyo ejercicio tiene, ante todo, una función individual. Pero también en todas partes, como observa Olivier Leroy (*Op. cit.*, p. 46), esta soberanía individual se limita y se aminora al contacto con las necesidades del grupo (familia, clan, tribu). El Estado es propietario del suelo, pero de un suelo no cultivado, donde las familias se proveen de alimentos mediante la caza y la recolección de frutas y yerbas. A él, por lo tanto, compete la reglamentación y determinación del terreno de caza y recolección. Interviene también el Estado en la propiedad privada, principalmente cuando las familias solas o aisladas no se bastan, y, de un modo particular, cuando se trata de recordar a sus miembros las obligaciones que imponen la convivencia y la asistencia social en ciertos casos. Así, después de una cacería común que frecuentemente suelen organizar los andamaneses, el cazador que sea padre de familia puede llevar a su casa lo que le corresponde; pero lo capturado por los solteros en tales circunstancias debe ser repartido entre los enfermos e inválidos por mediación de los ancianos del grupo.

En resumen: la propiedad privada es respetada por el Estado primitivo; pero se halla ética y socialmente limitada, y la autoridad del grupo interviene en ella cuando el bien común así lo exige.

El sistema económico y la estructura social primitiva excluyen toda acumulación de bienes materiales en manos de pocos. No hay, pues, ricos y pobres, ni explotación del hombre por el hombre.

Familia.—Ya en 1917 confesaba W. Wundt que apenas ha habido en el campo de la historia de la vida social humana un

descubrimiento que de modo tan sorprendente y al mismo tiempo tan convincente haya desbaratado las teorías hasta hoy ampliamente extendidas acerca de los orígenes de la sociedad doméstica como la determinación de la monogamia del hombre primitivo (1). En efecto, la familia individual monógama es una de las características de los pueblos del ciclo central. Hay completa libertad para ambos sexos en la elección de cónyuge, y es, por lo tanto, la simpatía la que decide. De los Watwa de Urundi dice P. V. de Burget: «La esposa no es comprada ni vendida. Las muchachas se casan libremente con aquel que les agrada». Y esta libertad y simpatía que presiden el pacto matrimonial, contribuyen indudablemente a la conservación de la monogamia.

En general, existe la exogamia local, es decir, los contrayentes han de ser de sitios o cotos diferentes.

P. y F. Sarasin dicen de los vedas: «el matrimonio entre los vedas es una monogamia que dura hasta la muerte de uno de los cónyuges. La infidelidad es rara y acarrea, en general, graves consecuencias al rival del marido» (2). Lo mismo dice de los senoi y semang de Malaca Rodolfo Martín. W. W. Skeat escribe así: «una vez casados, todos los semang de ambos sexos mantienen fidelidad mutua, y los casos de infidelidad son raros». De un modo parecido se conducen, según P. Sarasin, los toala de Célebes. Y lo mismo afirman de los negritos de Filipinas y de los andamaneses los investigadores Schadenberg y Man respectivamente (3).

La mitología de los pueblos arcaicos que hace remontar el origen de éstos a una sola pareja humana, revela hasta qué punto la concepción monogámica de la familia ha penetrado la mentalidad y las costumbres primitivas (4).

(1) *Völkerpsychologie*, VII, p. 203. Leipzig, 1917.

(2) *Die Weddas auf Ceylon*, 1896, p. 864, cit. por W. Wundt, *op. cit.*, p. 204-205.

(3) W. Wundt: *Op. cit.*, p. 205.

(4) W. Koppers: *La famille chez les peuples primitifs* (en *Internationale Woche für Religions-Ethnologie*), p. 126, París, 1931.

Los testimonios que acabamos de aducir demuestran otro de los caracteres de la familia primitiva: la fijeza. De los pigmeos andamaneses dice Man: «el contrato matrimonial está tan lejos de ser un convenio pasajero, que la desigualdad de temperamentos u otra causa no puede romper la unión, y mientras la bigamia, la poligamia y el divorcio son desconocidos, la fidelidad conyugal hasta la muerte no es excepción sino regla».

De los semang escribe Schebesta: «el adulterio es considerado entre los semang como un crimen, y en otro tiempo era castigado con la muerte» (1).

La escuela evolucionista supuso que la mujer primitiva era una verdadera esclava del hombre, condenada a los trabajos más penosos, etc. Pero lo que llevamos dicho acerca de la familia primitiva (libertad en la elección de cónyuge, monogamia, fijeza o estabilidad del matrimonio) permite suponer lo contrario, y así lo demuestran los hechos. Seligmann escribe de los vedas lo siguiente: «en todos los casos las mujeres son tratadas como de igual condición que los hombres; comen iguales alimentos que los hombres; cuando regalábamos comestibles a los hombres, éstos daban su parte a las mujeres y a los niños». Entre los andamaneses los hombres tratan a las mujeres con tanta consideración que, como dice Man, a ciertas clases y círculos de Europa bien podrían servirles de modelo.

En el mismo sentido se expresa Paul Schebesta al hablar de los semang (2).

El sistema económico y la división del trabajo, tal como se practican en los pueblos de culturas arcaicas, contribuyen a conservar la posición igualitaria del hombre y de la mujer, puesto que, dedicándose cada uno a su especialidad, ambos de consuno logran satisfacer las exigencias económicas normales de la vida.

El complemento natural de la familia es el niño. Aun en los pueblos donde se tolera cierta libertad antes de casarse se consi-

(1) *Gesellschaft und Familie bei den Semang auf Malakka* (en *Anthropos*, XXIII, 1928, p. 245).

(2) *Op. cit.*, p. 237.

dera concluso el matrimonio en cuanto hay sucesión. Tal ocurre entre los andamaneses. Está en la conciencia del primitivo que no ha de ver la luz del mundo ningún niño cuya existencia y crianza no tengan apoyo en un matrimonio. Esto revela el gran aprecio que hacen de los niños los hombres del ciclo central. Seligmann escribe, a este propósito: «los vedas son padres tiernos e indulgentes; nada niegan a un niño y le dan siempre lo mejor». En ningún pueblo de este ciclo se practican el aborto y el infanticidio.

El cariño y la cuidadosa diligencia que ponen los padres en la educación de sus hijos es correspondido por éstos. La insumisión y el parricidio son cosas desconocidas. De los negritos de Filipinas dice A. B. Meyer: «en cuanto las personas ancianas no puedan ya procurarse su propio sustento, son alimentadas por sus familiares». Los niños reciben la instrucción y la educación en sus respectivas familias, tanto en materia moral y religiosa como en la de trabajos ordinarios de caza, etc. Los vedas, por ejemplo, dan una instrucción sistemática a los muchachos para la caza y recolección de la miel, y a las muchachas para el aprovechamiento de vegetales comestibles.

La familia primitiva se halla establecida sobre bases religiosas. Así, entre los semang el uso del matrimonio está sometido a normas ético-religiosas, según asegura Paul Schebesta, y cualquier violación o abuso de este género es pecado contra *Karei* o Dios supremo (1).

Estado.—En todos los pueblos del ciclo central existe alguna forma de Estado o andamiaje gubernamental, si bien rudimentario. Una familia no vive aislada, sino asociada con otras. El gran historiador de la antigüedad, Eduardo Meyer, aboga por la absoluta universalidad del Estado en la colectividad humana (2). Entre los andamaneses, por ejemplo, un típico grupo social consta de

(1) *Op. cit.*, p. 245-246.

(2) *Geschichte des Altertums* (1907), I, *erste Hälfte*, 10-12 (citado por Robert H. Lowie: *The origin of the State*, p. 2. New York, 1927).

unas diez familias. No hay en él un sistema de gobierno organizado; pero ciertos asuntos comunes son administrados por los ancianos, a quienes los demás guardan marcado respeto. En cada grupo local hay ordinariamente algún hombre que, con su influencia, puede manejar a los otros, ejerciendo su jefatura y autoridad, no en virtud de un cargo oficialmente consagrado, sino por solo su prestigio personal. Es, pues, insignificante, en cuanto al número de miembros y a la localidad, la unidad política primitiva. No hay instituciones políticas oficiales, sino jefes que ejercen mera autoridad personal. Sin embargo, dentro del grupo mantiene una estructura muy coherente mediante la común aceptación de ciertas normas cuya violación provocaría repulsa general (1).

Al frente del Estado primitivo, dice W. Koppers, suele haber, por lo general, un jefe libremente elegido, el cual, en el desempeño de su cargo, consulta y recaba el consejo de los más ancianos del grupo. Aunque la jefatura no es generalmente hereditaria, a la muerte del jefe suele ser preferido para sucederle su hijo o su hermano, siempre que éstos posean las condiciones necesarias de edad, bondad, generosidad, liberalidad, oratoria y, en ciertos casos, aptitudes guerreras. No hay, pues, más gradación social y política, y, por lo tanto, predomina el espíritu democrático. El mismo sistema económico propio de este ciclo y la consiguiente vida nómada no permiten acaparamientos de grandes bienes sobre los cuales pudiera organizarse un tipo de comunidad donde el privilegio y la distinción de clases fuesen los ejes de la vida social y política. Todos son igualmente ricos e igualmente pobres. Este estado de cosas mantiene a los hombres en igualdad democrática, y sofoca todo brote de ambición y de otros desórdenes pasionales. Y es esto ciertamente una gran ventaja; pero también es verdad que no permite elevarse a un alto grado de desarrollo cultural.

La función más destacada del Estado en el ciclo central es la de organizar las ceremonias de iniciación. En Andamán los jóve-

(1) Robert H. Lowie: *The origin of the State*, p. 4-6. New York, 1927.

nes de ambos sexos se hallan sometidos a tales ceremonias durante varios años a partir de los once o trece de su edad. En ese tiempo se les impone sucesivamente la obligación de abstenerse de ciertos manjares sabrosos, como carne de puerco, de tortuga, miel, etc., abstinencia que para cada alimento dura próximamente un año. Al cabo del año se levanta esta prohibición con algunas ceremonias como éstas: el candidato come en absoluto silencio el manjar que corresponde, y el jefe del Estado deja gotear grasa o miel sobre su cuerpo y le frota con él; el candidato permanece en silencio un par de días; después es adornado por sus parientes o amigos y empieza una danza que dura hasta el agotamiento; al cabo de un par de días más termina la fiesta. Y al año siguiente se practica de modo análogo otra abstinencia con sus correspondientes ceremonias. Se observan iguales ritos en la iniciación de las muchachas; pero su duración es mayor. Ellas, además, después de la observancia del primer ayuno, agregan a su nombre propio el de una de las flores que entonces adornan los campos y lo usan hasta que se casan y llegan a ser madres. Como dice E. H. Man, estos sacrificios son para probar la perseverancia y abnegación del joven, y proporcionan el certificado de su capacidad para sustentar una familia (1).

Como se ve, el fin de estas ceremonias, cuya organización constituye la función más importante del Estado, no es un inmediato crecimiento y prosperidad de éste, sino el bienestar de las familias. Así, pues, el Estado primitivo desempeña un papel supletorio, es decir, realiza aquellas funciones que el bien de las familias exige, pero que éstas aisladamente no pueden ejecutar.

No existe aquel egoísmo feroz que algunos han supuesto en los pueblos primitivos, sino un altruismo y humanidad que culminan en el ejercicio de la asistencia social. Por eso suelen ser objeto de cuidados especiales los enfermos y los débiles, las viudas, los huérfanos, los ancianos y los inválidos. El investigador

(1) Dr. Robert Heine-Geldern: *Südostasien* (en *Illustrierte Völkerkunde*, II, p. 772. Stuttgart, 1923); W. Schmidt: *Völker und Kulturen*, p. 180-181. Ratisbona, 1924.

Man celebra con elogio los cuidados y miramientos de toda clase con que los andamaneses atienden a los débiles y ancianos. De los senoi de Malaca dice el investigador Rodolfo Martín en su obra *Die Inlandstämme der Malaiischen Halbinsel*: «la probidad y la bondad de corazón son el fundamento de su carácter. Cuanto más se familiarice uno con ellos, los encuentra más joviales, contentos y amigables... Este su modo de ser alegre y amigable hace a un europeo la vida agradable entre ellos. Sin vacilación parten con él sus alimentos» (1).

Los pigmeos y pigmoides son, en general, pacíficos. La carencia de armas de guerra características, como mazas, lanzas, escudos, revela que estos pueblos no han desarrollado el arte de la guerra. Los etnógrafos Hale, Campbell y Skeat aseguran que entre los senoi la guerra es desconocida. Análogo a éste es el juicio que Reed emite de los negritos de Filipinas.

Lenguaje.—Casi todos los pueblos comprendidos en el ciclo central hablan idiomas de otras tribus vecinas de cultura superior, lo cual parece revelar que han perdido su primitivo lenguaje. Nada de particular hay en este hecho, si se tiene en cuenta que ellos viven en grupos poco numerosos y, por lo mismo, menos aptos para resistir la invasión de lenguas extrañas.

Existe, sin embargo, un pueblo—el de los andamaneses—, que posee lengua propia (2). No es ésta de sencilla estructura y pobre, como podría suponer alguno tratándose de una forma de expresión de un pueblo que ocupa el estrato cultural más profundo. Muy al contrario, el idioma andamanés posee un mecanismo extremadamente complicado de prefijos y sufijos que envuelven las raíces de las palabras. Crece la dificultad de su comprensión y de su empleo por el hecho de que las raíces de las pala-

(1) W. Koppers: *op. cit.*, p. 132.

(2) Los bosquimanos del centro de Africa hablan una lengua propia, perteneciente quizá al ciclo de los pigmeos. Sin embargo, aun cuando por diversos caracteres somáticos y culturales se acercan a este ciclo, es indudable que se apartan del mismo en no pocas cosas, por lo que constituyen un caso de transición entre la cultura central y la austral.

bras son omitidas frecuentemente, conservando únicamente los prefijos. Es cosa digna de notarse la ausencia del sonido *s* en sus voces. Sólo hay dos vocablos simples e independientes en la numeración, es decir, los correspondientes a «uno» y a «dos». Para expresar números mayores, por cada nueva unidad se eleva un dedo diciendo *anka* (=y esto). Para denotar el número «diez» se enseñan ambas manos mientras se dice *orduru* (=todos). El hecho de no contarse más que con los dedos de la mano en un pueblo tan primitivo parece abogar en favor de la prioridad del sistema decimal.

Arte.—Aunque en forma rudimentaria, no faltan manifestaciones de arte en los pueblos del ciclo central. Las que más desarrollo han alcanzado son aquellas cuyo órgano de expresión es el hombre mismo, y que en conjunto constituyen, como dice el P. W. Schmidt, una suerte de arte dramático en que se asocian, de un modo indiviso, la poesía y la música. En cambio, aquellas artes que requieren para su expresión objetos materiales extraños al hombre, como son las plásticas, apenas han hecho todavía su aparición en esta cultura.

Arte dramático.—Los etnógrafos que han estudiado la cultura de los pigmeos (sobre todo de los de Africa) celebran tanto las extraordinarias aptitudes de observación que éstos poseen para descubrir las propiedades características de los hombres, de los animales y de los fenómenos de la naturaleza como la fidelidad con que saben reproducirlas en sus danzas. Sin embargo, entre los pigmeos asiáticos no parece que existen danzas que representen costumbres de animales, sino simples evoluciones rítmicas. Pero los andamaneses cultivan un género o estilo narrativo extraordinariamente rico en representaciones pantomímicas, y los gerak-semang practican una danza pantomímica de carácter amorio.

Existe también un género de literatura oral en casi todas las tribus de este ciclo, y en particular de los andamaneses, de los semang y de los batwa sabemos que sus cantares se sujetan a determinado metro rítmico. Entre los andamaneses los cantares

suelen ser compuestos por individuos mejor dotados. Si obtienen éxito en el pueblo, pueden hacer célebre a su autor. Pero sólo éste los recita siempre, y ningún otro puede hacerlo aun en privado. La propiedad intelectual es por todos respetada.

Música.—De la música que acompaña las composiciones poéticas apenas conocemos nada característico. En cuanto a instrumentos musicales, si bien se hallan en uso en algunos pueblos pigmeos (el *inanga* o instrumento de cuerda de los watwa, la flauta nasal de los semang y la guitarra de los negritos), son considerados como importaciones de otros pueblos vecinos de culturas más recientes. No tienen, pues, los pigmeos y pigmoides instrumentos musicales propios. Tampoco usan ningún tambor ni ningún otro instrumento para marcar el ritmo. Sólo en pocas tribus se conocen ciertos métodos singulares para este fin. Así, entre los andamaneses el cantor marca el compás pisando con un pie una placa de resonancia, y los sion-semang golpean el extremo abierto de un ancho bastón de bambú con una hoja de palma, o también golpean un palo con otro. La zumbadera, tan extendida en el ciclo austral, no existe en el central.

Artes plásticas.—Entendemos por artes plásticas aquellas que emplean la materia como medio de expresión (arquitectura, escultura, dibujo, pintura). La cultura central carece de arquitectura como bella arte y de escultura. No se conocen la talla, ni el modelado. La pintura y el grabado aparecen en Andamán. Los usan sus habitantes para adornar sus propios cuerpos y los instrumentos y vasijas. Los dibujos no representan objetos naturales, sino simples figuras geométricas en forma de zig-zag, líneas paralelas, trazos puntiagudos, mallas, dados, etc., los cuales suelen ser reproducidos servilmente, siendo siempre las mismas para adornar cada objeto (cinturón, vasijas, arco, flecha, remo, etc.).

En este cuadro del arte central primitivo constituyen una excepción los bosquimanos y los semang. Los primeros, poseyendo una cultura de transición entre la central y la austral, han desarrollado un arte realista en sus pinturas y grabados rupestres semejante al de los capsianos prehistóricos de España, lo cual

se debe, al parecer, a su mezcla o contacto con pueblos de cultura totemista más reciente. Los semang dibujan sobre sus aljabas y peines numerosas figuras geométricas, cada una de las cuales posee una virtud particular contra alguna enfermedad u otro mal. Pero este género de ornamentación y su significado mágico han sido importados de una tribu vecina de los senoi, de carácter matriarcal, según lo ha demostrado Paul Schebesta (1).

Religión.—La existencia de la religión en todos y cada uno de los pueblos del ciclo central no puede ponerse en duda. La base de esta religión es el reconocimiento de un Ser Supremo cuyos nombres varían de unos grupos a otros. Así, unos le llaman «el que truena»; y otros, «Cielo», «Señor», «Nuestro Padre», etc. El nombre de *Padre* es el que se halla más extendido. Es considerado como omnipotente; y aunque en otro tiempo, según creencia muy general, convivió con los hombres, ahora no tiene en la Tierra ninguna morada determinada, sino que vive en el Cielo. No se le erigen templos ni se le dedica ninguna representación figurada. El existía antes que las demás cosas, y nunca tendrá fin. Su poder se extiende sobre todos los seres y personas. El conoce todo, aun los pecados de pensamiento: «nada hay que *Imana* ignore», dicen los watwa de Ruanda. Lo mismo dicen de *Puluga* (nombre del Ser Supremo) los andamaneses del Sur, y de *Kari* los semang. El Ser Supremo es bondadoso y compasivo con los hombres. Es considerado como creador del Universo y de la Tierra por los pigmeos andamaneses, semang, negritos y negrillos del Congo francés. El creó también la primera pareja humana o de la tribu, según creencia de muchos pueblos de esta cultura. Es moralmente bueno y legislador supremo y guardián de la moralidad. Su código moral prescribe generalmente la obediencia a los ancianos, la honradez, la compasión con los ancianos, enfermos y necesitados, condena el asesinato y la inmoralidad sexual (la fornicación, el adulterio, etc.). Premia a los buenos

(1) W. Schmidt: *Die Stellung der Pygmäenvölker...* p. 132-138; *Der Ursprung der Gottesidee*, III, p. 13 y 14.

y castiga a los malos en esta vida (con enfermedades) y en la otra. Existe, pues, un más allá que, según creencias de muchos pueblos arcaicos, no es igual para los buenos como para los malos.

Puluga o Ser Supremo es, según los andamaneses, como fuego, pero invisible (1). Primitivamente trataba con los hombres. Su morada actual está en el cielo. Su aliento son los vientos, el trueno su encono y el rayo es tizón que él arroja. Se enoja por las desobediencias de los hombres. El ha prohibido la mentira, el robo, el asesinato, el adulterio, la combustión de la cera con fines mágicos. No sólo castiga en esta vida, sino también en la otra, puesto que él es juez de quien cada alma recibe su sentencia después de la muerte. Es compasivo con los que sufren y están oprimidos y los ayuda frecuentemente. Es omnisciente y conoce los secretos del corazón. El no ha nacido y es inmortal. Por él fueron hechos el mundo y las cosas vivientes y no vivientes, excepto las fuerzas del espíritu malo. El primer hombre fué también hecho por él y se llamaba *Tömo*. Durante la primera mitad de la estación de lluvias, en que las frutas primerizas llegan a su sazón, los andamaneses se abstienen de comerlas, pues creen que comiéndolas—como lo hicieron los primeros hombres—provocarían un nuevo diluvio. Supónese que *Puluga* utiliza tales frutas para su alimentación. De donde se ve que una tal abstinencia tiene valor de sacrificio primicial (2).

Los nombres de *padre* y *creador* con que es designado el Ser Supremo, el relatar con simpatía los mitos que a él se refieren, y la obediencia a sus mandamientos, son otras tantas muestras de respeto y actos de reconocimiento y de veneración que constituyen ya una verdadera religión. Esta se hace más ostensible en aquellos actos que tienden a entablar entre el hombre y el Ser Supremo relaciones como de persona a persona. Tales son las oraciones de petición y agradecimiento y los sacrificios. No exis-

(1) También el Ser Supremo de los semang, *Kari*, es considerado como un soplo de fuego.

(2) W. Schmidt: *Die Stellung der Pygmäenvölker...*, p. 195-195.

ten fórmulas de oración consagradas por el uso; pero es indudable que existen oraciones espontáneas, ya que *Puluga*, por ejemplo, es omnipotente y compasivo. Según se refiere en un mito andamanés, el Sol y la Luna fueron hechos por *Puluga* a ruego de *Tómo*.

El sacrificio es en estos pueblos una *ofrenda primicial*. Tal significación tiene entre los andamaneses el reservar las frutas primerizas para *Puluga*, reconociendo a éste como supremo señor y dueño de todas las cosas.

Los negritos de Filipinas, al sacrificar un animal, sea para comerlo o sea para venderlo, córtanle un trocito de carne y lo ofrecen al Supremo Espíritu, arrojándolo al cielo, mientras dicen: «esto para tí». Análoga costumbre observan también después de una cacería.

Cuando los pigmeos Boni del Africa oriental matan un búfalo, colocan en el fuego un trozo de su carne, parte de la cual es para *Waka*, su ser supremo, y se consume luego, y la otra parte la comen el cazador y los suyos. Cuando alguno halla miel, no se apodera de ella mientras no haya lanzado hacia el cielo una pequeña parte. Cuando quiere beber vino de palmera, derrama primero un poco sobre la tierra. Mientras hacen estas operaciones, dicen las siguientes palabras: «*Waka*, tú me has dado este búfalo, esta miel, este vino. Ahí tienes tu parte. Dame fuerza y vida, y que nada malo suceda a mis niños».

Los pigmeos semang de Malaca practican un *sacrificio expiatorio*, en honor de su Ser Supremo *Kari*. Cuando oyen su voz, es decir, el trueno, se sangran en la rodilla con un cuchillo de bambú, y arrojan hacia el cielo una gota de sangre mezclada con agua, implorando perdón de sus faltas y aun confesando individualmente sus pecados cuando la tempestad arrecia o se prolonga mucho.

En todos los pueblos de la cultura central existe la idea de que en el hombre, además del cuerpo, hay otro elemento o factor. Así, los andamaneses reconocen en cada hombre la existencia de un alma que es precisamente la imagen—no la sombra—refle-

jada en cualquier espejo. Su color es rojo. También los semang orientales creen que cada hombre posee una alma, roja como la sangre. Tanto los andamaneses como los semang sostienen que las almas existen antes de unirse a los cuerpos para formar hombres.

En conformidad con este concepto que tienen del hombre, los pueblos del ciclo central entierran cuidadosamente a sus muertos.

Según E. H. Man, los andamaneses muestran profunda tristeza a la muerte de los suyos; los padres lloran largo rato con motivo del fallecimiento de sus hijos, y, en general, son conmovedoras las palabras de despedida que los circustantes dedican a los difuntos antes de enterrarlos. Se unta el cadáver con arcilla, y se le corta el cabello. Se doblan sus miembros, de suerte que las rodillas estén en contacto con el mentón y las manos con los hombros. Se le envuelve con grandes hojas y se le ata con cuerdas; pero, al enterrarlo, se le despoja de esta envoltura. Los niños son inhumados dentro de la cabaña, en el sitio del hogar; y los adultos, a cierta distancia, en un lugar oculto del bosque. El cadáver es colocado en la sepultura con la cara hacia oriente. Los parientes se alejan, por algunas semanas, tanto del lugar del fallecimiento como de la sepultura donde se cree que el espíritu del difunto anda rondando, y erigen una choza provisional en otro paraje. La madre deposita en la sepultura de su niño una vasija con leche de sus pechos; en la de un adulto se colocan una vasija con agua y algunos de sus objetos. Al cabo de unos meses vuelven a desenterrar los huesos, y con ellos fabrican cuentas de collar que se reparten entre los parientes. El duelo se acaba más tarde con una reunión de deudos en que se entonan cantos lúgubres y se baila una danza.

En todos los pueblos pigmeos existe la creencia en la vida de ultratumba, creencia que tiene carácter ético, puesto que la suerte de los buenos y de los malos no es idéntica, siendo feliz la de aquéllos y desgraciada la de éstos. El paraíso es eterno, sin fin; el infierno es limitado. El puente que enlaza esta vida con la otra es el arco-iris, según los andamaneses y los semang.

* * *

Lo dicho basta para concluir que el monoteísmo, expresado con rasgos tan destacados e inconfundibles en el ciclo central, es la forma religiosa más antigua que conocemos actualmente.

En cambio, no existe allí el *Fetichismo* que consiste en tributar culto religioso a objetos materiales. El *Fetichismo* aparece entre los negros de la Guinea superior (África occidental), en ciertas tribus de Polinesia, dravidas de la India anterior y algunas poblaciones ganaderas y agrícolas de América, como la de Pueblos. Todos estos grupos poseen culturas secundarias caracterizadas generalmente por el patriarcado libre.

El *Manismo* o culto de antepasados no es conocido en el ciclo central. Aun los primeros padres son representados en un estado de inferioridad y sumisión al Ser Supremo. Hasta el ciclo de bumerang, en que el padre de la tribu se confunde con el Ser Supremo, no aparece ningún antepasado con atributos de la divinidad.

El *Animismo*, es decir, la creencia de que todas las cosas se hallan animadas por espíritus, puede considerarse como inexistente en los ciclos arcaicos, principalmente en el primero. Y, por lo tanto, no puede ser tenido como origen de la religión y menos del monoteísmo. Muy al contrario, allá donde consiguió su máximo desarrollo—en el ciclo matriarcal agrícola—sofocó las creencias monoteístas, llegando a desvanecer muchas veces la idea del Ser Supremo.

Tampoco existe en la cultura central el *Totemismo*. Es éste una forma social que se basa en la creencia de que cada familia o clan (grupo de familias emparentadas) desciende o depende, en alguna manera, de una especie animal (o vegetal) llamada *totem*. Comprende, además, la prohibición de destruir o de comer el *totem*, y prescribe la *exogamia de clan*, según la cual los miembros de un clan sólo pueden contraer matrimonio con los de clan de diferente *totem*. El *Totemismo* llega al apogeo de su desenvolvimiento en el ciclo primario patriarcal de la gran caza, y con él se desarrollan la magia y la mitología solar, al mismo tiempo que se desdibujan los rasgos más importantes del primitivo Ser Supremo. Así, pues, la religión, que ya existía antes y que más

tarde recibió influencia perturbadora de parte del *Totemismo*, no pudo nacer de éste.

El *Magismo* es otra concepción particular del Universo que, según algunos etnólogos, caracterizó la mentalidad del hombre primitivo y precedió a toda religión en el mundo. Piensa el mago que las cosas *idealmente* asociadas a causa de sus semejanzas o de su contigüidad, se hallan también *realmente* enlazadas, de suerte que todo cambio que se opere en unas afecta fatalmente a las otras. Cree que, produciendo un simulacro de lluvia mediante la aspersión del aire con un poco de agua, logrará provocar una tempestad de lluvia; que castigará al enemigo, hiriendo su imagen o algún objeto que le haya pertenecido, o simplemente conjurando su nombre, etc. La mentalidad mágica adquiere su máxima expansión en los ciclos secundarios. Se halla representada menos intensamente en los primarios, junto con el totemismo patriarcal y el matriarcado agrícola, y mucho menos aún en los arcaicos. Según esto, el desenvolvimiento de la magia corresponde a la decadencia del monoteísmo primitivo, cuyos vestigios se hallan desfigurados en los ciclos primarios y casi desaparecen en los secundarios. No puede admitirse, por lo tanto, que la religión primitiva haya procedido de la magia; pues ésta apenas había sido todavía esbozada cuando el monoteísmo primitivo mostraba ya la plenitud de su desarrollo. El origen de la magia debe encontrarse, según King, en la contemplación de lo nuevo, de lo insólito que se impone a la atención, pero que no entra dentro del ámbito del poder y de los conocimientos actuales del hombre. Esta contemplación provoca la formación de asociaciones ideales más o menos estables, de las que surgen las fórmulas mágicas.

Una supuesta veneración de jefes tribales no ha podido ser origen de la idea de Dios, como pensaron algunos. Entre los pueblos del ciclo central y aun en los de todos los ciclos arcaicos la autoridad de los jefes está muy poco desarrollada. Por otra parte, los jefes se hallan al frente de pequeños grupos de familias, y su número es grande, por ejemplo, en la totalidad de los pueblos pigmeos; mas en todos ellos el Ser Supremo es uno solo. Además,

las exiguas facultades de que disponen los jefes excluyen la posibilidad de que una sublimación de su autoridad haya originado un tan alto desarrollo de la idea del Ser Supremo.

Tampoco existe ningún indicio de que la religión se haya derivado de la situación económica del hombre primitivo. En ninguna de las culturas arcaicas se presenta la religión respondiendo principalmente a necesidades de orden económico. Además, la mayor parte de los pueblos del ciclo central, como los andamaneses, los semang, los negritos y los vedas, no viven en una indigencia tan apremiante que los obligue a concebir todo en función de sus menesteres materiales. Y precisamente allá donde se hace sentir más hondamente la escasez y la penuria, como sucede entre los bosquimanos y los australianos del sureste (del ciclo austral), se acusa una marcada decadencia de la religión primitiva. Se ve, pues, que la consideración de las culturas más antiguas del mundo no confirma el principio del materialismo histórico que Engels formuló en estas palabras: «La estructura económica de la sociedad constituye en cada época el cimiento que sustenta y aclara en última instancia todo el edificio jurídico y político contemporáneo, así como también el mundo de las representaciones religiosas y filosóficas» (1). La historia humana no es cosa tan simple como pudiera deducirse de las palabras de Engels. Muy al contrario, desde su origen más remoto constituye un proceso sumamente complejo. Ya en los pueblos culturalmente más antiguos aparece el hombre con tendencias y necesidades de diversos órdenes. Las exigencias estomacales provocan la formación y el desarrollo de los sistemas económicos; las de la seguridad personal y del pudor originan, o al menos conservan los albergues y el vestido; las afectivas dieron, al parecer, nacimiento a las artes; las intelectuales y morales buscan su satisfacción en la ciencia y en la religión. No hallamos en la Etnología hechos que nos impongan una concepción exclusivamente económica de la historia, como pretendieron Marx y su escuela, y pretende

(1) *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, p. 11. Höttingen—Zürich, 1886.

todavía, por ejemplo, Hebert Kühn (1). La economía explica muchos fenómenos de la vida humana; pero no todos. No hay que hacer de ella el *Leitmotiv* de toda la historia, ni hay que pretender abrir todas las puertas con una misma llave.

En cuanto a la mentalidad del primitivo, tampoco conocemos hechos que nos demuestren su pretendido carácter prelógico (2). Ella se desenvuelve en un ambiente diferente del nuestro, y, por lo mismo, en muchas ocasiones adopta rumbos bien distintos de los que nosotros juzgamos razonables. Pero esto nada prueba contra su racionalidad. Fijémonos sólo en una circunstancia. El hombre más antiguo aparece poseyendo el fuego. Es un animal que ha sabido, cuando menos, conquistar el fuego. Y esto basta para distinguirlo de las demás especies. La invención del fuego, como las demás invenciones, es un esfuerzo de la inteligencia. Rémy de Gourmont escribe con profundidad: «Todas las especies animales se han encontrado en presencia del fuego, pero el fuego no les ha hablado; el fuego ha hablado sólo al hombre. Cuando el hombre echa un trozo de madera en la hoguera que se extingue, realiza un acto de genio humano. Los viajeros han podido sorprender a los monos que se calentaban al fuego; ninguno ha presenciado el espectáculo de un chimpancé o de un gibón atizando intencionadamente un brasero, y menos todavía tratando de obtener mecánicamente la chispa productriz del fuego... Sólo el hombre posee el genio del fuego» (3).

* * *

El orden moral y jurídico, que aparece en los ciclos arcaicos estrechamente ligado con la religión, recibe de ésta su fuerza y su sentido. Y así, el Ser Supremo, venerado por los pueblos primitivos, tiene carácter ético, lo cual significa que es bueno, que

(1) *Die Kunst der Primitiven*, p. 8-10. Munich, 1923.

(2) Olivier Leroy: *La raison primitive*, p. 64-70. París, 1927.

(3) Raoul Allier: *Le non-civilisé et nous*, p. 238. París, 1927.

HISTORIA DEL HOMBRE PRIMITIVO

ama el bien y que impone al hombre normas de conducta, es decir, mandamientos y prohibiciones. De aquí colegiremos, por lo tanto, que la moralidad, según los datos actuales de la ciencia etnológica, nació respondiendo a imperativos religiosos, y que el orden moral primitivo se basa en la noción de Dios.

VI

CICLO AUSTRAL

Fig. 64. (Julius Lips: *Einleitung in die Vergleichende Völkerkunde*).—1, Tasmanio con porra y tatuaje.—2, Utensilios de piedra de los tasmanios.—3, Piedra de cortar, vista de frente y de perfil (*a* y *b*).—4, Collar de conchas de caracol (en el centro, un fragmento más detallado).—5, Embarcación a modo de balsa hecha de cortezas o juncos.—6 y 7, Mazas del SE. de Australia.—8, Paravientos o cobertizo de los tasmanios, hecho con cortezas de árbol hincadas en el suelo.—9 y 10, Mazas del W. de Kimberley.—11, Maza o palo del SE. de Australia.—12, Cesta de rodete en espiral (Queensland).—13, Sepultura tasmania cubierta con piedras, sobre la cual se levanta una pirámide hecha con tiras de corteza de árbol.—14, Detalle del tejido de la cesta núm. 12.

Las culturas y los pueblos comprendidos en este ciclo ocupan las zonas extremas meridionales de los continentes (los tasmanios, los kurnai, los chepara, los bosquimanos y los foguinos). Vid. mapa II.

Cultura material.—El régimen económico y las habitaciones, como en el ciclo anterior. Las armas son lanzas y mazas de forma de huso, o también redondas o planas. Entre los foguinos, sin embargo, existen arcos y flechas (1). Es frecuente el uso de *ins-*

(1) Los foguinos de Suramérica y los bosquimanos del Sur de Africa parecen ser casos de transición entre la cultura central y la austral.

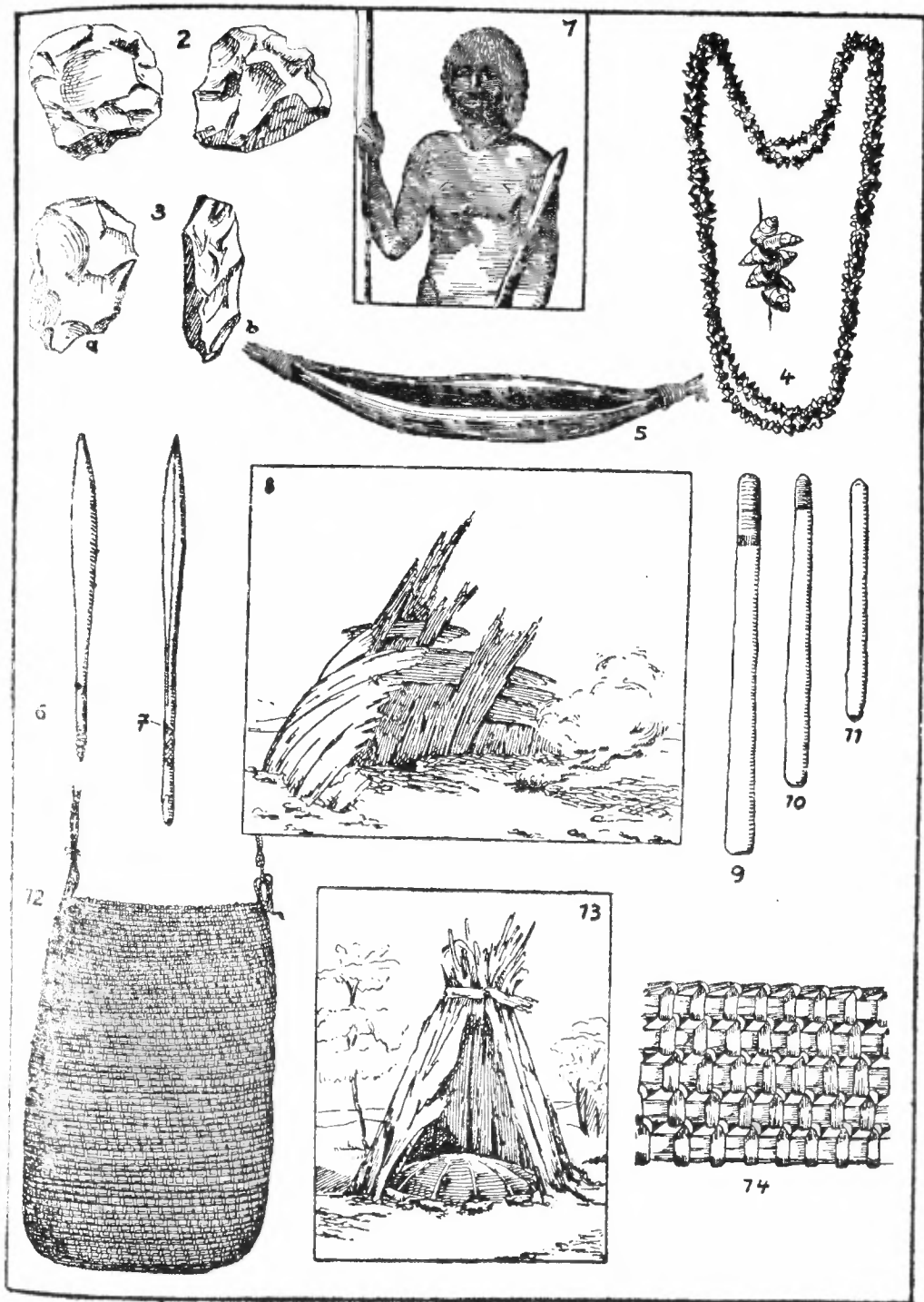


Fig. 64.—Cultura austral.

trumentos de piedra, los cuales son manejados directamente con la mano. Se emplean cestas tejidas sobre armazón de haces de grama o de fibra dispuestas en forma espiral y cuya malla es de tiras de corteza de árboles. Los tasmanios usaban, como medios de navegación, balsas hechas de junco. Pintura muy burda. Instrumentos músicos fabricados con palos sonoros. Tatuaje. Perforación del tabique nasal.

Instituciones sociales.—Monogamia juntamente con la poligamia. Disminución de la libertad y de la estabilidad del matrimonio. Totemismo sexual entre los kurnai: los hombres y las mujeres toman por totems especies animales diferentes; los dos animales reunidos son considerados como progenitores de la tribu. Esto da cierto sentido de igualdad a los derechos y posiciones respectivas del hombre y de la mujer. Exogamia local.

Religión.—Los tasmanios reconocían la existencia de un Dios bueno que era venerado durante el día, y de otro malo que era temido de noche. Los kurnai creen en un Ser Supremo *Mungan ngana* «Padre nuestro», de quien procede la primera pareja humana. No existen sacrificios. Los foguinos profesan el monoteísmo, y tienen costumbre de dirigir numerosas preces al Ser Supremo. El culto de los muertos no es conocido. El animismo y la magia se hallan poco desarrollados.

Los muertos suelen ser enterrados; los tasmanios, sin embargo practicaban la incineración, además de la inhumación.

VII

CICLO ÁRTICO

Fig. 65 (Julius Lips: *Op. cit.*).—1 y 2, Lanzas de arpón (esquimales del W. de Groenlandia).—3 y 4, Arpones de Haida (NW. de América).—5, Arpón de hueso de los Yamana (Tierra del Fuego).—6, Cuchillo de hueso (esquimales del W.).—7, Xamán (Norte asiático).—8, Cuchillo con vaina (Laponia).—9, Cuchillo de hueso con dibujos de reno (Laponia).—10, Tabaquera (esquimales del W.).—11, 12 y 13, Esculturas en dientes de morsa (esquimales del W.).—14, Cuchillo con vaina (Laponia).—15, Cuchara de cuerno (Laponia).—16, Gafas de nieve (esquimales).—17, Máscara de madera con piel (esquimales del W.).—18, Cuchara de hueso (Laponia).—19, Propulsor de madera (W. de Groenlandia).—20, Propulsor de madera (esquimales polares).—21, Alfiletero (Laponia).—22, Utensilio para estirar intestinos (esquimales del W.).—23, Utensilio para el plegado de cueros (esquimales del W.).—24, Tambor del xamán (Laponia).—25, Calzado de nieve (Sioux).—26, Modelo de una embarcación de mujer (Labrador).—27, Modelo de Kajak (embarcación insumergible) para tres personas (esquimales del W.).—28, Kajak de los esquimales.—29, Arco reforzado con cuerda de tendones animales (esquimales del W.).—30, Id. (Yuit, Siberia).—31, Calzado de mujer hecho de piel de foca (esquimales del W.).—32, Calzado de piel de pescado (ainos).—33, Calzado de nieve (sioux).—34, Bota de vaca hecha de cuero (tschuktsches).—35, Trampa de ballesta de los Yakutos.—36, Calzones hechos de piel de

oso polar (esquimales polares).—37, Modelo de embarcación de cortezas (Yamanas de Tierra de Fuego).—38, Pelliza de verano de piel de foca (esquimales polares).—39, Chaleco de piel (tschuktsches).—40, Bolas de caza (Arica, Chile).—41, Chaqueta de piel de vientre de foca (tschuktsches).—42, Bolas de cazar (Aletes).—43, Id. de Argentina.—44, Lazo para cazar osos (de los tinneh).—45, Trineo de perros (Gilyakos).

Los pueblos que integran este ciclo habitan las regiones septentrionales de Asia y América (los samoyedos, los ainos, los koriakos, los esquimales cazadores del reno, etc.). Vid. mapa II. Algunos incorporan también a este ciclo los lapones, los patagones, los foguinos (J. Lips). Otras culturas, principalmente la totemista, la matriarcal y la de los pastores nómadas han logrado penetrar de tal suerte en esta zona, que, a veces, es difícil reconocer los vestigios de la primitiva civilización.

Cultura material.—La vida económica se caracteriza principalmente por la caza y la pesca y la recolección de yerbas, raíces y tubérculos, de los cuales cosechan algunos pueblos, como los chuktches (tal vez por influencia del ciclo totemista) grandes cantidades que conservan para el invierno. Excepto los ainos y los esquimales de la bahía de Hudson, los demás pueblos poseen un sistema económico a tenor del ciclo patriarcal nómada o de los pastores, cuya cultura se les ha infiltrado. Las habitaciones son frecuentemente tiendas hechas con pieles y ramaje. Su adaptación al clima ha dado por resultado no pocas formaciones típicas, como los albergues invernales subterráneos, la indumentaria (gorro, abrigo, pantalón, calzado y guantes) de piel. Las armas características son los arcos compuestos de varillas acopladas. Su industria utiliza principalmente huesos como material en la fabricación de diversos objetos. Son típicos en este ciclo los trineos y los *kajak* (especie de canoa insumergible).

Instituciones sociales.—La monogamia es menos frecuente que en los ciclos anteriores, y al régimen paritario del hombre y de la mujer sucede una muy sensible superioridad de la autoridad del hombre sobre la mujer y los niños. La horda o la unidad so-

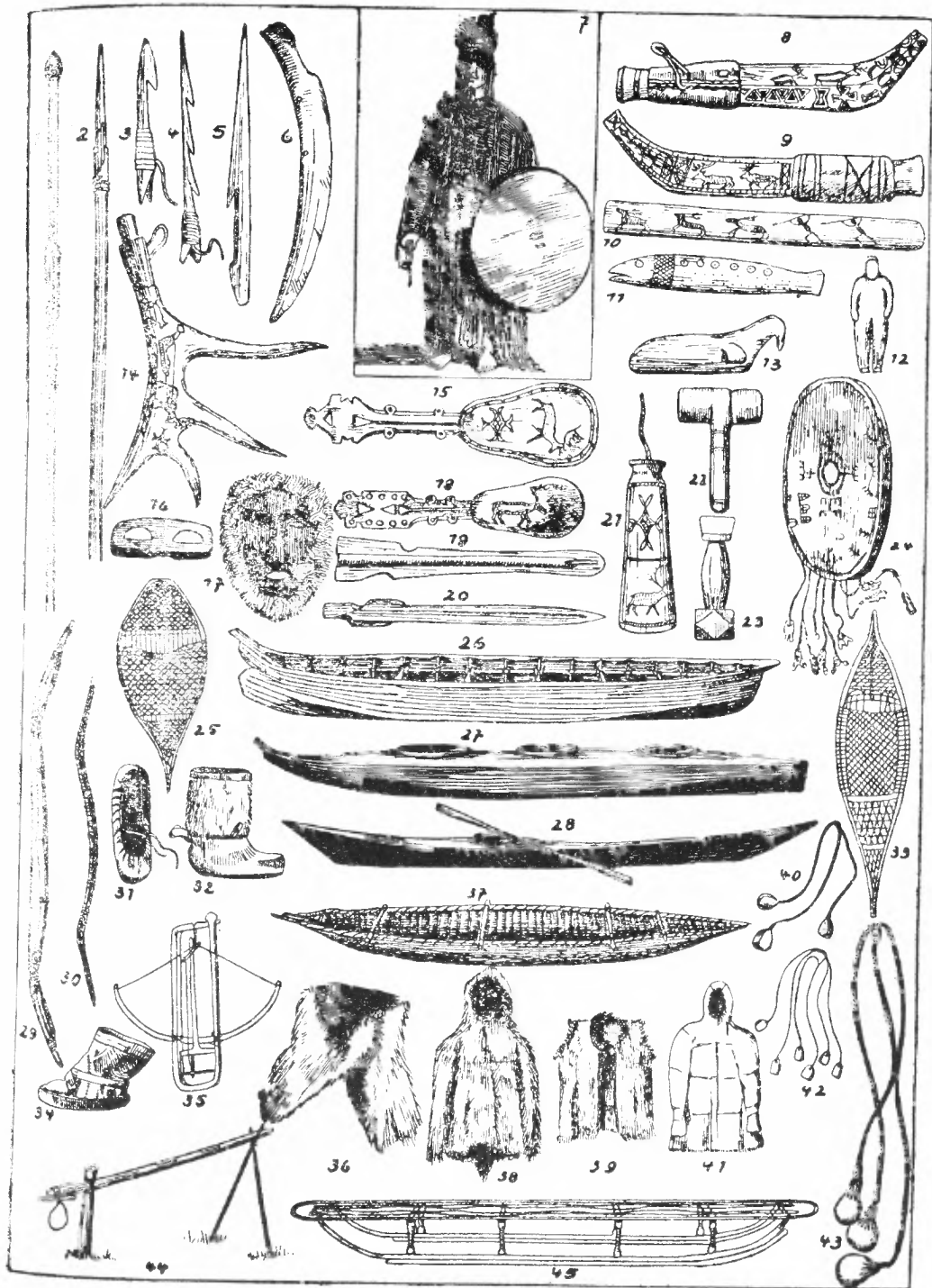


Fig. 65.—Cultura ártica.

cial está formada por varias familias. En algunos pueblos los jóvenes suelen ser sometidos a ceremonias de iniciación.

Religión.—La concepción del Ser Supremo es uno de los elementos más destacados en la religión de los pueblos árticos. Los samoyedos le llaman *Num*; los esquimales caribou, *Sila*; los ainos, con diversos nombres que significan «divino Hacedor del mundo», «divino Señor del cielo», etc. Pero es muy general la tendencia a confundir al Ser Supremo con el cielo y a suplantarle con las fuerzas de la Naturaleza, o también con espíritus, a quienes se supone muchas veces dotados de iguales atributos que aquél. De ahí que el Ser Supremo aparezca con frecuencia, en las creencias árticas, como poco interesado por las cosas de este mundo. En diversas ocasiones acuden, sin embargo, a él los ainos, dirigiéndole preces antes de comer y antes de emprender la caza. Los esquimales-caribou (de la bahía de Hudson) hacen oración al «Señor del cielo», cerrando los ojos y reconcentrando las energías en su interior. El que ora fuera, al aire libre, debe colocarse en un sitio donde la nieve no haya sido pisada ni ensuciada, y allí, mudo, humilde, con los ojos bajos, unir su espíritu a Dios. El sacrificio tiene carácter primicial, y se ofrecen al Ser Supremo la cabeza y los huesos largos de ciertos animales. Así, los samoyedos sacrifican osos, renos salvajes y peces; los koriakos, renos salvajes y domésticos y perros; los ainos, osos y ciervos; los esquimales-caribou, renos y focas.

La creencia en el espíritu del mal, en los espíritus de la Naturaleza y de los muertos, subordinados al Ser Supremo, se halla muy extendida. Lo mismo se diga del animismo y de la magia. El *Xamanismo*, es decir, la creencia en el influjo de los espíritus que se comunican o se incorporan a ciertos hombres (xamanes) mediante auto-excitaciones hipnóticas, tambores, vestimenta, pinturas y diversos receptáculos de espíritus (idolos), ha invadido todo el territorio del ciclo ártico, partiendo probablemente de la cultura matriarcal primaria, de época más reciente. También representan papel importante en las creencias religiosas el Sol, la Luna, la tormenta y ciertos animales, como el oso y la ballena.

VIII

CICLO DE BUMERANG

Fig. 66 (Lips: *Op. cit.*).—1, Australiano disparando el *bumerang*.—2 y 3, Bumerangs del W. de Kimberley (Australia).—4, Bumerang de Australia central.—5, Bumerang del W. de Queensland.—6, Bumerang del antiguo Egipto.—7, Bastón sonoro de Australia central.—8, Palo de cavar, del W. de Kimberley.—9, Instrumento cortante provisto de esquirlas de piedra (SW. de Australia).—10, Cuchillo serriforme con dientes de tiburón (Cabo de la península York—Australia).—11, Zumbadera (Churinga) del W. de Kimberley, con ornamentación roja en una cara y extraños dibujos en la otra.—12 y 13, Zumbaderas de Beaglebay (W. de Kimberley—Australia).—14, Porra de Kimberley.—15, Porra plana de corte semioval (W. de Kimberley).—16, Porra gladiforme (Río de Grey—Australia).—17, Chozas de forma de colmena (negros SE. de Africa).—18, Escudo o palo de parar de una pieza (Alto Nilo): *a*, visto de frente; *b*, visto por detrás.—19, Escudo o palo de parar, del SE. de Australia, visto de frente (*a*) y de perfil (*b*).—20, Obtención del fuego por taladro o rotación (NE. de Australia).—21 y 22, Lanzas provistas de puntas de piedra (NW. de Australia).—23, Cesta fabricada con juncos trenzados en forma espiral (Tierra del Fuego).—24, Vasija de madera (W. de Kimberley).—25 y 26, Cuchillos arrojadizos (N. de la región del Congo).—27, Bumerang, del SW. de Cétebes.—28, Técnica del trenzado de la cesta re-

presentada en la fig. 23.—29, Hacha de piedra del NW. de Australia (influencia de la cultura matriarcal).—30, Hacha de piedra (martillo?) del SW. de Australia.—31, Porra de forma de guadaña (Alto Nilo).—32, Porra estriada de la región de Bari (Alto Nilo).—33, Porra estriada de Dinka (Alto Nilo).—34, Porra arrojadiza de Victoria (Australia).

El arma arrojadiza llamada *bumerang*, de donde ha tomado su nombre este ciclo, es una madera plana o tablilla de cantos agudos encorvada en forma de hoz, que, empuñándola por un extremo y orientando la arista cóncava oblicuamente hacia arriba, se dispara sobre el blanco. Junto a esta arma de guerra o de caza, existe otro *bumerang* de juego, de plano un tanto helicoidal, que, lanzado violentamente en el aire, va girando sobre sí mismo y, después de un recorrido en forma de 8, vuelve hacia el tirador.

Regiones clásicas de este ciclo son el continente australiano (principalmente las zonas Sur, Sureste y Noroeste), Célebes, Nueva Caledonia, Nueva Zelanda, Fidji, Hawai, Nueva Bretaña, Nuevas Hébridas, India meridional, región del Alto Nilo, Sudán meridional y los estratos culturales más antiguos de California y México.

Cultura material.—La caza y la recolección constituyen también el sistema económico de este ciclo. En la extracción de las raíces y tubérculos se emplea el palo de cavar. La caza se hace con bumerang, lanzas, fosas de trampa, redes y lazos; la pesca, con estacadas y anzuelos de palo. Otras armas de este ciclo son: la maza estriada arrojadiza, la maza curva de la que el cuchillo arqueado de Africa se ha derivado, la maza plana de forma de espada, la lanza de punta de piedra, el cuchillo dentado y el bumerang de dientes de piedra. Aparece la primera vez una arma defensiva: el escudo o palo de parar. Como utensilios de la misma cultura hay que anotar el hacha de piedra de corte pulimentado, vasijas de madera, cestas y bolsas de piel. El fuego es obtenido por rotación o taladro. Las habitaciones son chozas de forma de colmena. Los medios de navegación usados son las balsas. De vestido sirve el manto que cuelga de los hombros y que, en

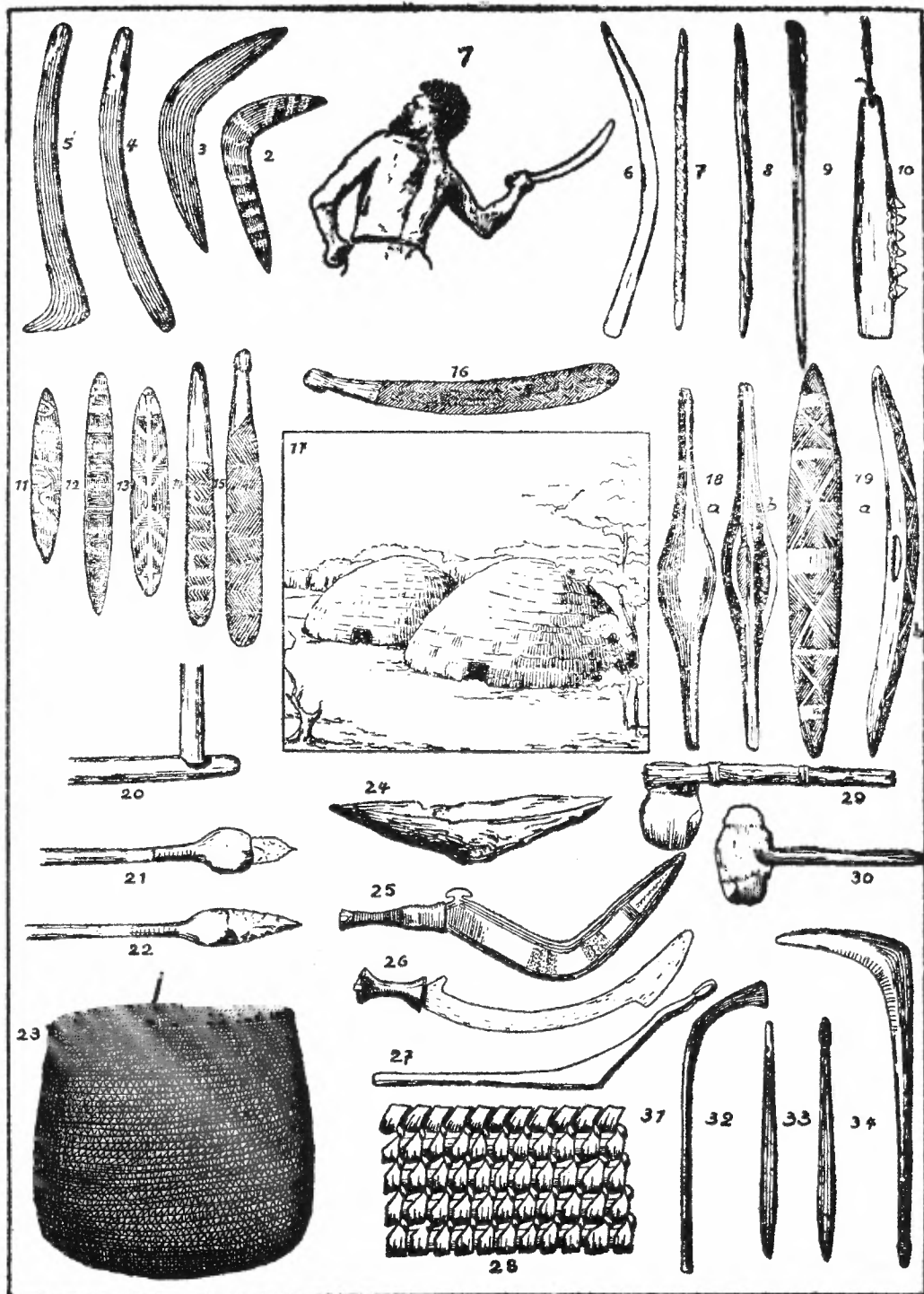


Fig. 66.

la mayor parte de las veces, está hecho de piel, de corteza de árbol o de trenzado de yerbas y fibras (fig. 67).



Fig. 67.—Técnica de trenzado: 1, del ciclo de bumerang; 2 y 3, del ciclo matriarcal agrícola.

Instituciones sociales.—Como recuerdo de la antigua forma matrimonial monogámica y de los derechos paritarios de los cónyuges, se conserva aún el totemismo sexual. También existe todavía la exogamia local. En muchos pueblos se observa una gran preponderancia de la tribu o del Estado sobre el individuo y la familia con detrimento de las primitivas atribuciones de ésta. En las ceremonias de iniciación, a las cuales se somete a los muchachos, el rito más característico es la mutilación de los dientes, rito simbólicamente relacionado con la mitología lunar.

Arte.—Las artes plásticas están representadas por toscas figuras de dioses y hombres, por incisiones superficiales (como decoración de utensilios de madera) y algunas pinturas sin perspectiva. Como instrumentos músicos se usan varillas sonoras.

Religión.—El Ser Supremo se confunde en muchos casos con el primer antepasado de la tribu. Este es también el primer hombre el cual se identifica con la Luna, cuyas fases son la muerte y la resurrección de aquél. Créese que el ruido de la zumbadera es la voz del hijo del Creador, y el uso de este objeto está indicado principalmente en las ceremonias de iniciación de los jóvenes. Empiezan las primeras representaciones materiales del Ser Supremo o antepasado tribal. Rara vez se le ofrecen sacrificios.

Los cadáveres suelen ser sepultados en nichos con los miembros doblados o en cuclillas.

IX

CICLO PATRIARCAL TOTEMISTA

Figs. 69 y 70.—1, Cinturón de corteza (indios Bororo, Suramérica).—2, Cinturón de corteza (W. del país de Arnhem, Australia septentrional).—3, Chozas de techo cónico (Africa).—4 y 5, Cabezales (Nueva Guinea alemana).—6, Caperuza interingual de calabaza (Nueva Guinea).—7, Cabezal de Nueva Guinea alemana.—8, Cabezal de Laewomba (Nueva Guinea). 9, Fuente de madera (islas del Almirantazgo).—10, Cinturón de corteza (Nueva Guinea alemana).—11, Vasija de cocotero para el agua (islas del Almirantazgo).—13, Aderezo interingual con orla de plumas (indios Bororos, Suramérica) 14, Id. hecho de vendaje de hojas para casados (N. de Togo, Tamberma).—15, Id. de la misma localidad.—16, Cosechando el loto silvestre en el río Roper (Australia septentrional).—17, Cosechando arroz de agua (Odchilwa, Norteamérica).—18, Cabezal (Nueva Guinea, del río Ramu hasta Hatzfeldhafen).—19, Cesto hecho de hojas de palmera (Australia septentrional, isla Melvill).—20, Fuente de madera de forma de animal (islas del Almirantazgo).—21, Bolsa de corteza de árbol (Australia septentrional, isla Melvill).—22 y 23, Propulsores de Australia septentrional y occidental respectivamente.—24, Hacha de piedra (Nueva Guinea holandesa).—25, Hacha de guerra de hoja de obsidiana (islas del Almirantazgo).—26, Hacha de piedra (Nueva Guinea holandesa).—27, Australiano disparando la lanza mediante un propulsor.—28, Puñalcuchillo de piedra (Australia central).—29, Puñal de bambú (Jap).—30, Puñal de hueso (Nueva Guinea alemana).—31,

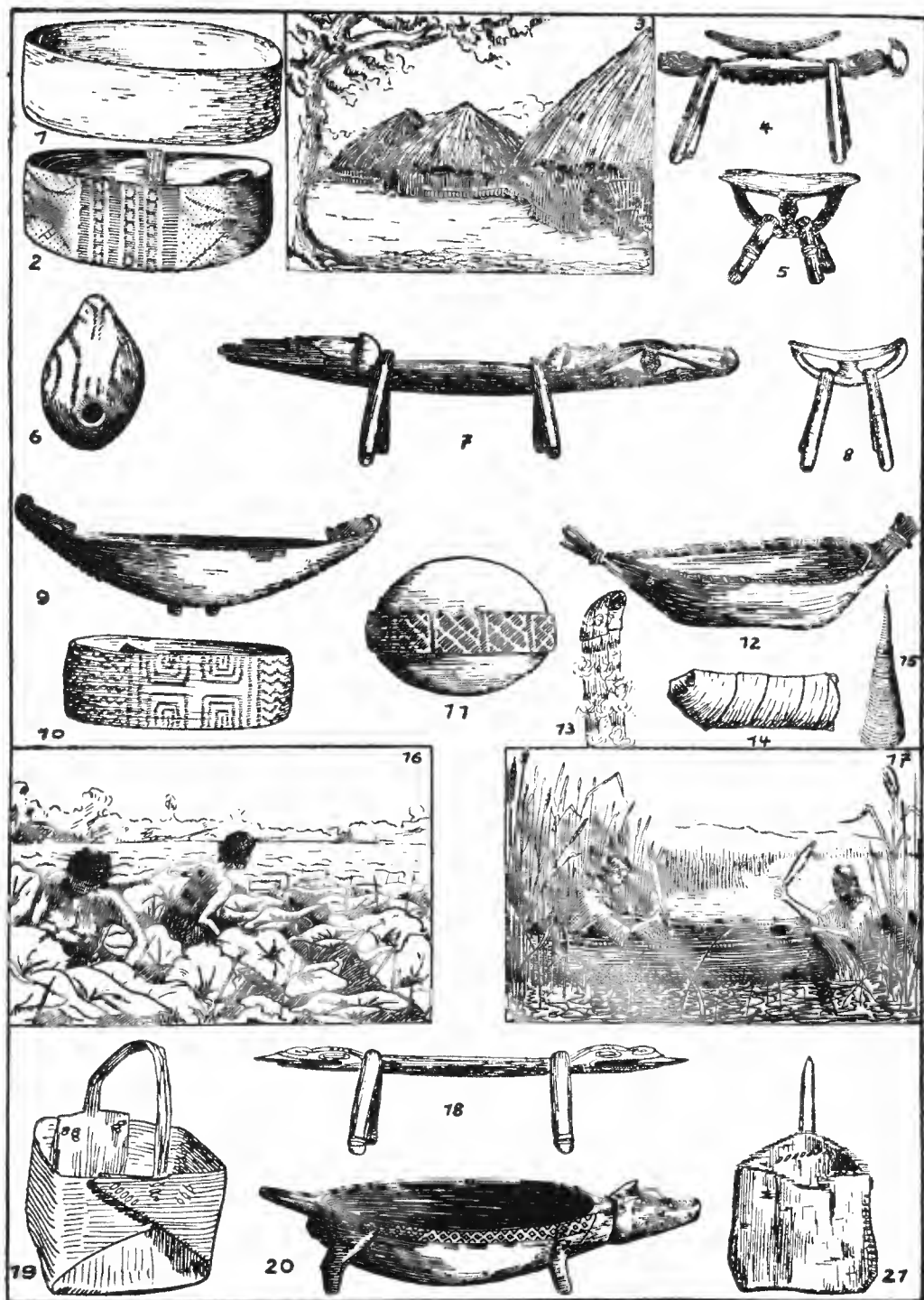


Fig. 60. — Cultura patriarcal totemista.

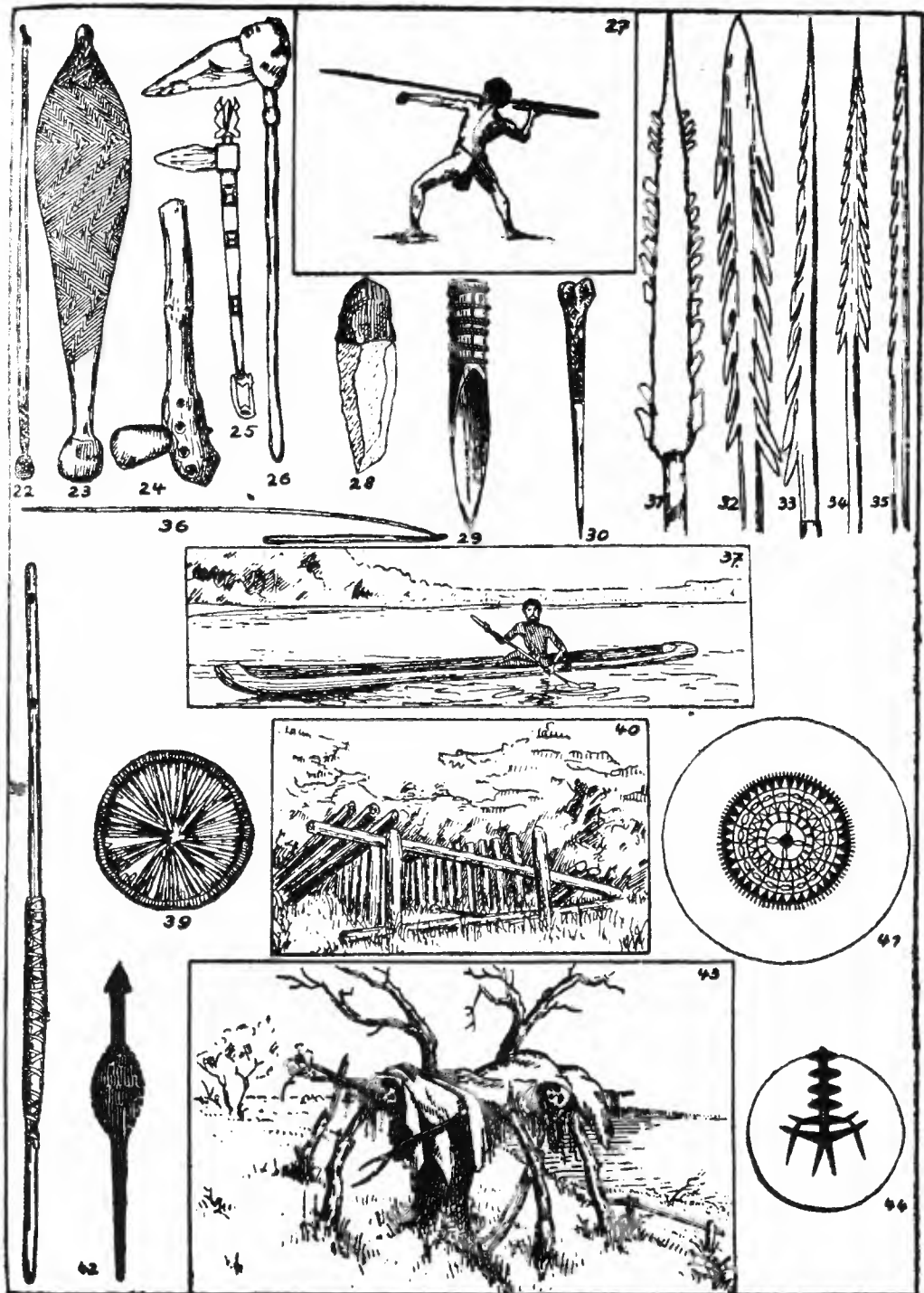


Fig. 70.—Cultura patriarcal totemista.

Lanza con dientes de piedra (Península York, Australia septentrional).—32, Lanza del W. de Australia (río de Grey).—33, 34 y 35, Lanzas de la isla Menville (Australia septentrional).—36, Lanza con propulsor para niños (isla Melville, Australia septentrional).—37, Embarcación de Arnhem occidental (Australia septentrional).—38, Flauta de bambú (Nueva Guinea alemana).—39, Trampa (región del Alto Nilo).—40, Trampa de los indios tahitan (Norteamérica).—41, Adorno del pecho para hombres, concha con carey (Norte de Nueva Mecklenburg).—42, Bastón mágico (NW. de Australia).—43, Sepultura de plataforma de Encounterbay (SE. de Australia).—44, Adorno del pecho de concha con carey (islas Sta. Cruz).

Los ciclos culturales primarios parecen desarrollados paralelamente después de los arcaicos. Desde luego muestran mayor elaboración o desarrollo que los arcaicos, y todos los indicios son de que se han derivado de éstos. En general, los pueblos comprendidos en tales ciclos son productores, salvo los del ciclo patriarcal totemista que deben ser clasificados como simplemente consumidores, o como cosecheros, según sostiene Julius Lips.

La cultura patriarcal totemista ha sido considerada, pues, como una de las fases del proceso evolutivo que arranca de los ciclos arcaicos en estrecha e inmediata dependencia de éstos. Su área de difusión es muy grande. Ocupa regiones extensas en Oceanía, como son las zonas del N., S. y E. de Australia, costas del S. y W. de Nueva Guinea, islas del Almirantazgo, NW. de Nueva-Irlanda, SE. de las islas Salomón, Santa Cruz, Nueva Caledonia y Fidji. En Indonesia, las pequeñas Molucas y los Batak de Sumatra. También se hallan comprendidos en esta cultura los dravidas orientales de la península india. En Africa se encuentran elementos de este ciclo en muchos pueblos, principalmente en la Guinea superior y en Sudán occidental y, sobre todo, en las tribus Fang. En la América meridional han sido señaladas algunas culturas de carácter totemista en la zona oriental de los Andes, en el Gran Chaco y en algunas tribus de Río Negro y del Xingu. Aun a la misma cultura de los Incas imprimió su matiz el totemismo. Muestran también rasgos del ciclo totemista varios

pueblos de la América septentrional, como algunos de los indios californianos y de los Estados Unidos.

Según Schmidt (W.) y Koppers (W.), este ciclo se caracteriza, en lo económico, por la gran caza, es decir, por una cacería mejor organizada y mejor equipada. Según Julius Lips, los pueblos totemistas son propiamente pueblos cosecheros que acostumbran a conservar por todo el año determinadas plantas salvajes para consumirlas cuando urge la necesidad. No viven, pues, al día, como los puramente cazadores y recolectores, y son más o menos sedentarios. Pero no conocen la agricultura ni la ganadería. Sus albergues son chozas de *techo cónico*. Las piezas de indumentaria más típicas son los cinturones hechos de corteza y las caperuzas interinguinales. No usan armas de percusión, como mazas y porras, ni escudos; pero sí lanzas con sus propulsores (fig. 70), lanzas dentadas, muchas veces provistas

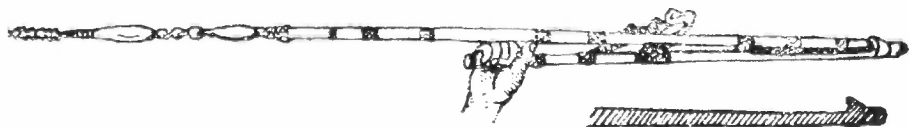


Fig. 70.—Propulsor de los Papus de Nueva-Guinea y el modo de utilizarlo para lanzar un venablo. Abajo, corte longitudinal de un propulsor. Según Deniker.

de series de esquirlas de piedra puntiagudas, puñales de hueso, de bambú o de piedra, hachas de piedra y corazas de defensa, etc. Entre sus utensilios merecen citarse las vasijas de madera y corteza de árbol o de troncos ahuecados. Calientan los líquidos y cuecen los alimentos con piedras candentes. Practican la caza con trampas, y la pesca con anzuelos. Existe un mayor desarrollo del comercio y de la industria que en las culturas arcaicas.

Instituciones sociales.—A consecuencia del desarrollo de un sistema económico, cuyo eje es precisamente la ocupación propia del hombre (caza y pesca), adquiere el varón una mayor impor-

tancia social, acentuándose el sentido patriarcal de las familias. En cambio, la mujer pierde en independencia y aprecio. Esta conciencia de la superioridad del varón ha hecho que las ceremonias de iniciación, es decir, de la incorporación oficial de los jóvenes a la vida social, afecten principalmente a los muchachos. Los no iniciados y las mujeres no deben presenciar tales ceremonias, antes tienen que alejarse del lugar donde suena la zumbadera u otro instrumento que las anuncia. La circuncisión, rito típico de este ciclo y de sus derivados, forma parte importante de estas funciones. A la iniciación, que tiene lugar hacia los 14 años, sigue un período de licencia sexual, lo que contribuye a envenenar la familia en su misma raíz. Agréguese a esto el *Totemismo de clan*, es decir, la creencia de que cada grupo de familias (*clan*) tiene relaciones de parentesco con determinada especie animal u otro objeto natural que se llama *totem* (1). Va inherente a este *Totemismo* la *exogamia de clan*. Los hijos pertenecen siempre al clan totémico de su padre. Ya se comprende que una institución de este género tiene que desarrollar extraordinariamente el sentimiento de grupo y, por lo tanto, la idea del Estado, multiplicando y robusteciendo las funciones de éste, con detrimento de la familia y de su estabilidad. El Estado, además, clasifica los miembros por edades, aparta a los muchachos de la influencia maternal sometiéndolos a la vida común en casas *ad hoc*, y de esta suerte desarticula y perjudica en gran modo a las familias.

Arte.—Las manifestaciones artísticas son más numerosas en este ciclo que en los anteriores. Abundan esculturas y grabados en vasijas de madera, zumbaderas, cabezales, etc., siendo los motivos más frecuentes las representaciones de animales y las figuras geométricas (líneas rectas y triángulos). Se hace mucho uso de la pintura corporal, sobre todo en las ceremonias de iniciación. Son también abundantes las danzas mímicas y las representaciones dramáticas de los antepasados totémicos. Aparecen

(1) La palabra «totem» es de una lengua algonkina (América del Norte) derivada del vocablo *otem* que significa familia.

los primeros instrumentos músicos de viento, como las flautas de bambú.

Religión.—El Sol, considerado como origen de toda fuerza generadora en la Naturaleza, suplanta al Ser Supremo de los ciclos anteriores, o es confundido con él. En la mitología y en el culto solar se mezcla la *magia*, que en esta cultura alcanza gran incremento y que muchas veces es practicada por los mismos jefes de grupo que a la vez son hechiceros. Con el culto solar se relacionan ciertos discos de concha de marisco que, a modo de amuleto, se llevan colgados sobre el pecho. Obsérvanse, además, muchos ritos de carácter obsceno, y se practica el culto de los antepasados masculinos. Los muertos suelen ser colocados sobre los árboles.

X

CICLO MATRIARCAL AGRÍCOLA

Figs. 71 y 72 (Julius Lips: *Op. cit.*).—1, Porra de piedra de Mekeo (Nueva Guinea inglesa).—2, Azada de Bali.—3, Porra de Fidji.—4, Porra provista de piedra de forma de estrella (Puerto Moresby, Nueva Guinea inglesa).—5, Labrando la tierra con azadas (Kamerum).—6, Martillo de piedra con asidero de ramas (costa NE., de Cooktown hasta Townsville—Australia).—8, Cesta con cubierta (Congo occidental—W. de Africa).—9, Cesta redonda de Nueva Pomerania (E. de la península de Gazelle).—10, Choza de dos vertientes (islas Salomón).—11, Obtención del fuego (tribus de las montañas de Assam).—12, Obtención del fuego por aserramiento (Babber, Indonesia).—13, Técnica de trenzado de las cestas de las figs. 8 y 9.—14, Trampa (río Pomeroon, Suramérica).—15, Trampa de arco (Bassa, Liberia).—16, Trampa de balles-ta (Babber, Tepa).—17, Nasa de púas (tribus del E. de la península de Gazelle, Nueva Pomerania).—18, Modelo de embarcación (Buka, NW. de las islas Salomón).—19, Escudo de Queensland (Australia).—20, Escudo de madera de Apoyas (Filipinas).—21, Escudo de madera de las tribus Sulka (Nueva Pomerania).—22, Escudo trenzado de Niam-Niam (Kongo septentrional).—23, Escudo trenzado (región del Congo septentrional).—24, Tambor de anuncios (región del Congo occidental).—25, Tambor de anuncios con esculturas (Ramumündung, Nueva Guinea alemana).—26, Máscara de madera (Kamerun septentrional).—27, Máscara del S. de la región del Congo.—28, Máscara del distrito de Elema (Nue-

va Guinea inglesa).—29, Flauta (tribus de las montañas de Birma y Siam).—30, Máscara de madera (Bella-Coola, costa NW. de Norteamérica).—31, Máscara de Cellán.—32, Morada de espíritus (islas Palaos).—33, Figura que se usa en las danzas (8 m. de altura) en Baining (Nueva Pomerania).—34, Máscara de danza (región meridional del Congo).—35, Casita de los cráneos (Nueva Georgia).—36, Flauta de Pan (islas Torres).—37, Figurita de los indios Moki.—38, Instrumento músico de la región septentrional del Congo.—39, Flauta de Pan de la región occidental del Congo.—40, Tabla sonora (Andamán).—41, Tabla de las almas con ornamentación típica (Australia central).—42, Piedra de las almas (Australia central).—43, Cráneo con dibujos totémicos (distrito de Elema en Nueva Guinea inglesa).—44, Cráneo con las partes blandas modeladas con masa de cemento (San Cristóbal, SE. de las islas Salomón).—45, Arco de música (península de Gazelle, Nueva Pomerania).—46, Instrumento de cuerda (N. de Kamerun).—47, Instrumento de cuerda (Togo).—48, Figurita de los indios Moki.

Los pueblos que corresponden a este ciclo forman una área muy extensa. Ocupan las regiones orientales de Nueva Pomerania y de Nueva Guinea, Nueva Bretaña, N. de Nuevas Hébridas, islas Salomón, parte de Australia (costa SW. y al N. de Victoria) y de Micronesia (islas Palaos, Carolinas, Marshall), W. y S. del país de los dravidas de la India (los tamiltulus), muchos de los vedas, N E. de la Guinea, el Congo (los bantús), S. de Zambeza y parte de América (los iroqueses, los sioux, los muskokis, los pueblos, los apaches).

Vida económica.—La *horticultura* ejercida por la mujer, como término del desarrollo de su primitiva ocupación de recolectar yerbas, plantas y frutas, caracteriza principalmente el aspecto económico de este ciclo. Ya se comprende que en este sistema de producción la vida tiene que ser sedentaria. Las plantas que principalmente se cultivan son: la banana, el sagú, el taro, el yams, el arroz, el algodónero, el maniok, el tabaco (en América), la patata, el maíz, el mijo, el haba, la lenteja, la caña de azúcar, el cocotero, el trigo, la cebada, el centeno y la vid.

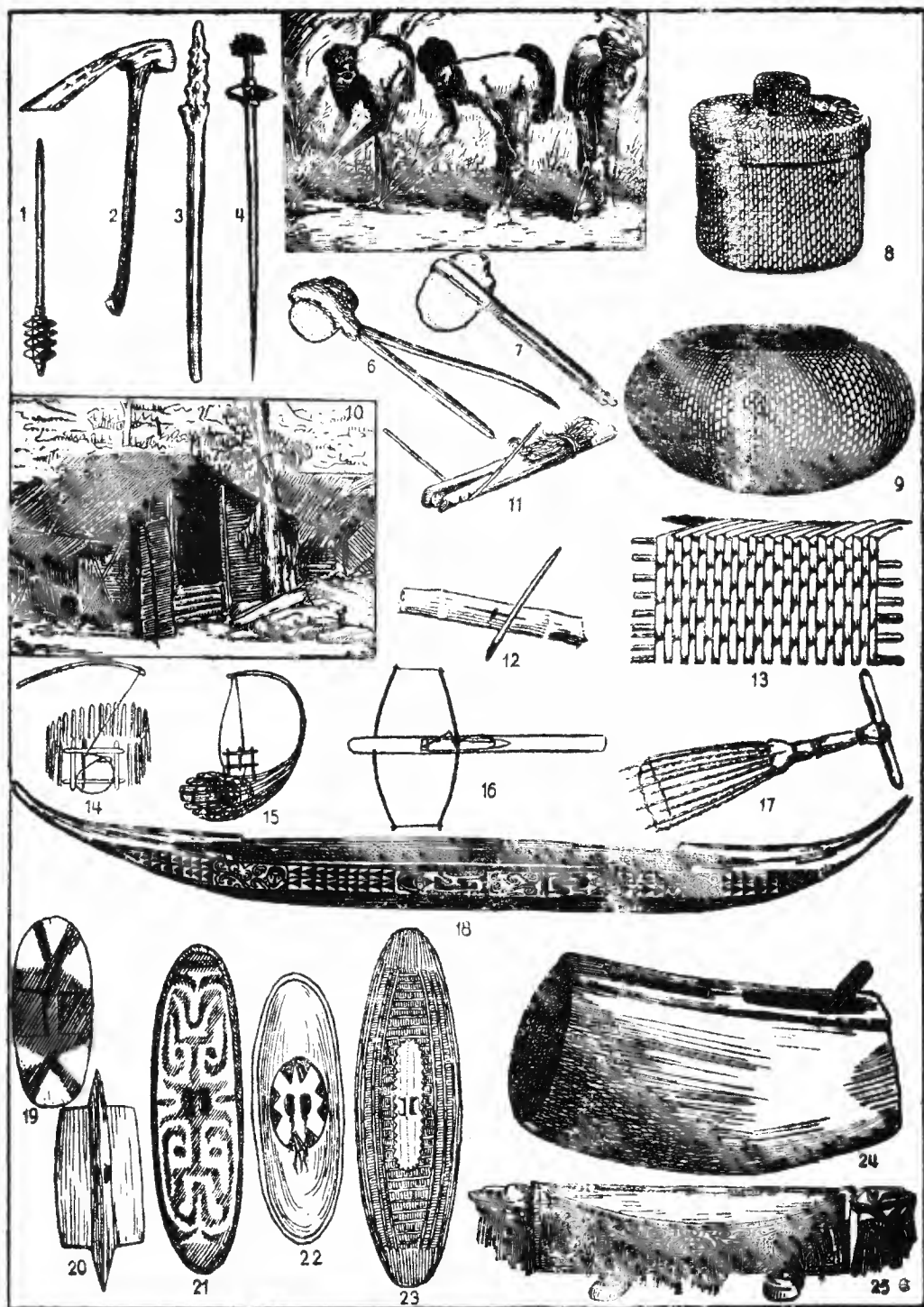


Fig. 71.—Ciclo matrilineal agrícola.

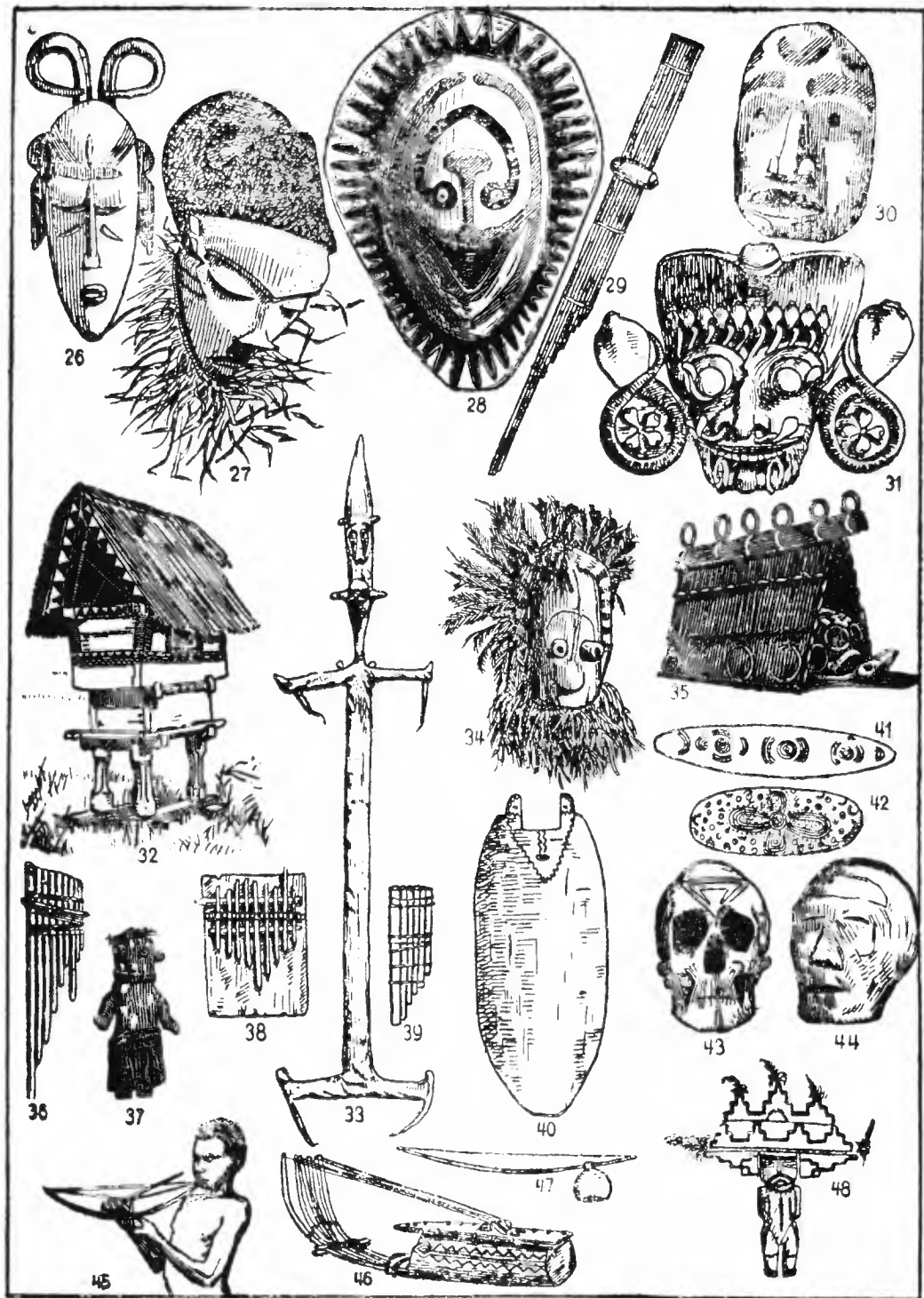


Fig. 72.—Ciclo matriarcal agrícola.

La caza (de animales pequeños, sobre todo) y la pesca son también practicadas: aquélla, con lazos y trampas; ésta, con redes y nasas.

Las embarcaciones están hechas de tablas. Las casas son de planta rectangular con techo de dos vertientes. Existen armas cortantes y de percusión, como mazas o porras, escudos anchos, hachas de piedra pulimentada, técnica de trenzado en hélice. Según Graebner, en este ciclo empieza el uso de la moneda en las transacciones comerciales.

Instituciones sociales.—La mujer, que de simple recolectora ha pasado a horticultora, llega a ser la primera propietaria personal del suelo que ella, con su trabajo, ha transformado y mejorado. De aquí la preponderancia social y económica de la mujer. Por el casamiento el hombre ingresa en la familia de la mujer. La tribu está repartida en dos grupos o clases matrimoniales, de suerte que entre éstas se observa la exogamia, es decir, los individuos de una clase deben casarse con los de la otra clase. Los hijos pertenecen siempre a la clase de su madre. El padre es considerado más o menos como un extraño en su propia familia. Tanto en lo que afecta a la propiedad como en lo tocante a la educación y crianza de los hijos, interviene más el hermano de la madre que el padre. A éste le heredan sus sobrinos, no sus hijos. Estos heredan a su tío materno.

Se practican sólo con las muchachas las ceremonias de iniciación, las cuales tienen aquí carácter privado o familiar, y vienen a ser la solemne proclamación de la situación núbil de aquéllas. Después las iniciadas viven por algún tiempo como en clausura, sin dejarse ver, sin salir al sol, bajo la inspección de alguna mujer anciana. Todo esto revela que la cultura matriarcal tiende a investir a la mujer de una gran autoridad y preponderancia social; pero, en realidad, el derecho maternal no tiene más prerrogativas que las ya mencionadas.

Como un fenómeno de reacción frente a la situación social de la mujer parecen surgir las asambleas y sociedades secretas formadas por los hombres, sociedades a las que los candidatos son

admitidos tras una serie graduada de ritos de consagración. De esto nos convencen tanto el silencio que, por prescripción, han de guardar sus miembros delante de las mujeres sobre las mascaradas y danzas religiosas practicadas en tales asambleas, como el uso que hacen de semejantes ceremonias para asustar a las mujeres y obligarlas a proporcionar a los reunidos viandas vegetales. Con todo lo cual se procura desacreditar la autoridad de la madre y rebajar la dignidad de la mujer. Por otra parte el influjo que el ciclo totemista ejerce en muchas zonas sobre los pueblos matriarcales, ha contribuido eficazmente a este descrédito de la mujer. Y así, aquel predominio de la autoridad de la madre a que originariamente tendía la cultura matriarcal, se ha convertido en sujeción y envilecimiento de la mujer. Esta es considerada como un instrumento de trabajo, una esclava de su marido. Lo que ha dado ocasión a la poligamia, tan arraigada hoy en muchos pueblos de este ciclo.

En los pueblos matriarcales agrícolas existe ya la *esclavitud*, originada por deudas, cosa desconocida en las culturas arcaicas.

Arte.—Las danzas mímicas, como elementos del arte dramático, son más abundantes que en las culturas anteriores. A ellas se asocian la declamación y el canto, acompañado muchas veces con instrumentos musicales, tales como la flauta de Pan, el pargolo o arco musical y el tambor.

Entre las producciones de artes plásticas hay que señalar las figuras de antepasados y de los espíritus, y las máscaras de las sociedades secretas. Los motivos ornamentales más frecuentes son los meandros y las circunferencias concéntricas. Es típico en este ciclo el adorno de forma de hoz o de tridente que se lleva en el pecho y que se relaciona con la mitología lunar.

Religión.—En consonancia con el carácter particular de este ciclo, la divinidad suprema, que se identifica con la Luna, es considerada como de género femenino y como «primera madre» de todas las cosas que, según la *mitología lunar* propia de esta cultura, dió origen a dos hermanos: uno bueno (luna clara) y otro maligno (luna oscura) que juegan papel importante como héroes

civilizadores. El primitivo Ser Supremo aparece muchas veces identificado con el personaje de la luna clara.

La mujer suele ser frecuentemente sacerdotisa y hechicera o *xaman* de la tribu.

En las sociedades secretas se practica el culto de los cráneos con danzas de máscaras en las que se cree que hacen su manifestación los espíritus de los muertos. Algún tiempo después de su enterramiento son exhumados los cadáveres. Se separan los cráneos para conservarlos y venerarlos. Este *culto de antepasados* y la mitología lunar contribuyen a oscurecer el reconocimiento del Ser Supremo; y desarrollan, en cambio, los *sacrificios de alimentos* para los muertos (a los que se les provee también de armas y utensilios en las sepulturas) y el *animismo*, que florecen aquí como en campo abonado. También es de este ciclo el *canibalismo ritual*: los sacrificios humanos en honor de las divinidades y de los difuntos son, en parte, consecuencia de la antropofagia, bastante extendida en los pueblos matriarcales.

XI

CICLO PATRIARCAL DE LOS PASTORES NÓMADAS

Fig. 73 (J. Lips: *op. cit.*).—1, Juguete de los yakutos (Asia septentrional).—2, Vasija de madera de los yakutos.—3, Sangría de un zebú (Ugogo, Africa oriental alemana).—4, Cabezal de forma de animal (cafres zulús del SE. de Africa).—5, Hoz dentada (Galla, Abisinia).—6, Mosquitero de los yakutos.—7, Doble cabezal (cafres zulús del SE. de Africa).—8, Fuente de madera (Galla).—9, Cabezal (cafres del SE. de Africa).—10, Instrumento para levantar vasijas (Herero, SW. de Africa).—11, Cuchillo curvo (Java).—12, Polaina de perlas de hierro (Herero, SW. de Africa).—13, Collar del cuello de perlas de hierro (Herrero).—14, Manto de piel para las mujeres (Herero).—15, Cinturón de mujer (Herero).—16, Bastón de camellero (Eyssa, Somali).—17, Machete (Suden, India anterior).—18, Machete (Ussukuma, Africa oriental).—19, Cesta de cuero de los tunguses de Asia).—20, Vasija de madera con patas (cafres).—21, Vasija para leche (Herero).—22, Vasija para leche (Eyssa, Somali).—23, Saco de manteca, hecho con piel de un cabrito (Galla).—24, Bote de madera para agua (Eyssa, Somali).—25, Vasija de madera (Herero).—26, Cesta para agua (Somali).—27, Vasija de cuero para manteca (Herero).

A este ciclo pertenecieron los antecesores inmediatos de los indo-europeos, de los turcos, de los mongoles y de los mandchus. Y en nuestros días le pertenecen varios de los grupos uralo-altaicos, como los tunguses, los kalmukos, los buriatos, los yakutos, los kirgisos, los ostiakos y los vogules, así como diversos pueblos semito-camitas del Africa septentrional.

Vida económica.—El sistema de producción más importante, casi el único, es la ganadería o pastoreo que ejerce el hombre.

La escuela de Viena supone derivado este ciclo, en cuanto a su aspecto económico (ganadería), de la caza primitiva, mediante el natural desenvolvimiento de esta principal ocupación del hombre de las culturas arcaicas. En cambio, otros, como Graebner y Lips, sostienen que la ganadería se ha desarrollado a partir de los pueblos cosecheros del ciclo patriarcal totemista, y no directamente de los arcaicos.

Los animales domésticos que constituyen la base económica de este ciclo son la vaca, la oveja, el caballo, el asno (en Africa), el camello y, en las zonas árticas y subárticas (tunguses, yakutos, lapones y chukches, p. e.), el reno. Algunos de estos animales se emplean como bestias de carga y de tiro (en trineos y carros). De ellos se obtienen la lana, el cabello, la piel, la leche y menos frecuentemente, la carne. El nomadismo es uno de los caracteres que el sistema económico y las condiciones climáticas y de pastos imponen a estos pueblos.

El tipo de habitación más frecuente es la tienda de planta circular o poligonal, con paredes y techo independientes. En Asia el techo se cubre con fieltro, y en Africa con barro y estiércol de vaca. La indumentaria suele ser de piel, siendo las prendas más importantes en Asia el pantalón, el jubón, el gorro y el calzado, y en Africa el manto de cuero. Parece que los primeros en usar pantalones fueron los pueblos asiáticos de este ciclo, probablemente los escitas (1).

(1) Los egipcios, los babilonios, los griegos y los romanos no conocían los pantalones.

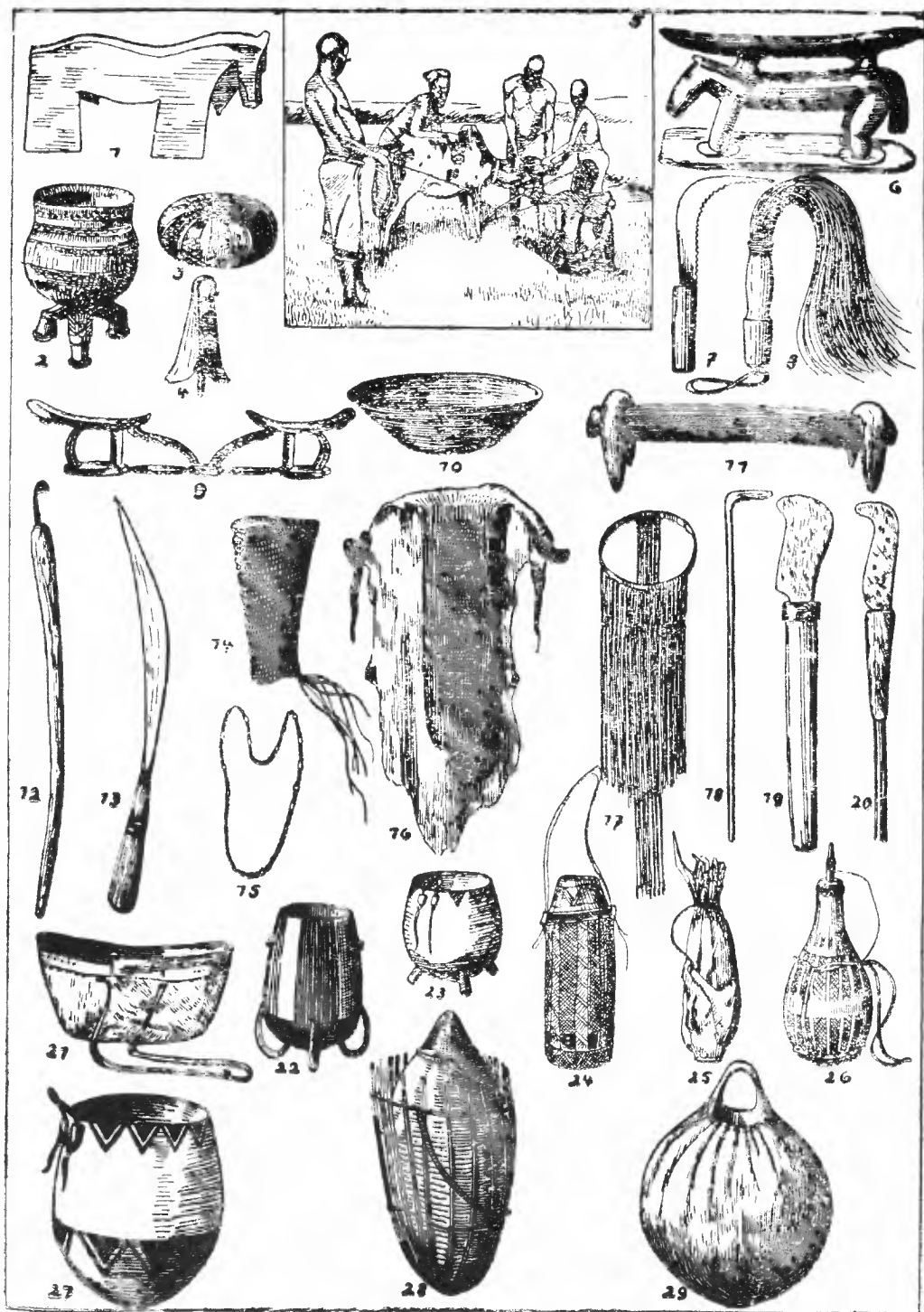


Fig. 73.—Cultura patriarcal de los pastores nómadas.

Las armas más usuales son: en Asia, el arco compuesto; en África, la lanza y el escudo de palo o de piel. También emplean puñales, espadas, hachas de guerra, etc.

Se ha atribuido a este ciclo la invención del carro. Según Graebner, el rodillo y el trineo fueron sus antecedentes.

Instituciones sociales.—El hombre, que asume las labores más pesadas y asegura con su esfuerzo la subsistencia de la familia, goza de mayores prerrogativas que la mujer en la vida social. La común explotación de los rebaños por los miembros de la familia contribuye a la continuidad de esta institución, a su integridad y a su transformación en sociedad doméstica de amplio desarrollo que comprende a los padres, a los hijos y a los nietos (la *gran familia patriarcal*). La dirección de los negocios familiares compete al *padre*, y, después de su muerte, al *hijo mayor*. La mujer es más apreciada que en el ciclo totemista, y su dignidad más respetada; pero existe la poligamia, sobre todo, en los casos en que la primera mujer sea estéril.

La familia así constituida con sus medios de producción, independientemente de las demás, se basta a sí misma, crece la patria potestad, y, por lo mismo, el poder del Estado se debilita.

La distinción de pobres y ricos, basada en la desigualdad de los rebaños, y la explotación del hombre (*esclavo*) por el hombre se desarrollaron principalmente en este ciclo.

Religión.—La religión de los pastores nómadas se funda en el reconocimiento de un Ser Supremo del cielo que, en fases más recientes de esta cultura, aparece confundido con el cielo material. Desempeñan también papel importante los espíritus de la Naturaleza, entre los cuales hay que señalar el Espíritu del mal o Espíritu de la Tierra. No hay templos, ni representación material del Ser Supremo. El sacerdocio es ejercido por el padre de familia (patriarca), dirigiendo y ordenando preces y sacrificios primiciales que consisten principalmente en ofrendar la primera leche de la grey. En etapas más recientes existen sacrificios sangrientos en que se inmolan las crías primerizas de los rebaños.

Por influencia del ciclo matriarcal se introduce el *xamanismo* con sus danzas y ritos mágicos de curandería.

* *

Tanto la organización social como el culto religioso de cada pueblo se hacen eco del régimen económico correspondiente. En los ciclos arcaicos el hombre y la mujer se reparten los cuidados y los trabajos para asegurar la subsistencia de la familia. De ahí que ambos gocen de derechos paritarios. Pero en el estudio de las culturas primarias este equilibrio aparece roto. En el ciclo patriarcal totemista la necesidad de vivir no sujeta al hombre a la familia y, por lo mismo, la estabilidad de ésta se halla más comprometida y de hecho sufre numerosos quebrantos. Entre los ciclos de pastores nómadas y de agricultores matriarcales, la necesidad de explotar en común los rebaños y las tierras mantiene una mayor cohesión entre los miembros de la familia. Entre los cazadores totemistas y los pastores nómadas, en que el peso y el cuidado de la vida económica corren a cargo del hombre, éste goza de gran preeminencia social. En la cultura agrícola matriarcal, la tal preeminencia pasa a la mujer que, con su labor, asegura la subsistencia de los suyos.

La diferente constitución de la familia repercute, a su vez, en la restante vida social. En la cultura totemista, en que la familia es menos consistente, la organización tribal (estatal) llega a ser más fuerte y más absorbente: sus funciones (las ceremonias de iniciación, p. e.) alcanzan extraordinaria importancia. En las culturas de los pastores nómadas y de los agricultores matriarcales, la familia se basta a sí misma, y llega a ser una potencia ante la cual se debilitan, cuando no desaparecen, las funciones de todo poder estatal extraño a la misma familia.

Cuanto más coherentes sean las familias tanto más se asegura la continuidad de las tradiciones, la religión se articula más estrechamente con la vida doméstica y su carácter es más íntimo. Además, se desarrolla vigorosamente el culto de los antepasados, el *manismo*. Tal ocurre en los pueblos de los pastores nómadas y de los agricultores.

En cambio, en el ciclo totemista, donde se robustece la tribu (el Estado) con detrimento de la familia, la religión adquiere carácter social, se impone a los individuos como se imponen las costumbres y los usos tribales. Es, pues, considerada como asunto del grupo, sin que implique ninguna obligación familiar. De ahí que los ritos religiosos, la religión misma, lleguen a ser fácilmente para los mismos fieles formulismos sin contenido, simples exterioridades que se observan por rutina (1).

(1) H. Pinard de la Boullaye: *L'étude comparée des religions* ², II, p. 426. París, 1929.

XII

CICLOS CULTURALES SECUNDARIOS

Los ciclos secundarios se han formado por la fusión de los anteriores. Participan principalmente de los caracteres de las culturas primarias, y su estudio sería inabordable sin previa descripción y cotejo de tales componentes. La escuela de Viena distingue cuatro ciclos secundarios, los cuales representan estadios de cultura propios de los albores de las grandes civilizaciones históricas. A continuación resumimos sus elementos más destacados, tomándolos, en parte, del libro de la IV sesión de la *Semaine Internationale d'Ethnologie Religieuse* (París, 1926).

Ciclo totémico-matriarcal.—Mezcla de las culturas totemista y matriarcal. Se halla representada en fracciones de SE. de Australia, algunas tribus dravidas de la India peninsular, antiguos egipcios, fenicios primitivos, y los estratos arcaicos de los aztecas de México y de los inkas del Perú.

Vida económica.—Unión de las primeras formas de la vida urbana y de la vida aldeana; de la gran caza, del comercio, del arte y de la industria con la horticultura; de las armas puntiagudas con las mazas; de los instrumentos músicos de viento con los de cuerda.

Instituciones sociales.—Principio de pequeños Estados (ciudades o villas). El jefe hechicero es considerado como represen-

tante o hijo del Sol. Atisbos de despotismo y de la divinización de los jefes. Unión del *totemismo de clan* con el *sistema matrimonial de dos clases*. Aparición de fratrías y de sistemas matrimoniales de cuatro, seis y ocho clases que regulan los grados de parentesco. Relajación más marcada de la familia individual y robustecimiento de la tribu y del Estado.

Religión.—Cultos del Sol y de la Luna. Mezcla de la mitología solar y lunar, según la cual el Sol es esposo o hermano de la Luna, o ambas cosas a la vez; idea que se refleja en el matrimonio del rey que se casa con su propia hermana. Unión del totemismo y del derecho maternal, del totemismo y del culto de los muertos, de representaciones de animales y de máscaras; ritos para la fecundación de los animales y de los vegetales.

Ciclo mixto de pastores y agricultores.—Esta cultura, mezcla de la patriarcal nómada y de la matriarcal, ocupa algunas zonas de Melanesia, de Nueva Guinea, SE. de Asia, bautús de Africa, SE. de América septentrional y NE. de Suramérica (caribes y aruacos).

Figs. 74 y 75 (J. Lips: *op. cit.*).—1, *a* y *b*, Arco y sus detalles (Puerto Berlín, Nueva Guinea alemana).—2, Indígena de Astrolabio (Nueva Guinea alemana) con arco y escudo.—3, Escudo de madera (Puerto Postdam, Nueva Guinea alemana).—5, Remo con muleta (Choiseul, islas Salomón).—6, Palafitos (Collingwood Bay, Nueva Guinea inglesa).—7, Palafitos (Tupuselei).—8, Remo de muleta (Río Negro, Brasil).—9, Vasija de barro (Guyana, caribes y aruwakos).—10, Olla de barro (distrito de Massim, Nueva Guinea inglesa).—11, Copa de barro (Botel Tobago, Formosa).—12, Olla de barro (distrito Massim, Nueva Guinea inglesa).—13, Cuchara de concha de caracol (Puerto Berlín, Nueva Guinea alemana).—14, Cuchara de corteza de cocotero (Puerto Berlín).—15, Alfarería, técnica en espiral (Río Cuduiary, Suramérica).—16, Cestita redonda (Waimale, Ceram occidental).—17, Técnica del trenzado de la cesta de la figura 16.—18, Técnica del trenzado de la cesta de la fig. 22.—19, Cuchara de madera (Puerto Berlín).—20, Almiraz (islas Santa Cruz).—21, Almiraz con esculturas (islas Tami, Nueva Guinea, alemana).—

HISTORIA DEL HOMBRE PRIMITIVO

22, Cestita para peces (Guayana, caribes y aruwakos).—23, Hamaca (Inaie, Nueva Guinea inglesa).—24, Hamaca (caribes y aruwakos de Suramérica).—25, Estera de dormir hecha de tiras de hojas de palmera (islas Santa Cruz).—26, Capa para guarecerse de la lluvia hecha de hojas de pandanus (Nueva Guinea holandesa).—27, Cinturón en espiral hecho de rotan (islas Santa Cruz).—28, Peine de madera (Ovambo, Africa meridional).—29, Coselete (Nueva Guinea alemana, desde el río Ramu hasta el puerto Hatzfeld).—30, Adorno del pecho compuesto de dientes de jabalí (distrito de Elma, Nueva Guinea inglesa).—31, Peine de bambú con esculturas (Astrolabe-Bay, Nueva Guinea alemana).—32, Pipa de bambú para tabaco (distrito de Elma, Nueva Guinea inglesa).—33, Puente pasadizo (Buza, Kamerun).—34, Capa pluvial trenzada (río Augusta, Nueva Guinea alemana).—35, Hacha de piedra (Humboldt-Bay, Nueva Guinea holandesa).—36, Hacha de piedra (distrito Elma, Nueva Guinea inglesa).—37, Pipa de bambú (Cloude-Bay, Nueva Guinea inglesa).—38, Puente colgante (Buea, Kamerun).—39, Palo de cavar (Kadineo, Suramérica).—40, Bastón de danza esculpido (distrito de Massim, Nueva Guinea inglesa).—41, Almirez de madera (Bassa-Liberia).—42, Cráneo con nariz artificial de madera (islas Santa Cruz).—43, Cráneo con ornamentación de forma de espiral (río Augusta, Nueva Guinea alemana).—44, Figura de antepasado (Babber, Indonesia).—45, Tambor (distrito Elma, Nueva Guinea inglesa).—46, Tambor (Kamerun septentrional).—47, Tambor tensado con cuñas (Halmachera, Molucas septentrionales).—48, Tambor de forma de reloj de arena (islas Marshall).—49, Figura de antepasado (Leti, Indonesia).—50, Figura humana (Nueva Guinea alemana, desde el río Ramu hasta puerto Hatzfeld).—51, Tabaquera (región meridional del Congo).—51, Trofeo de cabezas (Ivaro, alto Amazonas).

Vida económica.—Agricultura y ganadería. Transición del uso de la azada al del arado, que más tarde es tirado por animales. Mujeres y hombres toman parte en las labores agrícolas. La producción se intensifica con la ganadería, especialmente con la explotación del cerdo cuya domesticación corresponde a este estadio. También la gallina, aunque tardíamente, es domesticada en este ciclo.

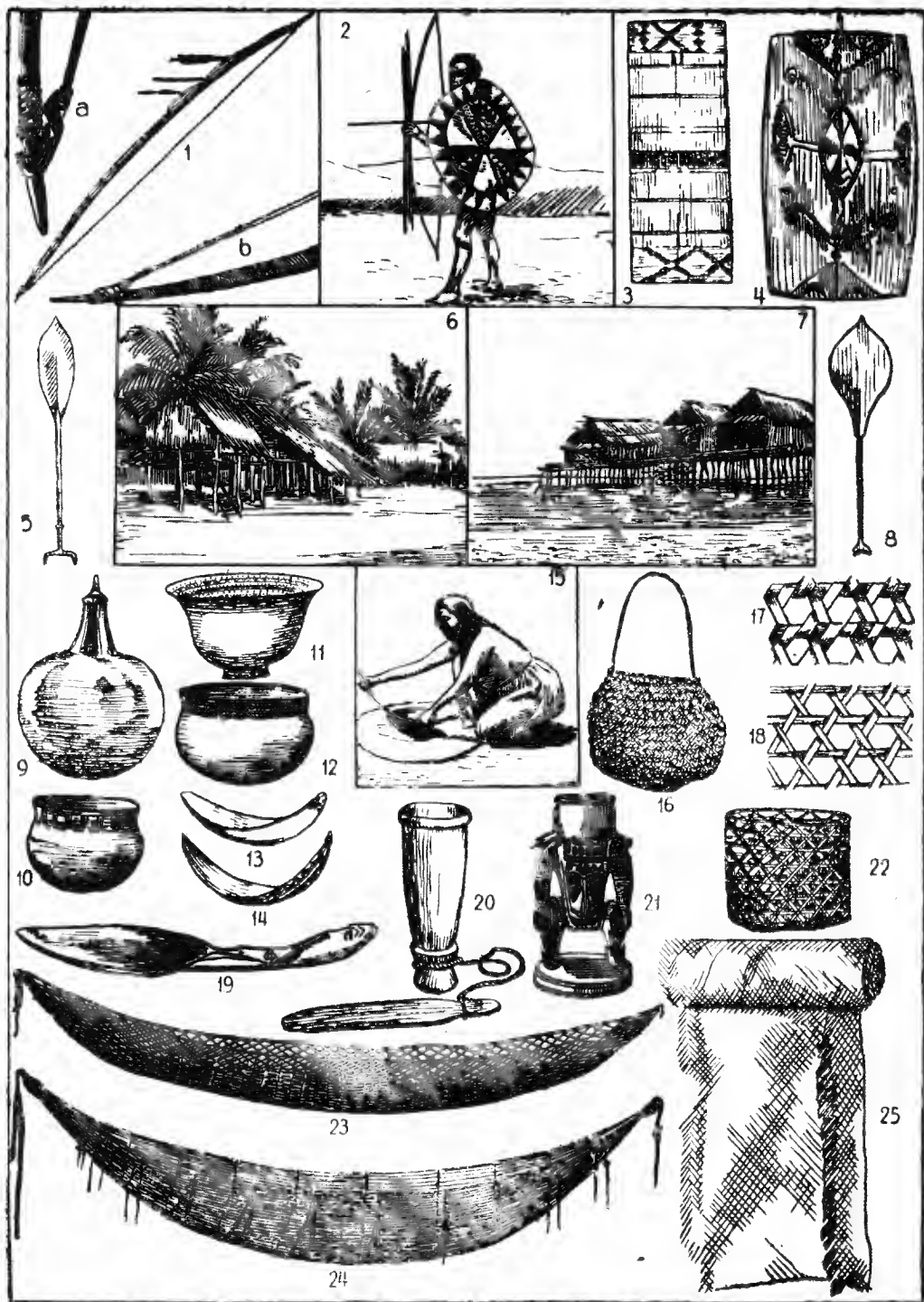


Fig. 74.—Ciclo mixto de pastores y agricultores.



Fig. 75. —Ciclo mixto de pastores y agricultores.

Las habitaciones son chozas de planta rectangular y techo a dos vertientes levantadas sobre pilotes, como los palafitos.

Invención de la alfarería por la mujer. Esta primitiva alfarería es de técnica en hélice, como la que se emplea en la confección de cestos en esta cultura y en la matriarcal primaria. El uso de las cucharas aparece aquí por vez primera. También empezó aquí probablemente a utilizarse el tabaco. Se fuma en forma de cigarros y en pipas de bambú.

La indumentaria comprende varias prendas, como el delantal de hilo, cinturón, capucha, etc. Hay peines de bambú y adornos de dientes de jabalí.

El régimen económico de este ciclo muestra en algunos de sus aspectos una tendencia comunista, comunismo mitigado, que se refiere a ciertos medios de producción y que se manifiesta, por ejemplo, en la erección colectiva de casas o albergues palafíticos destinados a muchas familias. En el comunismo de este ciclo, observado principalmente en los iroqueses, se basó Morgan para construir su teoría del comunismo primitivo que luego utilizaron los sociólogos Engels y Bebel.

Es característico de este ciclo el arco, plano por fuera y convexo por dentro. Existen también hachas de piedra que se fijan en el mango mediante otra pieza intermedia.

Instituciones sociales.—La unidad social es la villa. Domina el derecho maternal en un régimen de grandes familias (bajo la autoridad de los abuelos) que viven en casas comunes. En algunos sitios existe la *poliandria*.

Arte.—Desarrollo de la ornamentación de forma de espiral. Formas plásticas de figuras humanas. Como instrumentos musicales hay que señalar los tambores de forma de reloj de arena y cilíndricos con parche unilateral de piel.

Religión.—Reconocimiento de un Dios-Cielo o de un Dios-Luna cuya esposa es una diosa de la Tierra, venerada como Diosa-Madre. Al culto de los espíritus y de los antepasados, a las danzas de máscaras y al culto del cráneo, que proceden del ciclo matriarcal, se agrega aquí la *caza de cráneos* como trofeos má-

gicos que se usan en ciertos ritos de fecundación, lo mismo que algunos miembros del cuerpo humano, especialmente el corazón y el hígado y aun la misma sangre fresca.

Ciclo totémico-pastoral.—Los pastores nómadas y los cazadores totemistas, fusionándose en ciertas regiones del Africa oriental y del NW., y en algunos pueblos dravidas de la India peninsular, han dado como resultado esta cultura.

Vida económica.—Unión de la ganadería con la gran caza y de las correspondientes formas de industria y comercio. Armas puntiagudas (lanzas, puñales, etc.) en unión con el arco y la flecha.

Instituciones sociales.—Extensión del *totemismo* a los animales domesticados, especialmente al buey. Evolución progresiva hacia la divinización de los jefes y hacia el despotismo.

Religión.—Identificación del culto del Dios-Cielo con el del Dios-Sol, o fluctuaciones entre el uno y el otro. El culto tributado por los pastores al toro, al buey y a la vaca, extiéndose también a otros animales.

Ciclo mixto totémico-matriarcal-ganadero.—Es un resultado de la fusión de las tres culturas anteriores. Su área abarca la India peninsular, China, Mesopotamia, Egipto (etapas más recientes), regiones mediterráneas, las civilizaciones de los incas, aztecas y mayas.

Vida económica.—Unión de la ganadería con las primeras formas de vida urbana y de villa. Jerarquización de la sociedad mediante castas y profesiones, lo que estabiliza el trabajo, y por lo tanto, asegura el desarrollo y perfeccionamiento de sus productos y provoca la acumulación de grandes capitales.

Instituciones sociales.—Las distinciones sociales, la desigual distribución de las funciones y cargas de la comunidad que ya aparecen claramente dibujadas en las etapas anteriores, se consolidan en este ciclo, cristalizando en profesiones y clases, desde la esclavitud—que alcanza aquí su pleno desarrollo—y los sectores intermedios de hombres libres y de nobles, hasta el monarca absoluto, frecuentemente divinizado. Aquí empiezan la escritura

y las ciencias propiamente dichas, así como un decisivo y mayor desenvolvimiento de las artes.

Religión.—La mezcla de diversas concepciones relativas a los dioses, a los espíritus y a las almas de los antepasados, provoca la formación de grandes sistemas de dioses, de grandes *panteones propiamente politeístas*, a cuyo frente se halla frecuentemente un dios supremo. En templos, a veces suntuosos, se erigen estatuas e imágenes de las divinidades. Hay jerarquías sacerdotales encargadas del servicio del culto en los templos con sacrificios, plegarias, cantos, procesiones, representaciones escénicas, etc. La reflexión filosófica contribuye a organizar los panteones y a sistematizar las creencias relativas a los dioses. Poco a poco se crean divinidades y espíritus que presiden todas las necesidades de la vida humana.

XIII

*LOS CICLOS CULTURALES
Y LA PREHISTORIA*

La somerísima descripción de los ciclos culturales que precede, os bastará, sin duda, para descubrir no pocos rasgos de parentesco entre las culturas etnológicamente primitivas y aquellas otras—las arqueológicas—de que la Prehistoria nos informa. Comparando unas con otras, comprobaréis, sin dificultad, aquello que decíamos al principio de estos apuntes: el hombre prehistórico no ha desaparecido todavía: gran parte de los pueblos que actualmente existen en el mundo, poseen culturas primitivas propias del hombre fósil. Y un detenido estudio de la llamada civilización occidental os convencería de que aun el europeo de nuestros días ha heredado de las generaciones prehistóricas más del 50 % de su haber cultural.

Pero siendo tan diversas, como son, las culturas primitivas, tanto las etnológicas como las arqueológicas, podríais extremar todavía más la comparación, a fin de averiguar cuál de las primeras representa hoy a cada una de las segundas. El intento ofrece sus dificultades. Desde luego, la posesión común de algunos utensilios rudimentarios no debe autorizaros para afirmar la identidad de dos culturas. Tales objetos pueden ser a veces inventados independientemente en diversos países y épocas, o también pueden

pasar de un pueblo a otro sin que esto implique precisamente el traspaso total de una cultura. Sin embargo, mediante una prudente aplicación de los *criterios de forma y de cantidad*, es posible identificar algunos de los ciclos presentes en las culturas prehistóricas estudiadas por la Arqueología. Si en dos pueblos, uno actual y otro antiguo, lograis comprobar la identidad de sistemas de producción y de procedimientos de alimentación, de formas de albergues, de utensilios, de manifestaciones artísticas, de prácticas religiosas o mágicas y de ritos funerarios, podréis estar seguros de la unidad cultural de ambos grupos. Fuera de este caso, la mayor parte de las veces habréis de contentaros con haber llegado a conclusiones más o menos probables. La escuela histórico-cultural ha logrado descubrir cierta correlación o correspondencia entre las civilizaciones etnológicamente primitivas y las arqueológicas. De las concordancias señaladas unas son convincentes; otras, discutibles.

Siguiendo el criterio de clasificación usual en la Arqueología antigua, criterio basado en la *ergología*, es decir, en los utensilios, instrumentos y armas, las culturas primitivas actuales pueden distribuirse con arreglo al esquema cronológico de las edades prehistóricas. Es esto lo que vamos a intentar a continuación.

Cultura prepaleolítica.—Algunos de los ciclos arcaicos poseen industrias de piedra comparables a las de las culturas paleolíticas. Pero el primero de ellos—el central—no posee ninguna industria lítica. Sus instrumentos son de madera, de hueso y de conchas. Uno de los pueblos de este ciclo—el de los andamaneses—no conocía siquiera ningún procedimiento para encender el fuego antes de su contacto con los europeos. Por eso, y porque, a la luz de los criterios cronológicos de la moderna Etnología, es anterior a los demás ciclos hasta ahora conocidos, debe ser considerado como una formación prepaleolítica.

A este propósito el Prof. Dr. Obermaier, en su obra *El Hombre Fósil* (pág. 106), escribe lo siguiente: «el Hombre prechelenense había ya alcanzado en la civilización un nivel superior al de ciertos pueblos, que viven hoy en el mayor aislamiento, lo que

sucede con los Pigmeos de Africa central, los indígenas de las islas Andamán, los Semang de Malaca y los Negritos de las Filipinas, y los pueblos pigmoides asiáticos, como los Weda de Ceilán, los Senoi de Malaca, los Kubu de Sumatra y los Toala de Célebes. Estos no conocen aún el uso y trabajo de la piedra, o todo lo más parcialmente, y sus instrumentos están hechos de madera, de hueso o de concha, lo que refleja hasta cierto punto un grado de civilización prepaleolítico».

En vista de lo cual, se puede hablar de una etapa anterior al Prechelense, caracterizada por la caza, la pesca y la recolección de plantas y frutas; por una industria «alítica»; por familia monógama con derechos paritarios de ambos consortes; por unas formas sociales en que la familia es el principio de todo el desenvolvimiento de la vida colectiva, y el Estado, mera función de la familia; por el monoteísmo en religión y el reconocimiento del carácter ético del Ser Supremo y de la consiguiente inseparabilidad de la religión y la moral. Algunos de estos extremos han sido discutidos y lo serán todavía por mucho tiempo; pero, hoy por hoy, no pueden ser rechazados de plano.

Cultura protolítica de industria foliácea.—El Prof. Doctor Oswald Menghin llama *Protolítico* a lo que hasta ahora se ha venido denominando *Paleolítico inferior* o *antiguo* en la Arqueología prehistórica y *Miolítico* al *Paleolítico superior* o *reciente* (1). Distingue, tanto en el Protolítico como en el Miolítico, tres etapas culturales, caracterizadas por sus correspondientes industrias, a saber: industria foliácea, industria pugiloide e industria ósea.

La industria foliácea del Protolítico corresponde al Premusteriense centro-europeo y al Prechelense de los países occidentales. El elemento más importante que conocemos de esta cultura es la técnica del sílex. Sus utensilios de piedra son lascas de forma de hojas que muestran una cara ligeramente labrada, bordes retocados y la otra cara sin labrar. El Dr. Menghin cree que esta

(1) *Die Fortschritte der praehistorischen Kulturkreislehre* (en *Internationale Woche für Religions-Ethnologie*, V sesión, p. 111-112. París, 1931).

industria es originaria del Asia central. Allí, en la región del Ordo (N. de China), fué descubierta por los PP. jesuitas Licent y Teillard una nueva facies de industria lítica en forma de hojas que es un caso de transición del Protolítico foliáceo al Auriniaciense.

La *cultura austral*, particularmente la tasmania, ofrece las mismas características que la industria de Ordo; por lo cual puede afirmarse de ella que ha perpetuado hasta los tiempos modernos la cultura protolítica del Prechelense y Premusteriense.

Cultura protolítica de industria pugiloide.—Corresponde a la cultura del hacha de mano del Chelense y del Achelense. Su equivalente etnológico actual parece ser la industria arcaizante de hachas de piedra de Australia que es propia del *ciclo de bumerang* (1).

Cultura protolítica de industria ósea.—Está representada por los yacimientos alpinos de la cultura de Wildkirchli, y forma una rama aparte del Protolítico. Se caracteriza por la altitud de sus establecimientos (más de 2.400 m.), por sus habitaciones rupestres, por la caza de osos de las cavernas y, sobre todo, por la riqueza de su industria ósea junto a una extraordinaria escasez de artefactos de piedra. Son también propios de esta cultura los enterramientos rituales de cráneos y huesos largos de *Ursus spelaeus* que han sido considerados como restos de sacrificios.

El *ciclo ártico*, con su característica industria ósea y sus sacrificios de cráneos y huesos largos de animales, representa en nuestros días la cultura protolítica alpina.

Cultura miolítica de industria foliácea.—Comprende diversas culturas desarrolladas principalmente durante el Paleolítico superior, y conocidas hoy con los nombres de Auriniaciense, Capsiense, Solutrense, Magdaleniense, Aziliense y Tardenoiense. Están caracterizadas por el empleo de láminas de peder-

(1) Ya hemos indicado arriba que la *cultura de bumerang* no constituye quizá ciclo aparte. De este parecer es W. Schmidt. Lo mismo sostiene el Dr. O. Menghin en su trabajo *Die Tumbakultur am unteren Kongo und der westafrikanische Kulturkreis* (en *Anthropos*, XX, p. 544).



Fig. 76.—Cazadores armados de flechas y lanzas, y figuras aviformes de Cueva de la Vieja (Alpera—Albacete).



Fig. 77.—Ciervos, cabras y cazadores de Cueva de la Vieja.

EUSKO-FOLKLORE

nal en la fabricación de sus instrumentos y armas. Tanto esta circunstancia como el desarrollo del arte y los indicios de ideas religiosas propios de esta cultura, inducen a identificarla con el *ciclo patriarcal totemista*.

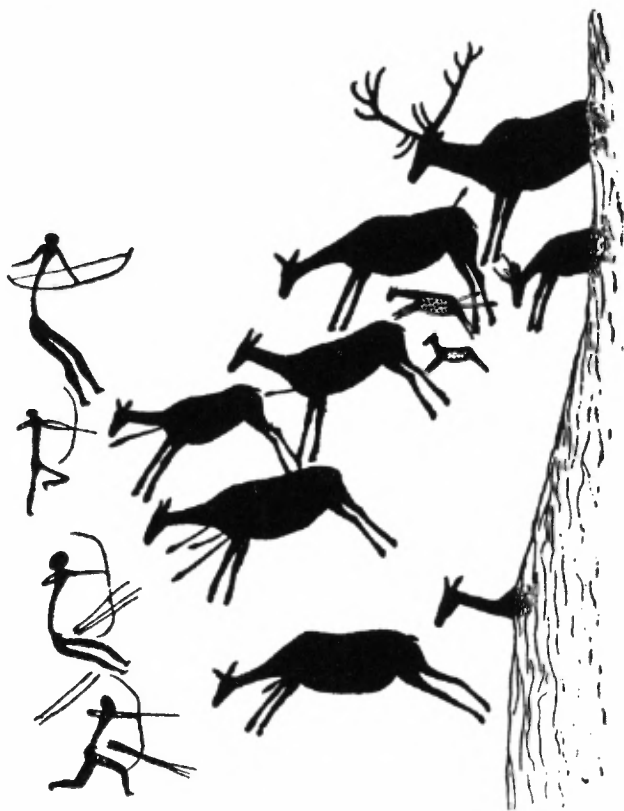


Fig. 78.—Caza de ciervos. Pintura de la Cueva de los Caballos (Barranco de Valltorta—Castellón). Según Obermaier y Wernert.

Hay que apuntar aquí que los bosquimanos que, por diversos conceptos se hallan entre el ciclo central y el austral, muestran no pocos rasgos del Auriñaciense paleolítico, hasta el punto de que,



Fig. 79.—Una muestra del arte rupestre bosquimán.

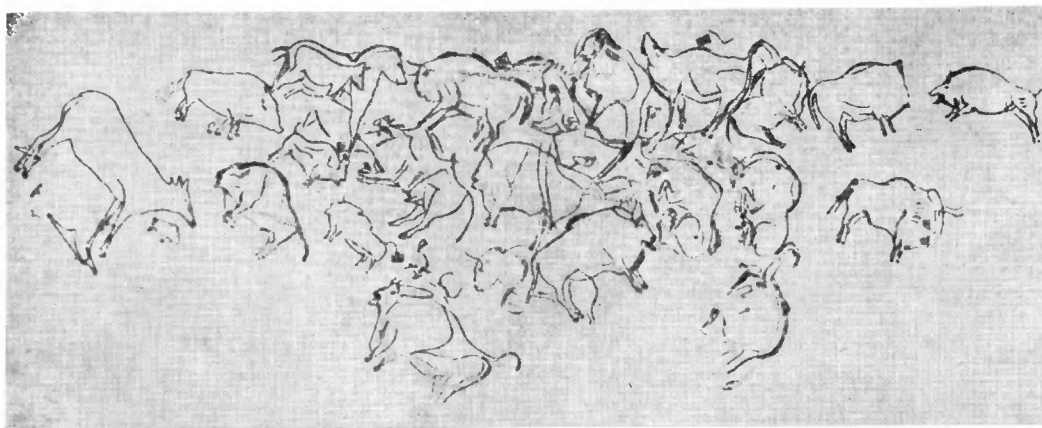


Fig. 80. — Croquis de conjunto de las figuras pintadas en uno de los lienzos de la caverna de Altamira (según Breuil).

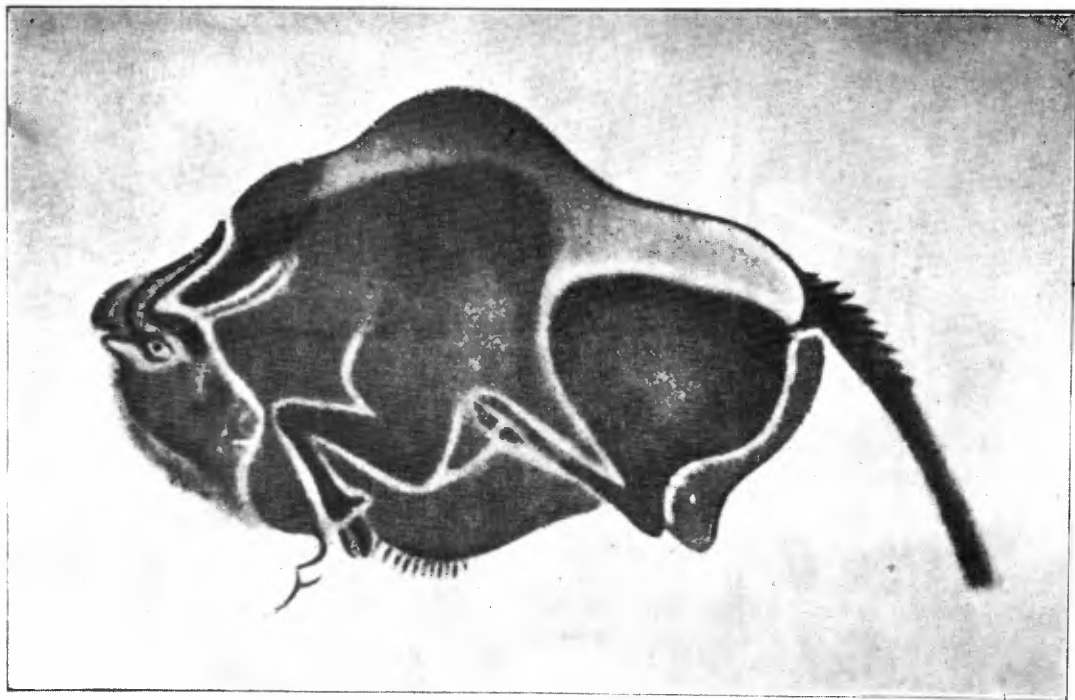


Fig. 81.—Bisonte recostado con la cabeza vuelta. Pintura parietal de Altamira (según Breuil).

según O. Menghin, el Capsiense y la cultura de los pigmeos bosquimanos deben ser considerados como dos ramas paralelas que resultaron de la combinación del Auriñaciense con un pueblo pigmeo. Por eso los bosquimanos se distinguen de los demás pigmeos en que poseen diversos elementos heredados quizá del Auriñaciense, como son: la pintura, la escultura, la industria lítica, el totemismo, etc. (Figs. 76, 77, 78 y 79).

Aludiendo a esto, dice el Dr. Obermaier: «Es muy posible que las pinturas rupestres del Africa del Sur tengan su origen también en el Capsiense norteafricano, de donde sus artistas pudieron desprenderse emigrando lenta y paulatinamente, atravesando el Ecuador por la región de los grandes lagos, hasta dar finalmente en el Sur, donde floreció un nuevo y gran centro pictórico» (1).

El desarrollo de la cultura auriñaciense en la zona franco-cantábrica, cuyo centro ocupa el país vasco, dió por resultado la formación de otro tipo de arte naturalista, en que se representan animales sin formar escenas de conjunto, como si cada figura, independientemente de las demás, completase el pensamiento del artista (figs. 80 y 81).

Cultura miolítica de industria pugiloide.—A esta etapa pertenecen tanto la cultura del primitivo Solutrense de la Europa oriental representada por cuñas de sílex, picos y mazas de piedra y de hueso (Brün y Predmost), por el arte naturalista y geométrico con decoración rectilínea, curvilínea y de circunferencias concéntricas, y por las figuritas de hueso con protuberancias, como la del Campiñense (mucho más moderno) con sus utensilios silíceos hachiformes, azadas y picos (etapa antigua), y hendidores, cerámica, agricultura, vida sedentaria y hacha cilíndrica (etapa reciente). Por estos mismos caracteres se halla especificado el *ciclo matriarcal agrícola*, y, por lo mismo, en los pueblos donde aún persiste, debe ser considerado como una fase actual del Miolítico de industria pugiloide.

(1) *El Hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*, pág. 123. Madrid, 1932.

Cultura miolítica de industria ósea.—Forma parte de esta cultura el *Maglemosiense* que es una etapa nórdica equivalente al Azilio-Tardenoisiense del W. de Europa. Está caracterizada por el empleo de pequeños instrumentos líticos tardenoisienses; pero, sobre todo, por utensilios de asta y hueso que predominan bajo diversas formas de martillos, cinceles, puñales, alisadores, anzuelos, agujas, arpones y punzones o puntas de flecha con dientes microlíticos. También corresponden a esta cultura los trineos y el perro y—probablemente—el reno doméstico.

El equivalente etnológico de esta etapa es el *ciclo patriarcal de pastores nómadas* cuyo inventario industrial coincide con el de aquélla.

ADDENDA ET CORRIGENDA

En la explicación de la figura 39 (pág. 50) conviene anotar que los objetos representados en los números 8, 9 y 10 son cucharas de barro cocido.

En la página 60, donde se dice que los molinos de mano neolíticos eran piedras de gres, debe entenderse que eran de arenisca o asperón.

Pág. 103. A la serie de elementos de cultura que allí se mencionan hay que agregar el lenguaje.

Pág. 110. El sistema de población dispersa de la vertiente cantábrica del Pirineo vasco, pertenece al tipo atlántico según la clasificación que hizo Quelle.

Pág. 122. La costumbre vasca de enterrar los cadáveres de las personas bajo el techado de las casas donde hubieren vivido, debe entenderse de los no bautizados.

Pág. 15, línea 4, dice: *Rhinoceros etrusrus*; debe decir: *Rhinoceros etrus-*
[*cus*.

» 21, » 5,	» primer período;	» último período.
» 25, » 20,	» <i>Rh. trichorhinus</i> ;	» <i>Rh. tichorhinus</i> .
» 32, » 4,	» <i>Homo neardentalensis</i> ;	» <i>Homo neanderta-</i> [<i>lensis</i> .
» 39, » 7,	» Compresor;	» Compresor.
» 48, » 34,	» figs, 20, 21 y 22;	» 30, 31 y 32.
» 49, » 26,	» expresionista o impresionista;	» expresionista.
» 61, » 10,	» Falafitos;	» Palafitos
» 61, » 17,	» (fig. 38: 15);	» (fig. 38: 9 a 15).
» 70, » 31,	» A Schader;	» A. Schrader.
» 75, » 7,	» tribus perjudicas;	» tribus perjudicadas
» 85, » 5,	» incineración;	» incineración.
» 91, » 11,	» baalsto;	» basalto.
» 91, » 17,	» en camino;	» en el camino
» 94, » 4,	» págaros,	» aves.
» 95, » 16,	» fonáneas;	» foráneas.
» 97, » 34,	» diversos figurines;	» diversas figuritas.

Pág. 106, línea 28,	dice:	Hipógrates;	debe decir:	Hipócrates.
» 115, » 9, »		Y es patente que lo ha	»	Y es patente que
		[sido;		[no lo ha sido.
» 126, » 32, »		<i>difusón;</i>	»	<i>difusión.</i>
» 127, » 19, »		<i>ciclos primarios;</i>	»	<i>ciclos anteriores.</i>
» 127, » 33, »		kurnais de Chepara;	»	kurnais, los che-
				[para.
» 128, » 21, »		no es conocido el fuego;	»	no es conocido ningun-
				[no de los procedi-
				[mientos para pro-
				[ducir el fuego.
» 136, » 4, »		(paravientos);	»	(paravientos o mam-
				[paras).
» 146, » 31, »		del centro de Africa;	»	del sur de Africa.
» 161, » 18, »		Tambor de xamán;	»	Tambor o pandero
				[de xamán.
» 161, » 18 y 25, »		Calzado de nieve;	»	Calzado o raqueta para
				[andar sobre la nieve.
» 162, » 27, »		abrigo;	»	abrigo o pelliza.
» 169, » 6, 8 y 17, »		Cabezales;	»	Cabezales o poyos
				[para la cabeza.
» 176, » 24 y 25, »		Tambor de anuncios;	»	Tambor de anun-
				[cios o telefónico.
» 184, » 21, »		cabello;	»	pelo.
» 190, » 31, »		cocotero;	»	coco.
» 191, » 3, »		Estera de dormir;	»	Estera de dormir o
				[petate.
» 191, » 14, »		Capa pluvial;	»	Capa pluvial o ca-
				[pucha.
» 191, » 32, »		Trofeo de cabezas; añádase		Chancha o cabeza
				[reducida.